Annie Ernaux

La mujer helada



Tiene treinta años, es profesora, casada con un ejecutivo, madre de dos niños. Vive en una casa confortable. Sin embargo, es una mujer helada. Igual que miles de mujeres ha sentido como su curiosidad, su impulso vital se iban anquilosando a fuerza de un trabajo que compaginar con compras que hacer, cenas que cocinar, baños de niños que preparar Todo eso que se entiende por la condición normal de mujer. Annie Ernaux cuenta brillantemente esta alteración de lo cotidiano, este empobrecimiento de las sensaciones, esta dilución de la identidad; esclavitud a la que las mujeres son empujadas como a un desafío.

Annie Ernaux

La mujer helada

ePub r1.1
Titivillus 16-10-2022

Título original: *La femme gelée*
Annie Ernaux, 1981
Traducción: Lydia Vázquez Jiménez
Foto de la cubierta: *Betty*, 1977. Gerhard Richter
Foto de Annie Ernaux por Jacques Sassier

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A Philippe

Mujeres frágiles y vaporosas, hadas de manos suaves, pequeñas auras de sus casas a cuyo paso quedo surgen el orden y la belleza, mujeres sin voz, sumisas, por mucho que busque, no veo tantas así en el paisaje de mi infancia. Ni siquiera el modelo inferior, menos distinguido, más ordinario, las frotadoras de fregaderos limpios como la patena, las cocineras de retales, las que llegan a buscar al niño a la escuela un cuarto de hora antes del timbre, con todas las tareas de la casa ya finiquitadas; las bien organizadas hasta la muerte. Mis mujeres, las mías, vociferaban todas, tenían el cuerpo descuidado, demasiado pesado o demasiado plano, dedos rasposos, caras sin pintar o, al contrario, maquilladas como puertas, con gruesas manchas rojas en mejillas y labios. Su ciencia culinaria se reducía al conejo a la cazadora y el arroz con leche, más bien pegajoso, por cierto; no sospechaban que hubiera que limpiar el polvo a diario, habían trabajado, o seguían haciéndolo, en el campo, en la fábrica, en las tiendas abiertas de la mañana a la noche. Estaban las viejas, a las que íbamos a ver el domingo por la tarde, con los bizcochos de soletilla y la botella de aguardiente para el chorrito en el café. Mujeres negras y roídas por dentro, con las faldas que les huelen a mantequilla olvidada en la despensa, nada que ver con esas viejecitas empalagosas de los libros de lectura, de níveo moño, que agasajan a sus nietos contándoles cuentos de hadas, abuelitas, se les llama. Las mías, mis tías abuelas, mi yaya, no eran mujeres fáciles, no les gustaba que nos precipitáramos en su regazo, habían perdido la costumbre, justo un beso al llegar y otro de despedida; después del invariable «has medrado ¿no?» o «¿ya me aprendes algo en la escuela?», no tenían mucho más que decir; con mis padres hablaban en el dialecto de la región, a propósito de la carestía de la vida, de los alquileres, de los metros cuadrados útiles, de los vecinos y, de vez en cuando, me miraban entre risas. Está la tía Caroline, la de los domingos de estío, vamos a su casa en bici por caminos llenos de baches y cubiertos de barro al menor chaparrón; el quinto pino, con dos o tres granjas a ras del herbaje, en el llano. Corremos el pestillo sin convicción, nunca está en casa, la Caroline, habrá que ir a ver a la vecina, a preguntar. Por fin la encontrábamos colgando las cebollas en manojos o echando una mano en el parto de una vaca. Entraba en la casa, removía las ascuas de la cocina, partía unos palos para la lumbre, nos hacía la cena, huevos escalfados, pan y mantequilla, licor de angélica. La contemplábamos con admiración, «¡estás como un roble, Caroline! ¿No te aburres?». Ella se reía, replicaba, «¿qué quieres? ¡Si una le echa ganas, siempre hay tarea!». Miedo, a veces, así, de estar sola… Entonces se sorprendía, cerraba los ojos a medias, «¿qué coño me van a hacer, a mis

años?». Escuchaba poco, me iba a la charca, recorría el muro ciego de la casa ribeteado por ortigas más altas que yo, daba la vuelta a los trozos de platos rotos, a las latas de conserva que la tía tiraba ahí, oxidadas, llenas de agua y bichos. La Caroline nos acompañaba un tramo, a pie junto a nuestras bicis, un kilómetro y pico, cuando hacía bueno. Luego la veíamos, minúscula, en medio de la colza. Sabía que esa mujer de ochenta años, envuelta en fajas y faldones hasta en plena canícula, no necesitaba de nuestra compasión ni nuestra protección. Y tampoco se parecía a las otras la tía Élise, tambaleante de tanta grasa pero viva; un poco sucia, la verdad, y yo que salía de debajo de la cama cubierta de pelusas pegadas al vestido como un encaje, o le daba vueltas y más vueltas a una cuchara toda pegajosa antes de decidirme a hundirla en la piel arrugada de la pera en almíbar. Y ella, mirándome sin entender, me decía «¿qué coño te pasa que no comes?», y en medio de una tremenda carcajada, apostillaba «¡lo que no mata, engorda!». Ni mi abuela, que vivía en una casucha entre la línea del ferrocarril y la maderera, en el barrio de la Gaieté. Cuando íbamos a verla estaba remendando, o cogiendo comida para los conejos, o lavando a mano; mi madre se ponía nerviosa «¡podrías descansar un poco, a tu edad!». Esos reproches horripilaban a mi abuela. Unos años antes, escalaba hasta las vías del tren agarrándose a las hierbas, para vender manzanas y sidra a los soldados americanos del desembarco. Rezongaba, luego traía el cazo del café hervido espumeante, y al final echaba el chorrito de aguardiente en la taza vacía, sobre el fondo de azúcar que se había quedado pegado. Todo el mundo lavaba la taza con el aguardiente, removiendo suavemente. Hablan. Una vez más, historias de vecinos, del casero que no quiere hacer obra, me aburro, ningún descubrimiento en ciernes en esta casa pequeña y sin terreno, sin nada que comer, o casi; la abuela sorbe con fruición el fondo de la taza. Me quedo mirando su cara de pómulos protuberantes, y veo la misma luz amarilla en su rostro que en el huevo de remendar los calcetines. A veces mea de pie, esparrancada bajo los faldones negros, al final de la huerta, cuando cree que está sola. Sin embargo, fue la primera mujer de la comarca que se sacó el bachillerato y habría podido hacerse maestra pero la bisabuela dijo ni hablar, es la mayor, la necesito en casa para que me ayude a criar a los otros cinco. Historia veinte veces contada, explicación de un destino no precisamente color de rosa. Corría como yo, sin pensar en nada, iba a la escuela, y de repente la desgracia se abatió sobre ella, cinco chavales a su cargo; se acabó. Lo que no conseguía entender yo es cómo había hecho ella otros seis, y sin ayudas sociales, no señora. No hacía falta que te lo explicaran dos veces para

saber que los chavales, los criajos como decía todo el mundo a mi alrededor, eran una miseria, una catástrofe. Pero estaba esa maldita inercia, ese dejarse llevar por una especie de sentimiento de culpa, de conciencia de falta de inteligencia, cosas de pobres, vaya. Las familias numerosas en mi entorno se traducían en cohortes de niños con los mocos colgando, de mujeres con cochecitos de bebé y bolsas repletas de comida que las descoyuntaban totalmente, y en quejas continuas a fin de mes. La abuela había caído en esa trampa, pero tampoco había que tirarle la primera piedra, antes eso era lo normal, seis, diez hijos; es verdad que ahora las cosas habían evolucionado. Y mis tíos y mis tías habían sufrido tanto de la familia numerosa que ahora me veía rodeada de primos únicos. Yo también lo soy, única, y conversa, como llaman a una especie particular de hijos nacidos de un viejo deseo, de un cambio de opinión de padres que decidieron no tener descendencia. La primera y la última, eso era incuestionable. Así que estaba convencida de tener mucha suerte.

La excepción era la tía Solange, esa pobre Solange y su chiquillería, como dice mi madre. También vivía en el barrio de la Gaieté, adonde íbamos a menudo el domingo. Como un gran recreo sin prohibiciones ni territorio limitado. En verano, con los siete primos y primas y los amigos del barrio, berreábamos en los columpios fabricados con maderos abandonados junto a la fábrica; en invierno, jugábamos a tula en el único gran dormitorio abarrotado de camas. Un calor y una agitación donde me sumía con frenesí; casi me habría gustado vivir allí. Pero la tía Solange me daba miedo, con pinta de vieja, agitándose en la cocina sin parar como una peonza, con la boca retorcida de tantos tics. Durante meses nos hablará desde su cama porque, dice, la matriz le nada en la tripa. Y en esas ocasiones en que tiene los ojos fijos, abre la ventana, la cierra, cambia las sillas de sitio y estalla, grita que se irá con sus hijos, que siempre ha sido desgraciada, y mi tío, sentado tranquilamente a la mesa con el vaso en la mano, no contesta o replica, entre risas, «no tendrías adónde ir, burra». Y ella se va al patio, corriendo, «me voy a meter en la cisterna». Sus hijos la agarraban antes, o los vecinos. Nosotros nos largábamos, discretamente, a las primeras voces. Cuando me daba la vuelta, veía a la más pequeña llorando con la boca abierta y la cara pegada al cristal.

No sé si las demás tías eran felices, pero no tenían ese aire apagado ni se dejaban dar de hostias, como Solange. Violentas, con las mejillas y los labios enrojecidos, continuamente aceleradas, creo haberlas visto siempre trisando, deteniéndose apenas en la acera, con la bolsa de la compra pegada al cuerpo,

y dándome un beso a la par que soltaban un sonoro, ¿cómo vas, moza? Sin aspavientos ni enternecimiento, nada de morritos culo de gallina ni de ojitos de cordero degollado para dirigirse a los niños. Mujeres tiesas, brutales, de enojos con estallidos de tacos, que en las sobremesas de las comidas familiares o en las comuniones lloran de risa con la servilleta en la cara. Mi tía Madeleine acababa incluso enseñando el borde plisado de sus bragas rosas. No recuerdo a una sola haciendo punto o complicándose la vida con las salsas; sacaban del aparador la fuente de fiambre y la pirámide de papel manila manchado de nata. El polvo, el orden, les daba exactamente igual, pedían disculpas, eso sí, para quedar bien, «no os fijéis en cómo está la casa, ¿eh?», decían. No eran mujeres de interior sino de exterior, acostumbradas a trabajar desde los doce años, como los hombres, y nada de fábricas de tejido bien doblado y limpio, sino cordajes y botes de conserva. Me gustaba escucharlas, les hacía preguntas, la sirena, la bata obligatoria, la contramaestre y reír todas juntas en la misma sala, estaba convencida de que también ellas iban a la escuela, pero sin los deberes ni los castigos. Al principio, antes de admirar a las profesoras, superiores y terribles, antes de saber que no es un oficio hermoso envasar pepinillos, me parecía bien hacer como ellas.

Más que mi abuela, que mis tías, imágenes episódicas, está la que les saca cien cabezas, la mujer blanca cuya voz resuena en mí, que me envuelve, mi madre. ¿Cómo, viviendo junto a ella, no iba a pensar yo que es glorioso ser mujer, e incluso que las mujeres son superiores a los hombres? Ella es la fuerza y la tempestad, pero también la belleza, la curiosidad de las cosas, figura de proa que me abre las puertas del futuro y me afirma que no hay que tener nunca miedo de nada ni nadie. Una luchadora contra todo, los proveedores y los malos pagadores de su tienda, la alcantarilla atascada de la calle y los peces gordos que querrían aplastarnos siempre. Arrastra en su estela a un hombre dulce y soñador, de tono tranquilo, a quien la menor contrariedad ensombrece durante días pero que sabe cantidad de historias, chistes y adivinanzas, oro parece plata no es, canciones que me enseña mientras trabaja en la huerta y yo recojo gusanos para echárselos a las gallinas: mi padre. No los separo en mi cabeza, sencillamente soy la muñequita blanca de ella, el renacuajo de él, la pequeñaja para ambos, y debo parecerme a ella, puesto que soy chica, y tendré pechos como ella, la permanente y unas medias.

Por la mañana, papá-se-va-a-trabajar, mamá-se-queda-en-casa, hace-las-tareas-domésticas, prepara-una-suculenta-comida, yo balbuceo, repito con los

demás sin hacer preguntas. Todavía no siento vergüenza por no ser hija de gente normal.

Mi padre no se va por la mañana, ni por la tarde, nunca. Se queda en casa. Sirve en el bar y en la tienda, friega los platos, limpia la cocina, tira las mondas. Él y mi madre viven juntos en el mismo movimiento, esas idas y venidas de hombres por un lado, de mujeres y niños por el otro, que constituyen para mí el mundo. Los mismos conocimientos, las mismas preocupaciones, esa caja de caudales que vacía él cada noche mientras ella le mira cómo cuenta, diciendo, él o ella, «no hay gran cosa» u otras veces «no está mal». Mañana, uno de los dos irá a llevar el dinero a correos. No exactamente las mismas tareas, sí, hay un código, pero este no debía a la tradición más que el lavado de ropa y el planchado para mi madre, la huerta para mi padre. En cuanto al resto, parecía haberse establecido según los gustos y las capacidades de cada uno. Mi madre se ocupaba más bien de la tienda de ultramarinos y mi padre del bar. Por un lado los atropellos de mediodía, el tiempo medido al minuto, a las clientas no les gusta esperar, son gentes de no sentarse, de voluntades múltiples, una botella de cerveza, un paquete de horquillas, desconfiadas, a las que hay que tranquilizar constantemente, ya verá, esta marca es mucho mejor. Teatro, labia. Mi madre salía machacada pero resplandeciente, de su tienda. Por el otro lado, los tragos relajados, la tranquilidad de la silla, el tiempo sin reloj, de los hombres instalados ahí para pasarse horas. Inútil precipitarse, ni tratar de vender el producto, ni siquiera dar conversación, los clientes hablan por dos. Que ni pintado para mi padre, que es un lunático, o eso dice mi madre. Y además las personas del bar le dejan tiempo para un montón de tareas más. Música de platos y cazuelas mezclada con las canciones de la radio y los descubrimientos de la espabilada niña Nanette-Vitamine, ofrecidos por la marca de cacao Banania, voy a acabar de despertarme, bajar a la cocina y me encontraré con él, fregando los platos de la víspera. Me prepara el almuerzo. Me llevará a la escuela. Hará la comida. Por la tarde se dedicará a la carpintería o irá a ocuparse de la huerta, con la azada al hombro. Para mí no hay diferencia, es siempre el mismo hombre, lento, soñador, ya sea tallando bonitas cintas de monda de patata que forman volutas entre sus dedos, ya sea dándole la vuelta en el fuego a las salchichas ahumadas, que nos pican a los ojos, ya sea enseñándome a silbar mientras planta unos bulbos de puerro. Una presencia segura y serena a cualquier hora del día. Comparándolo con los obreros del entorno, los viajantes fuera de su casa todo el día, me parecía que mi padre estaba siempre de vacaciones, y a mí me venía al dedillo. Cuando se

enfadaban mis amigas, o cuando el jueves hacía demasiado frío para jugar a la rayuela en el patio, echábamos juntos unas partidas de dominó o parchís en el bar. En primavera, le acompaño a la huerta, su pasión. Me enseña los nombres graciosos de las hortalizas, la cebolla amarilla Paja Virtudes y la lechuga rubia gorda y perezosa, estiro con él el cordel por encima de la tierra removida. Juntos picamos con ahínco fiambre, rábanos negros y le damos la vuelta al plato para degustar una manzana asada. El sábado le miro cuando acogota el conejo y después cómo le hace mear apretándole en la tripa aún blanda y lo despelleja con ese ruido de vieja tela que se rasga. Papá-pupa desazonado que se precipita sobre mi rodilla ensangrentada, que va a buscar las medicinas y se instalará durante horas a la cabecera de mi cama con la varicela, el sarampión, la tosferina para leerme *Las cuatro hijas del doctor March* o para jugar al ahorcado. Papá-niño, «eres más tonto que ella», dice ella. Siempre dispuesto a llevarme a las ferias, a ver películas de Fernandel, a fabricarme un par de zancos y a iniciarme en la jerga de la preguerra, pepinoderistal y otros palabros pastosos por el estilo que me encantan. Papá indispensable para llevarme a la escuela y esperarme a mediodía y por la tarde, con la bici en la mano, apartado del tropel de madres, con las perneras del pantalón recogidas por unas pinzas de hierro. Agobiado al menor retraso. Después, cuando sea lo bastante mayor como para ir sola por la calle, estará siempre acechando mi vuelta a casa. Un padre ya mayor maravillado de tener una hija. Luz amarilla fija de los recuerdos, cruza el patio, con la cabeza gacha por el sol, y una cesta en el brazo. Tengo cuatro años, me enseña a ponerme el abrigo agarrando las mangas del jersey con los puños para que no se apelotonen en la parte superior del brazo. Únicamente imágenes de dulzura y atenciones. Cabezas de familia sin tacha, grandes oradores domésticos, héroes de la guerra o del trabajo, os ignoro, yo he sido la hija de ese hombre.

Edipo me la suda. A ella también la adoraba.

Ella, esa voz profunda que oía yo nacer de su garganta. Las noches de fiesta cuando me quedaba dormida en sus rodillas, esa corriente de aire, esos portazos, todo vibra junto a ella, estalla incluso, día magnífico e impresionante en que un cenicero vuela por la ventana y queda pulverizado en la acera ante el repartidor boquiabierto que ha cometido el error de olvidarse de no sé qué artículo. Efecto de uno de esos sencillos enojos suyos, de los que estimulan, proclamando que ese oficio la tiene hasta la coronilla y más arriba, la paz que viene luego, el frasco de caramelos de amapola que dejan la lengua escarlata, la gran caja de galletas a granel en la que metíamos las dos la mano para consolarnos de su carácter. Sé, sabemos que grita por salud, por placer y

que en realidad nunca se hartará de ser dueña, aunque sea de una tienda, pero dueña. En esos momentos en que se deja llevar, dice que a fin de cuentas ha jugado bien sus cartas. La tienda le ocupa las tres cuartas partes de su tiempo. Ella es quien recibe a los representantes, verifica las facturas y calcula los impuestos. Jornadas de sombríos murmullos, se instala ante los papeles, desgrana las sumas a media voz y le da la vuelta a las facturas mojándose el dedo, sobre todo que no la moleste nadie. Día excepcional de silencio ya que los otros, el ruido y la vida burbujean a su alrededor. Choques de botellas, repiqueteo de los platillos de la balanza, historias de enfermedades y muertos, único momento tranquilo, el de la cuenta garabateada en el lomo del camembert o del kilo de azúcar, de nuevo historias de chicas que festejan, de empleo y de climaterio. El primer eco del mundo me llegó por mi madre. Nunca he conocido esos interiores silenciosos con justo el tacatac de la máquina de coser, los ruidos discretos de las madres que hacen que el orden y el vacío nazcan de sus manos. Con unas chavalas de la clase, íbamos a llamar a las casas bien, Rue de la République o Avenue Clemenceau, con las pegatinas de los tuberculosos en la mano. Espera larga, no oíamos nada, se acababa abriendo la puerta, justo una rendija, mujeres asustadizas que permanecían agazapadas en el vestíbulo con olores a rancho tras ellas, mujeres de sombras, opresivas, que volvían a encerrarse a toda prisa, descontentas porque las habían molestado. Mi madre, ella, es el centro de una red ilimitada de mujeres que cuentan sus existencias, pero solo por la tarde, al pasar a recoger la compra, de niños que vienen tres veces a la hora por dos ratones de chocolate y un malabar, de viejos muy lentos en recuperar los cambios o recoger la bolsa que se les ha caído al suelo mientras se apoyan en el mostrador. No me imaginaba que ella pudiera servir para otra cosa.

Mamá limpia la casa a conciencia. Quita el polvo, m delante de p en limpiar, con un plumero. Qué limpieza, qué plumero, en mi casa el sábado se produce un auténtico cataclismo con olor a lejía, hasta las sillas del bar subidas a las mesas. Mi madre, con el pelo tapándole los ojos y los pies anegados, me grita que no dé un paso más. Y a eso de Semana Santa llega la insulsa fragancia calcárea a paredes enérgicamente enjabonadas, a mantas apiladas en un rincón, a muebles corridos, amontonados en inestables pirámides, y ella a gatas, frotando el parqué con un estropajo metálico, le veía yo las ligas rosas, y después, durante días, las sillas se pegaban al culo. Todo ese zafarrancho parece matarla tanto como a nosotros, a mi padre y a mí, espantados por ese derroche de agua y encausto. Me consuelo introduciéndome en el túnel de los colchones enrollados. Y sobre todo con

que se acabó hasta dentro de un año. El resto del tiempo, limpieza de a poquitos, una sábana que planchar, llaman, una clienta, ni siquiera es seguro que al final del día la sábana, y lo demás, no siga estorbando en la mesa de la cocina. A las cinco de la tarde exclamará «¡me quedan cinco minutos, voy a poner la colcha!». La cama sin hacer, única obsesión que le conozco, junto con la lavadora de los martes, día flojo en el comercio. Horrible ceremonia preparada desde la víspera con el agua cargada desde la bomba exterior hasta los cubos donde los colores quedan a remojo toda la noche. Al día siguiente, desaseada, fea de sudor, deambula en medio del vapor de la lavandería, diabólica, y nadie tiene derecho a ir a verla. Reaparece a mediodía, aureolada por un olor dulzón a ropa lavada, muda, el odio personificado a vaya usted a saber qué. Pero el polvo para ella no existía, o por lo menos era algo natural, nada molesto. Para mí también, un velo seco que cubre el sofá, que hace encaje cuando levanto los libros, que baila en los rayos de sol y se quita de un jarrón o un cuaderno con la manga de la bata. Entre doce y catorce años, voy a descubrir con estupefacción que ese polvo que antes ni siquiera veía es sucio y feo. Esa serpiente de Brigitte, señalando la parte inferior de la pared: «¡Oye!, ¿hace tiempo que nadie ha pasado por aquí, no?», me ha enseñado el minúsculo reborde del zócalo, todo gris en efecto, pero bueno, ahora resulta que hay que limpiar eso también, yo que siempre había creído que era la suciedad normal, como el rastro de los dedos en las puertas o el amarillo de encima de la cocina. Vagamente humillada al constatar que mi madre faltaba a uno de sus deberes, ya que, según parecía, sí era un deber suyo. Más adelante aún, atónita al enterarme de que también había que limpiar los quemadores de gas, la parte inferior de los lavabos y la trasera de los frigoríficos y las cocinas que nunca se ven, supe de la existencia de un montón de trucos en *Femme pratique*, *Bonnes soirées*, para que todo esté más brillante, más blanco, para que todo el interior de una casa acabe siendo una trampa de cómo conservar las cosas. Además, te empujan a creer que lo harás muy deprisa, en un abrir y cerrar de ojos. El abrir y cerrar de ojos lo he conocido con mi madre, pasando de la sopa a la carne en el mismo plato para ahorrar vajilla, diciendo que a ese jersey le va bien la suciedad y no hay por qué cambiarlo, para ella consistía en dejar todas las cosas en paz, con su polvo y su desgaste.

No perdía el tiempo, según decía, en tejer prendas de punto interminables. A veces, los domingos de invierno, como un remordimiento, intenta ponerse, y contamos las dos los puntos de malla de una bufanda que nunca superará los veinte centímetros. Cocinar es cosa de él, excepto el sempiterno entremés

franco-ruso de los jueves y las crepes o los buñuelos de los domingos. Huele a fiesta de arriba abajo, y a menudo al principio de la primavera, puesto que coincide con el martes de carnaval o con el jueves de la tercera semana de Cuaresma. Las crepes saltan una tras otra la tarde entera, y ella las va ofreciendo a los clientes más fieles del bar, yo tengo las manos perladas de azúcar y el estómago revuelto, esa noche no cenaremos. O el plum-cake de sobre para mujeres con prisas, «aparta los cuadernos de la mesa, no vayamos a ensuciarlos» y en un santiamén esos acantilados de harina derrumbándose sobre la mar amarilla de los huevos, y el permiso de mojar el dedo en la mezcla. Me deja la mitad de las pasas, y ambas nos relamemos apurando el fondo cremoso de la ensaladera. Durante quince días no cascará un huevo. En cocina y en limpieza, para ella solo contaba lo excepcional, lo de cuando me apetezca, las ganas de suelos que encerar o de paredes que baldear, de tartas para agradar.

Así que tenía tiempo, a pesar de las facturas, las señoras a las que atender, los artículos que desembalar, de levantarse a las cinco de la mañana los primeros días de buen tiempo para escardar los rosales y las «campanas de coral» y frotarme las mejillas cuando me despertaba con la escarcha de mayo, «te sube la color». A menudo, en cualquier sitio, a cualquier hora, sumirse en la lectura. Por eso la considero superior a él que solo hojea el periódico después de cenar con la finalidad concreta de enterarse de las noticias regionales. Le envidio ese rostro extraño, cerrado, tan lejos de mí, de nosotros, ese silencio en el que ella se sume, su cuerpo repentinamente pesado debido a una inmovilidad absoluta. Por la tarde, por la noche, los domingos, saca un diario, un libro de la biblioteca municipal, un libro comprado, a veces. Mi padre grita «¡te estoy hablando, no te cansas de tanta novela!», ella se defiende «¡déjame acabar la historia!». Estoy deseando aprender a leer, deseando entender esas largas historias sin imágenes que le apasionan. Llega un día en que las palabras de sus libros pierden la pesadez balbuceante. Y se produce el milagro, ya no leo palabras, estoy en América, tengo dieciocho años, criados negros y me llamo Scarlett, las frases se echan a correr hacia un final que me gustaría retrasar. Se llama *Lo que el viento se llevó*. Ella exclamaba a las clientas «¿se dan cuenta de que solo tiene nueve años y medio?», y a mí me decía «¿está bien, a que sí?». Yo contestaba «sí». Nada más. Nunca supo explicarse muy bien. Pero nos entendíamos. A partir de aquel momento hubo entre nosotras esas existencias imaginarias que mi padre ignora o desprecia según los días «perder el tiempo con esas mentiras, hay que fastidiarse». Ella le replicaba que era pura envidia. Le presto mi

«Bibliothèque verte», *Jane Eyre* y *Poquita cosa*, ella me pasa la revista *La Veillée des chaumières* y le robo del armario los libros que me prohíbe, *Una vida* o *Los dioses tienen sed*. Contemplábamos juntas el escaparate de la librería de la Place des Belges, de vez en cuando me proponía «¿quieres que te compre uno?». Igual que en la pastelería, delante de los merengues y el nougat, el mismo apetito, la misma impresión de que no era muy razonable. «Di, ¿te gustaría?». Forzosamente el librero nos aconsejaba, escogía, la única diferencia con los pasteles, aparte de Delly y Daphne du Maurier, era que la pobre no conocía nada. Olía a seco, un polvo fino, agradable. «Déselo a mi hija», decía ella antes de pagar. Me prometía para más adelante un libro bellísimo, *Las uvas de la ira* y no sabía o no quería contarme lo que había dentro, «cuando seas mayor». Era magnífico tener una bella historia que me esperaba, hacia los quince años, como la regla, como el amor. Entre todas las razones que tenía para querer crecer estaba la de tener derecho a leer todos los libros. Bovaries de barrio, señoras cegadas por sueños estúpidos, todas las mujeres tienen el cerebro novelesco, está más que probado, pero qué les pasa a todos ellos, esa saña, hasta mi padre, y él, cuando me vea por la noche sentada sin hacer nada, «¿qué haces, pensando en las musarañas?». Los exámenes por corregir, el niño por acostar, apenas cinco minutos para leer antes de irme a la cama. Cómo seguir soñando. Es verdad que me daba vergüenza, creía que era dejadez porque no estaba «activa». No, mi madre no confundía su tienda y las costas de California, el novelón escondido bajo la ropa de la plancha no le impedía calcular porcentajes. Sé que dentro de un rato habrá que acechar a esas jovencitas dulces y educadas de *La vida en flor*, las *Brigitte* en veinte volúmenes, continuará, todas esclavas o reinas cuya historia empieza a los dieciocho años y acaba con el matrimonio a los veinte, incluso en el caso de mi indefendible Scarlett con su batería de vestidos y enamorados. Y, en el otro extremo, esos pesados testimonios, vividos, en gruesos caracteres, de *Confidencias*, mujeres casadas desdichadas, muchachas seducidas y abandonadas, la extensa cadena de un desastre femenino, fatal, que me fascina tremendamente a eso de los diez años. Lecturas para mujeres, quizá a causa de ellas, de esa idea rara de vida exitosa o acabada a los veinte años, yo no me note nada cómoda en la terraza del Montaigne y similares. No. Creo en la forma que tiene la gente de mirarte, más fuerte que todos los libros, y la odio, esa injuria masculina «te haces una novela de todo, tienes demasiada imaginación hija mía», pretexto para esconder todas las malas pasadas, las citas fallidas, «qué va, tú estás loca, es que tienes demasiada imaginación». No puedo desearme una madre que no pusiera esa cara de

placer con los periódicos y los libros, a la que no le hubiera dado esa pequeña chifladura semanal encerrándose lejos de las conservas y las clientas a crédito, de toda esa comida empaquetada, fría, y hubiera pensado que leer era perder el tiempo. Me decía, con los ojos brillantes, «está bien tener imaginación», prefería verme leer, hablar sola mientras jugaba, escribir historias en mis cuadernos de clase, antes que ordenar mi cuarto o bordar interminablemente un tapete. Y recuerdo esas lecturas que ella favoreció como una apertura al mundo.

Demasiado pequeña para identificarme con heroínas de dieciocho años, me invento con ellas un parentesco, una vecindad, para deslizarme tras sus pasos por los castillos, las campiñas remotas, los países amarillos de calor y sigo siendo yo, personaje del que me siento muy satisfecha. Los libros, viaje e iniciación al juego. El *secreto de Kou-Kou-Noor* de Delly y el dormitorio de mis padres se convierte en tocador chino gracias a las mantas y la colcha plegadas sobre las sillas y la ventana, a las almohadas desparramadas por el linóleo, convertidas en «voluptuosos» cojines. Hay mar gruesa, mi corbeta va a naufragar, la silla en equilibrio sobre la cama se inclina peligrosamente, soy Pedro el pequeño emigrante. Mi madre entra, mira la cama devastada, su vestido de los domingos me arrastra por los talones, se ríe «¿estás jugando? muy bien, sigue, juega, anda».

Leer, jugar, soñar, pero también, cada domingo, a veces los jueves, salir a descubrir las calles y los paisajes alrededor de la ciudad. Sin olvidar a la gente, como si no viéramos desfilar la suficiente por nuestra casa, toda suerte de desgraciados, fracasados, viejos, enfermos que no curarán nunca, los que se han pillado una pierna en una máquina, los que se habían resbalado con la bicicleta un día de cogorza. Que la infancia deba estar protegida, mantenida dentro de una burbuja, ojo con los microbios en suspensión, y cuidado con su almita sensible, eso es algo que ella desconocía. Me llevaba a todas partes, a casa de la tía Alice que no se siente las piernas envueltas en una manta y eso que un curandero le ha predicho que va a mejorar, me pregunto si cuando hace pis lo nota. A casa del tío Merle, de una única habitación, con una cama de sábanas terrosas y gatos alrededor de un plato lleno de bazofia. A ver a las paridas del barrio, que esconden misteriosos estragos. Estaba bien ir a esas casas desconocidas, siempre había cosas curiosas que ver, grabados de Lourdes ovalados, estrafalarios, en madera pintada, un cucú, unas muñecas ganadas en la feria, colecciones de animales que salen en los paquetes de café. Muchos olores también. No he tenido necesidad de aprender en un dictado que «cada casa tiene su olor», las otras chicas se alborotaban, cómo, qué,

entonces atufan, no entendían nada. Nos quedábamos mucho tiempo, demasiado para lo inquieta que era yo, caía la noche y me preguntaba por qué no encendían la luz, las cabezas brillaban. Fuera, mi madre me estrechaba la mano, «¡está más oscuro que el culo de un negro!», yo me echaba a reír, no nos veíamos la punta de los pies por esos caminos sin farolas. El hospicio también estaba muy bien, con la capilla y la gran escalinata como en un castillo. Lo mejor será una *roulotte* sola, lejos, al final de la ciudad, cerca de un puente donde no pasaba nada, ni carretera ni ferrocarril. Mi madre tiende la mano a una vieja, mucho tiempo, y luego juegan a las cartas. Todo se explica en el trayecto de vuelta, se llama la buenaventura, qué sueño.

Viene rara vez con nosotras, él, el-que-no-sale, que arrastra los pies sin mirar a su alrededor porque le horroriza andar para nada. Y es que a menudo salíamos para nada, justo a ver, respirar, decir cosas, según me venían a la cabeza, con siete años, cogidas del brazo. Al bosque, por lirios. A las calles, calles sin nombre, calles-enigma de la Escuela sin escuela, del Infierno, calles de barrios periféricos llenas de niños que dejan de jugar para mirarnos, calles de ciudades encantadas con seres invisibles detrás de visillos de encaje. Siempre al acecho de lo extraño y lo nuevo, demoliciones con habitaciones a cielo abierto, anuncios pintados en los muros, ojos de buey de las casas de los ricos. Calles de escaparates de navidad, con hambre profunda, hace frío, hambre paseada por delante de belenes y abetos, saciada al fin por ese pastel en forma de monja con sus volutas y su delicada bóveda. Había días excepcionales, de descubrimiento absoluto: el viaje a Rouen. Entrábamos por la mañana en los palacios perfumados, Printemps y Monoprix, por la tarde en las iglesias negras por dentro y verdes por fuera. Cerca de la catedral, nos paramos delante de una librería que vende libros sobre el diablo y las mesas giratorias, ando por el adoquinado pringoso con la primera sensación de no ser yo. Ella dice «levanta la cabeza», una gárgola estira el cuello. Y de repente estamos delante de la escalera de la torre de Juana de Arco, en un sótano del museo Beauvoisine, únicas visitantes de momias anodinas, en criptas que contemplar, pasmadas de puro respeto pero estimuladas por las ganas de reír, filas enteras de tumbas de gente de la que nunca hemos oído hablar. Y ahí estamos en un restaurante forzadas a elegir platos desconocidos, mi primera vieira, la espera ansiosa, y si no me gustara y si tuviera que dejarla, luego la isla vacilante que explorar con la cuchara y la lengua, el miedo después, tendremos bastante dinero para pagar todo esto, pero ella saca los billetes tranquilamente, no te preocupes, hoy somos ricas. Mi padre cabecea sin decir nada cuando le cuento las hazañas en la gran ciudad. ¿Qué

la empuja fuera, a asomar la nariz, a ver exposiciones, barrios medievales, por qué no juega a las asistentas sociales benévolas, visitadora de dislocados y marginados, acaso no debe quedarse una mujer tranquila junto a su marido y sus hijos?, como si pudiera yo plantearme esas cuestiones, estaba convencida de que ella era perfecta. Gracias a ella sabía yo que el mundo estaba hecho para sumergirse en él y disfrutar, que nada podía impedírnoslo.

Grandville Road, Kenver Avenue, mejoro mi nivel de inglés, mal, pero recorro millas, por las afueras de Londres, Highgate, Golders Green, bebo sola Bovril en los *milk bars*, tengo veinte años, paseante deslumbrada por el extrañamiento, y más, via Tullio, jardines de la Villa Borghese, pero enseguida esos que se te acercan groseros y hay que apartar, rompedores de sueños, obstaculizadores de paso con sus Fräulein, Mademoiselle, ah Mademoiselle oh! la la! french, franchesa, pero las rutas siguen abriéndose libremente. Como las de después de los exámenes, ríos sin rostros donde hago derroche de un delicioso sentimiento de absurdidad. Y luego vinieron esos parques ordenados de los suburbios, por donde deambulo para evitar la primera disputa entre nosotros dos, ya no busco descubrir nada, solo huyo. La huida irrisoria de unas horas, un aparentar que me voy lejos que acabará devolviéndome al establo. Más adelante no voy a tener siquiera la posibilidad de tomar el aire inesperadamente, con el niño en la cuna, qué vergüenza, y aún más adelante, me veré privada de la idea misma de huir, total no sirve para nada, y lloraré entre cazuelas. Un potro domado.

No, mis años de niña no han sido solo una conquista, recordar los cachetes de ella por el vestido roto, mis mentiras, que se muera, me ahogaba la rabia, el aburrimiento cuando se cansa la imaginación, si tuviera una hermana, la desolación de las tardes en las que el cliente, esa especie cambiante y retorcida que hay que vigilar con frecuencia, no se ha asomado mucho por la puerta. Todos los miedos a morir. Pero busco mi recorrido de niña y de mujer y sé que al menos una sombra no ha planeado sobre mi infancia, la idea de que las niñas son seres dulces y débiles, inferiores a los niños. Que hay diferencias en los roles. Durante mucho tiempo no conozco más orden mundial que ese en el que mi padre cocina y me canta *Une poule sur son mur*, «Una gallina en un muro que picotea pan duro. Picotí, picotá…», ese en el que mi madre me lleva al restaurante y hace la contabilidad. Ni virilidad, ni feminidad, conoceré esas palabras más tarde, solo las palabras, aún no sé muy bien lo que representan, aunque hayan intentado persuadirme de que tener algo en los pantalones o no, importante matiz, me río, pero no, ahora en serio,

sí lo he pasado mal sobre todo por haber sido educada de manera tan anormal, sin respeto a las diferencias.

Confesarlo, más bien contenta de ser chica. A causa de mi madre, por supuesto. Y luego, a mi alrededor, en el bar, desfila el universo de los hombres. Las cuatro quintas partes beben demasiado, parlotean, revientan en trabajos sucios y duros, en la obra. Gesticuladores, chillones, mudos en ayunas, asesinos de todo, demoledores de patronos solo cuando están borrachos, su conversación es pura locura. Los malos zurran a sus mujeres, los buenos les entregan la paga y ellas, agradecidas, les dejan el domingo libre para que vayan a dárselas de jóvenes al bar o al fútbol. Las mujeres son para mí algo mucho más serio, lo compruebo en la tienda, se ocupan de la comida, del hilo de zurcir, del lápiz y el metro para la vuelta a clase, nada de excentricidades, una lata de cangrejo, se lo piensan muy mucho. «¡Si te escudriñan cada estante!», suelta mi madre, «¡tranquilas!». Ellas son las que controlan el gasto, un paquete de galletas de los grandes, que se saca más provecho. Responsables. Al menos las que llevan las riendas de la casa. Oída mil veces esa frase que quería decir tantas cosas, no tirar el dinero por la ventana, mandar a la tienda a los niños bien aseados por lo menos el domingo pero también gobernar a su hombre, impedir que se beba la paga, que cambie de vida por un quítame allá esas pajas. Oscuramente siento también que casi todas las desgracias de las mujeres vienen por los hombres. No me lo pienso, mi modelo de mujer es mi madre y desde luego ella no es víctima para nada.

Ser una niña significaba ante todo ser yo, siempre tan alta para su edad, fuertota menos mal a pesar de esa carita pálida, tripita, sin cintura hasta los doce años. La falda no le aguantará sin tirantes, asegura la modista, o un cinturón bien apretado. «Tirantes, que vaya cómoda». Solo ropa para ir cómoda, que incluso tiene la ventaja de que dura más. La coquetería, las marrullerías, las sonrisas picaronas, las lágrimas para enternecer, cosas que desconozco por completo. Mi madre juzga con dureza a las «liantas», llama cuento chino al llanto, «así mearás menos esta noche».

Una niña que busca el máximo placer y la máxima dicha sin preocuparse por el efecto que produce en los demás. Quedarse hasta tarde en la cama jueves y domingos hasta sentir un vago mareo a fuerza de hundirse en las sábanas, mirarse pasar desnuda delante del espejo, leer comiendo tostadas con compota de manzana caliente al volver de clase a mediodía sin esperar a la comida, montar en bici sin parar por el patio entre los arriates de ásteres y las cajas vacías. Mi bici, maravilloso instrumento de ensueño. Aérea en el sillín, mecida por las suaves sacudidas entre la tierra movediza y el cielo inmóvil,

devano mis historias exóticas al ritmo de mis piernas. Jugar en verano con las primas o las vecinas del barrio a esos juegos iniciados febrilmente en medio de gritos de alegría, interrumpidos por la pitanza almorzada a horcajadas, en el bastidor del columpio, que degeneran en enfados, peleas o lo que en confesión habrá que denominar prudentemente feas conversaciones esperando que la voz tras la rejilla no pida detalles. Jugar al bautizo, a la boda, donde los preparativos exigen que empleemos todas nuestras energías, qué pretendíamos hacer, se acabó el interés, a la calle en busca de nuevas aventuras. La más excitante era la de robar melocotones y peras, tropezarnos con chicos a los que tratar con desenfado pero siempre de lejos, gordinflones, cegatos y tontos de remate, vistos lo justo y a la menor persecución gritar: «¡Mamá, nos están molestando!». «¡No haber empezado!», replica ella. Ritual de la cuerda lisa, que se enrolla alrededor de la pierna derecha con el pie izquierdo por encima del derecho, el vestido se remanga todo, el cuerpo se tensa, me agarro a la anilla del bastidor, antes de soltarme y salir rodando, la cuerda como un latigazo de fuego por todas partes, de los tobillos a los muslos. Me escupo en las manos antes de volver a subirme para tirarme otra vez. Juegos tranquilos, relajados, de esos nunca. En compañía, hablo a gritos y desaforada, como para compensar mi murmullo solitario de hija única. De la reserva natural de las niñas, de su comportamiento modesto y sus supuestos aspavientos, no veo ni rastro en mí ni en mis compañeras de juegos. A las monas, que juegan a cocinitas y cogen florecitas, las llamamos las chulitas y las remilgadas. Placer de la exuberancia que la escuela, con su silencio en las filas, sus diversiones decentes, no amortigua mucho. Chillar, esconderse en sitios donde nadie nos encontrará, y qué más da el vestido, atreverse, la gran palabra, a que no te atreves, a llamar a casa de la tía Lefebvre, a decir eso delante de todos, a alzar la voz, a robar melocotones. No sabía que en otro lenguaje esa alegría de vivir se llamaba brutalidad, mala educación. Que la buena, para las niñas, consiste en no hablar a voces como una verdulera, decir jolín o miércoles, no vagabundear por la calle. El bar de clientela obrera, las generaciones de campesinas antes que yo, no es buen germen para producir niñitas moldeadas a lo condesa de Ségur.

Nada fácil mi recorrido. Mi madre me regalaba un montón de muñecas, sí. Con algo de conmiseración, como una concesión a la debilidad de mi edad, pero sin protestar porque las reclamo yo. Pero eso sí, prohibido salir a la calle con el carrito y el pepón dentro, atributos ridículos. Las «druinas», muñecas en nuestro dialecto, no salen de casa. Recuerdo vago de pelo siempre rizado, ojos fijos y labios nunca lo bastante abiertos como para hacerles tragar un

cacho de merienda, se suceden unas tras otras, perdidas, rotas y obstinadamente renovadas. Por el orgullo de enseñárselas a las amigas, el lindo vestidito, las pañoletas de punto, ¡y llora! Una vez agotada la admiración, la acuesto de nuevo en la cuna, y nos pondremos a jugar a la comba. Estaba convencida de que un día se produciría el milagro, y que a esa, la querría, le tejería la ropita, no la abandonaría en el patio. Exultación, dudas en la búsqueda de un nombre, preparación minuciosa del bautismo. Después ya no puede hacerse mucho más con ella. Qué quiere decir exactamente querer a la pepona, coserle vestidos y gorritos, pero no soy una experta, y mi madre me manda a freír espárragos cada vez que le pido que me eche una mano. Esa figura fría toda tapadita en su carrito alsaciano me pone melancólica. Inerte, y yo tan viva, con una brisa suave y casi primaveral en los brazos desnudos por primera vez desde el invierno, y el gusto a crepes de mediados de cuaresma en los dedos, la miro, no sé imaginarme nada con ella. Niña solitaria ante una muñeca. Espero de ella el amor recíproco, el sueño. Su cuerpo es duro, su sonrisa roja. Beso idiota. El único medio de darle un poco de vida es atormentarla, hacerle sufrir esas metamorfosis que acaban mal. Siempre empiezan por el pelo, trenzas, rulos, lavado. Corte. Espiral fatídica. A causa de esa cabeza en desgracia, pobre niñita pelona, me creo todo permitido, posturas ridículas, faldas remangadas. La hago girar cogida de un brazo retorciendo la goma que le cruza el busto por dentro. Manca en un abrir y cerrar de ojos. Entonces puedo cometer el último sacrilegio, extirparle de la tripa esa especie de salero que sigue berreando mamá cada vez que le doy la vuelta. Con los muñecos bañistas, era distinto. Se parecen demasiado a un bebé, las torturas se volvían claramente criminales. Pero ellos también desviados de su función, atreverse a decir a qué simulacro sirvió una tarde de verano, qué compañero de talla reducida había representado, ese pepón que yo había llamado Michel.

No tenía juegos preferidos, me gustaba la comba, la rayuela; el frontón y la sortija de oro deslizada de manos juntas a manos juntas, decepción de no ser la preferida o dulzura por serlo y sentir el anillo escurrirse entre mis palmas como prueba secreta de amistad. La bici con los pies en el manillar. El balón prisionero. Hacer castillos con las fichas de dominó. Subirse a los árboles. El domingo a veces, en el barrio de la Gaieté, me confundo con los primos y los chavales de la calle y no entiendo: los chicos nos dejan de lado, a las chicas. Se pegan entre ellos, se tiran a los montones de virutas en el patio de la fábrica y nosotras a mirarlos. Entonces les ataco, les hago cosquillas, les muerdo, pero nunca se deciden a jugar de verdad. Qué grité ese día, puede

que uno de esos tacos suyos que les devuelvo por provocación. En la imaginería de la memoria, dos muchachos de catorce años, de los mayores, se vuelven hacia mí. Uno de ellos le suelta al otro CÓMO VA A ACABAR ESTA. Con entonación de desprecio. De amenaza. Imagino qué quiere decir, lo sé por andar siempre escuchando las conversaciones de los hombres. Ahora qué contestar. Qué relación hasta entonces insospechable entre amar y pegarse, decir tacos como ellos, y convertirse en una puta. Me estoy viendo, herida, y lo peor era no entender, ni siquiera tenía ganas de abalanzarme sobre él y zurrarle.

¿Cómo acabaría? Siendo alguien. A la fuerza. Mi madre me lo dice. Y eso empieza por sacar buenas notas. El sábado me cuenta los cincos en el cuaderno de dictados y en el de cálculo, pero no dice nada ante el inevitable dos en costura y el aprobado pelado en conducta. Cejijunta a la menor variante a la baja, y que no me encuentre mi padre excusas a su hija, acaso no tengo todo el tiempo necesario para aprenderme las tablas y hacer los ejercicios de conjugación. Nunca me molestan cuando hago los deberes, tampoco cuando juego, para pedirme que ponga la mesa o friegue los platos. «Solo tienes que pensar en tu personita», dicen. Oh la grandeza del don, la belleza de las hermanas mayores sacrificadas, el encanto de las niñitas serviciales que ofrecen las galletitas saladas durante el aperitivo. Eso en casa no vale, se desprecia incluso. Y la fascinación de la niña por creerse útil, a la que le basta ordenar su cuarto y recoger la mesa para sentirse querida, es algo que también desconozco. Responsable únicamente de mí y de mi futuro. Confusamente terrible, en raras ocasiones: sería tan fácil agradar pelando la verdura, siendo cariñosa con todo el mundo, aplicándome en la escuela. En muy raras ocasiones. El cielo gris pesado de septiembre, las voces masculinas tumultuosas a lo lejos, en el bar, los ásteres zumbando de tantas abejas, enseguida la vuelta a clase. El futuro. Tengo entre siete y diez años, sé que estoy en este mundo para hacer algo. Ningún hermano me obstruye el horizonte con su destino prioritario.

Ahora sé que la actitud de mi madre era también un cálculo. No porque no perteneciera a la burguesía hay que perdonarle todo. Quería una hija que no emprendiera como ella el camino a la fábrica, que dijera mierda a todo el mundo, que tuviera vía libre, y la instrucción era para ella esa mierda y esa libertad. Entonces no exigir nada de mí que pudiera impedirme triunfar, nada de esos pequeños servicios domésticos donde se agota la energía. Lo que cuenta es que ese éxito no se me haya vetado por ser chica. Acabar siendo alguien no tenía sexo para mis padres.

Tampoco pasaba por el velo de novia. Paciente y regularmente, enseguida, se me convence de que el matrimonio no es sino una peripecia en función de los estudios y el oficio, como para los chicos. En nuestros paseos, mi madre me contaba un montón de ejemplos a no seguir, la pequeña Fulanita de Tal, y eso que era muy inteligente, no acabó el bachillerato porque se echó novio, a otra se le había llenado la cabeza de pajaritos con su boda, y se había quedado con las ganas. La ciudad, según ella, rebosa de pardillas que se han equivocado en la vida, así que tendré que andar con cuidado. Sobre todo que en el barrio no abundan los buenos ejemplos. La señorita Dubuc, imagen de una joven encorvada por el peso de una enorme cartera al bajar del tren de Rouen, estudia medicina. La señorita Jay, profesora interina de inglés, que compra a diario la leche y algún artículo más en nuestra tienda. No son tantas, la verdad, pero son «señoritas», no las Menganas o la pequeña Fulanita de Tal. «Ante todo, armarse bien para la vida». Ingenuidad de mi madre, creía que el saber y un buen oficio me protegerían de y contra todo, incluido el poder de los hombres.

Hay que decir que ha habido una laguna en su manual de instrucciones de la vida. Niña educada sin trabas, con una idea gloriosa de sí misma, pues no exactamente. Me las arreglo sola con esa cosa, más caliente y más viva que las piernas o el vientre, lo que ella denomina la calderilla y que yo imaginaba como una caldera pequeña, ahí abajo, maculada. Sucia, de esconder. «¡Has acabado de pasearte en pelotas, que se te ve todo!». Venga, a lavarte, con rostro severo. Avanzar sola en la oscuridad entre el miedo y más adelante la vergüenza y la necesidad de ir hacia lo que me produce placer. Saber también, saber, estar al acecho de todas las frases curiosas de los mayores. Pienso aún con repugnancia en mi cuerpo de niña, en mis sueños y mis conversaciones con otros niños. Saltarme por completo esa época desde la adolescencia. Quince años, la idea tenaz de ofrecer a un chico la completa inocencia, corazón, alma, piel, y él, como un dios, entrará en mí como en una casa vacía. Olvidar las tientas, los juegos infantiles y creer que el placer empieza con él. En realidad, la primera vez fue en un sueño, antes de los cinco años. La iglesia a la que a veces me llevan cuando hay bonitas procesiones es sombría, inmensa, y estoy sola. Tengo ganas de hacer pis bien, que me haga cosquillas, suavemente. Me agacho cerca del gran púlpito encerado, con tantas ganas que siento cómo me quema sin que salga nada. Entonces veo al cura que me está mirando, con sus dos vestidos, el negro y el blanco, todo de encaje. Tengo unas ganas terribles. Cae la noche. Quiero barrer la vergüenza, hablar en términos de victoria de descubrimiento, admirar mis prodigios de disimulo

frente a los adultos, mi tenacidad a la hora de resistir al ideal de la niñita angelical, a la inquisición del abate, no el del púlpito, el del aliento fétido en su cabaña. Porque era toda una aventura buscar instintivamente el secreto de esas misteriosas ganas explorando la casita roja cerrada por dos contraventanas blancas, inquietante de puro lisa y frágil, como en carne viva. Cuadro oculto. Mi turbación más adelante ante esos trípticos entreabiertos en el museo de El Prado. Rojo, blanco. La reina se pinchó y la sangre cayó sobre la nieve. Abrir las contraventanas. Visitas cautelosas en las que jugar a comiditas tienen a veces su función, cuando las veo los días siguientes parecen acordarse. En la agitación de la clase de primero de Primaria, Chantal iba y venía ante Geneviève la babosa, la «así», dedo en la sien, se levantó las faldas, separó rápidamente su secreto, apartando a un lado las bragas, y se volvió a bajar las faldas, «venga, Geneviève, ahora tú». Geneviève cabecea, la que-no-tiene-todo se niega a jugar, «no, que me va a sangrar». Tiene casi razón, a mí también me parece que es un corte en carne viva ahí en medio del cuerpo pero que no sangra ni hace daño. No imagino nada tras esa imagen sin profundidad, hasta eso de los nueve años. El «mío», decimos entre las amigas y las primas, no es igual que el «tuyo». Estaban las que lo enseñaban y las que miraban, las que se dejaban tocar y las que tocaban. Campo incierto para mí, más bien el segundo, porque soy a menudo la más pequeña de esas sesiones y no tengo novedades que ofrecer. Intensas y lentas lecciones de anatomía de Brigitte, con ojos de tizón bajo unos rizos de inglesa, siempre moviéndose, con su barbilla de zoqueta, a ella le encantaba, enseñar, explicar, el rojo de verdad que llegaría un día, el negro que ya empezaba a asomar. No muchos nombres, no sospechábamos que pudiera haberlos, serios, en el diccionario, para esas cosas. Estaba el «eso» o el «así» para todo. Pronto estaremos «así», formadas dicen los mayores, más tarde podremos «hacer eso». Qué miedo a ser descubiertas en plena sesión instructiva por los padres, te imaginas nos mandarían al reformatorio, y nos reíamos, envalentonadas. Imposible resistir a la curiosidad de nuestro cuerpo. Dónde está aquí el «nada» que, yo aún no lo sabía, nos atribuían los chicos. Todo, al contrario. Baluarte de una historia maravillosa que me llega en trocitos fáciles de pegar, pero no sé si lo intentaba de verdad, lo fantástico no me molestaba, todo aquello no podía ser nada sencillo, si no los mayores no se habrían montado semejante historia. Avanzo a golpe de conversación con la mano en la boca, ojos furtivos y miradas escrutadoras de parejas enlazadas en los parques. El despertar de mi cuerpo va unido a ese saber descosido. Mis encantadoras amigas bien educadas de más tarde me contarán cómo se lo explicaron de golpe, con

calma, la florecita, la semilla, sentadas en las rodillas de sus madres que les hacían un bonito dibujo donde todo era armonioso y también geométrico, bien engarzado, descripción de las piezas y programa detallado progresivo de las operaciones. Sin envidia, a ellas tampoco les daban el manual de instrucciones personal, el único que cuenta. El recuerdo más lejano, cuatro años, un vecinito de mi edad riega el muro a mi lado, me apartan de la aparición. Revelación de una diferencia atormentadora, que me fascina luego a eso de los ocho años cuando podemos percibirla de manera benigna, de lejos, en el afamado sátiro del barrio de la Gaieté o más de cerca en los hermanos de las amigas con más desfachatez «Fran, nos la enseñas, la pililа». Sin hacerse de rogar, cuantas veces quisiéramos, hasta que nos cansáramos del juego. Pero siempre muchas risas delante del aparato de los chicos, mientras que la visión del nuestro nos ponía más serias que en la catequesis. Nada más nombrarla, era lo curioso, la cosa, la raja, la hucha, o «una», para abreviar. Curioso también mezclar la palabra con réplicas anodinas, por provocación: «Qué te juegas a que lo digo. A que no. Aquí nadie se raja». En el columpio, gritando: *¡Me río, jajá, se te / me ve la raja, rajá, rajá, jajá!* Avidez, parte del juego, por otro lado ridículo. Mi madre lo llama las vergüenzas: «Vamos, tío Milon, tápese las vergüenzas, que hay niños». Para mí, durante mucho tiempo, algo completamente inútil, pura diferencia. Porque los hombres hacen los niños con el dedo. Primera fase de la historia que hay que imitar. Problema de la duración, un minuto, una hora. No resuelto, incluso cuando llegue a la segunda fase de la historia, cuando me entere de para qué sirven las vergüenzas. Y todas esas dudas maravillosas. Me intriga un cartel inmenso en la carretera que lleva a la escuela. Hay una mujer tumbada, con la cabeza de un hombre apoyada en el hueco de su vestido, «*Confidences*, el semanal de toda la familia». Mi madre ha dicho en la tienda que anuncios así son un escándalo. ¿Significa eso que también puede hacerse con la cabeza? Y esa rodilla que aparece una y otra vez en las chanzas de los adultos, hacer rodilla por debajo de la mesa, aunque esa superficie lisa no me inspira nada particular, nunca se sabe. Durante mucho tiempo para mí es todo superficial, ni media sospecha de penetración más profunda que ese pequeño pasillo de contraventanas cerradas. Hasta las reglas me las imagino como pequeñas estrías rojas y finas que me enrejarán un día la piel. Las lecciones de Brigitte no debían de ser muy claras. La fase siguiente de la historia me espanta, ¿lo adiviné, me lo murmuraron?, las fuentes de información están confusas, es el agujero de hacer pipí el que sirve para eso, no la casita colorada. Se acabaron las ganas de imitar a los mayores, la experiencia será

inútil y dolorosa. Desorientada una buena temporada por la constatación de que la parte importante de mi cosa sea un subterráneo donde no he sentido nunca el menor picor, un hueco mudo e invisible. Ahora se explica la diferencia, lógica, desconcertante. Controlar la sorpresa, como de costumbre. Por muy lejos que me retrotraiga en mis recuerdos, nunca nada, durante la infancia, me ha echado para atrás, me ha dado asco. Tuve que aceptar esa novedad, neutralizar la inquietud de tener una parte inconfesable en mí para pensar solo en la promesa de placer. «Hacer eso» no podía ser otra cosa, lo más importante del mundo, un acto que, naturalmente, inconscientemente, separo de las horribles consecuencias que vienen inevitablemente unidas a él, la llegada de un niño. Cantinela recurrente en el curso escolar de la primera comunión: *En Marsella pruebas, bella / En París de la iglesia salís / En Tolón se te hincha el balón / En Macón, está dicho, tienes el bicho*. Con todo, el placer, lo primero, el resto, borrado de mis imaginaciones subsiguientes. El parto, lo único que me fascina a fuer de pavoroso porque me enteré de cómo era en *Lo que el viento se llevó*, sogas, agua caliente, agarrarse a los barrotes de la cama y gritar. Tortura y terror. Obscuros comadreos de alumbramientos difíciles con hierros, sin duda como las pinzas que usa mi padre para extraer las llantas pinchadas de la bici. Siempre me he resistido a ese episodio de mi historia, prefiriendo centrarme en peripecias más gozosas, la aparición del pecho, de los pelos y la sangre, fenómenos al acecho de los que me mantenía curiosa, el tiempo se hace largo, sobre todo hasta que llega el final de la metamorfosis, ese milagro que aparece sin anunciarse, no sabéis ni el día ni la hora, el acontecimiento en estado puro, y como en el caso de todos los eventos que deben producirse en mi cuerpo, no me imagino el después. Un día seré una pollita con regla, me pasearé en una nube roja, me dormiré con mi nueva persona, la vida alcanzará la perfección. Salvo el parto, que se asemejaba a un castigo, todas mis metamorfosis me parecían fiestas. No creía en las muecas de dolor de ciertas chicas una vez al mes, mi madre no se quejaba nunca y no podía asociar la dicha de ser por fin «así» a unos cólicos. Estaba segura de no sufrir. Y también de que me gustaría «hacer eso». La historia que me esperaba no iba a ser fácil, no sabía gran cosa de los chicos, pero la sentía alegre. La bicicleta traquetea por la tierra oscura del patio donde la hierba no crece, serpenteo entre los botelleros, con la India y Argentina en la cabeza pero también ese cuerpo glorioso del día de mañana al que todo le estará permitido. Viajar y hacer el amor, creo que nada me parecía más hermoso a los diez años.

La línea del cuerpo no se confunde con la del corazón, más punteada. ¿Fui realmente una niña enamoradiza? Los chicos, objeto de curiosidad, compañeros obligados de ensoñaciones, ¿tienen nombre, tienen rostro? Los invento, numerosos, tras mis lecturas. Charles, el que Scarlett no quiere, es mi novio en la época del dedo necesario y suficiente. En *La semana de Suzette*, encuentro héroes de catorce años, la edad ideal, y les acompaño en su busca de tesoros ocultos en mansiones bretonas. Hubo «colegas» reales. Las amigas me encuentran un montón, está ese y también el Fouchet, y yo la mar de orgullosa, elijo, digo mis preferencias, y juro por lo más sagrado que si se presenta la ocasión, haré de todo con ese. Qué ocasión. «Hola, hola». Ni siquiera nos atrevíamos con el nombre, eso habría significado una verdadera declaración. Nombres olvidados. Hubo, sobre todo, aquellos de los que no presumía. Esfuerzos ímprobos por pillar al dulce monaguillo de tez cerúlea que acompaña a la vieja sillera para recaudar el dinero, del lado derecho de la iglesia. Aparecía entre el evangelio y la elevación, con la vista bajada, dentro de su bonito sobrepelliz de encaje, por debajo de su hábito rojo un poco corto se le veían los calcetines. Tiende su manita fina y húmeda, pongo la moneda de veinte francos. Tiene que devolverme diez, le ofrezco mi mano. Todos los domingos espero una mirada, algo, la conquista no se produce. Dios y la Virgen no me ayudan. Aún no sé que no basta estar ahí para atraer la atención, hay que ser cariñosa, picarona, y no hay que echarse así al cuello de los chicos, a ellos les gusta conquistar, etc., toda la táctica que aprenderé más adelante. Hay esos de los que presumo. Un chico alto de visita en casa, que acaba de pasar la reválida de cuarto de bachillerato, me planta de improviso los labios en el cuello inmovilizándome violentamente con el brazo por detrás y luego se escapa. Me quedo perpleja, no he desfallecido por el efecto de «su ardiente beso», estaba mirando cómo comían los conejos el biscote que les había llevado. Quizá no estaba preparada para el acontecimiento. Pero por fin ya está, puedo contar que me han besado. Ese cuyo nombre durante años ha resultado mágico. Jacques. Ojos negros, dientes blancos, sonrisa resplandeciente, no, esa es la canción de la época pero es lo mismo, además de unos muslos morenos dentro de un pantalón corto blanco. Jugamos toda una tarde juntos patinando y él no se caía nunca. Es verano. Nos hemos dicho adiós en la calle. Espero el autobús con mi padre. Desde la parada veo el principio de la calle donde vive Jacques. Estuvimos esperando mucho tiempo, yo miraba la carretera asfaltada, los solares con viejos cachivaches oxidados, a lo lejos unas fábricas que hacían un ruido de mar. No sabía que era mi primer paisaje de separación. Pensaba volver al año siguiente. «Jacques ha

dicho levantad un brazo, Jacques ha dicho dad un paso». Es él quien me habla a través de esa chica en el patio de recreo. Escribía sus iniciales por todas partes. Y aún hoy, aunque más lejano. Me llevaron al concierto militar en la Place des Belges, veteranos con abrigo, cielo con humareda. Entre las cabezas se inscribe la nuca de un soldado soplando, puede que en una corneta, a veces un principio de perfil, un brazo que baja. Siempre esa piel a la que retorno, entre la línea bien recta del cabello y el cuello caqui. No araño interminablemente el suelo con la punta del zapato, no observo los dibujos de la gravilla, no me invento una casita entre los pies de las personas, todos esos recursos cuando uno está bloqueado en un mismo sitio. Hoy, al contemplar esa nuca, acabo de entender lo que sucede entre un hombre y una mujer y que todas las descripciones de Brigitte habían sido incapaces de transmitirme. Luminoso. No una historia de esas de váteres. Primera verdadera presencia de hombre.

En el patio de las vacaciones, con sus grandes nubes blancas, su olor a bodega cerca de las cajas llenas de cascos de botellas, me columpio, me hablo a mí misma, sola. Un cliente entra en el bar, la bata blanca de mi madre se agita junto a las estanterías. Repiqueteos regulares, metálicos, de un taller, punzadas temblorosas del aserradero, unos trenes maniobran en la vía, muy cerca. Los hombres remueven el mundo, hacen que trepide, a mis diez años. Construyen carreteras, reparan motores mientras que las mujeres se limitan a emitir pequeños ruidos domésticos, la escoba golpea el zócalo, la máquina de coser murmura. Como todas las niñas, yo lo ignoraba. La vibración de la ciudad carece de significado, es un hueco donde se refugia mi existencia, valiosa para mí, para mis padres. El mundo de los chicos no me amenaza. Solo un sueño intermitente, una promesa de felicidad. Ni sombra ni luz absoluta. Aún.

Años que creo plenos, ilusión. Minados seguramente por llamadas de atención, por las sonrisas de las remilgadas, la religión, el descubrimiento de otros modelos. Imágenes más descoloridas que las de mi madre, las señoritas de la escuela, pero mujeres fuertes y activas también, todopoderosas, con esas manos que escriben cosas difíciles en la pizarra, con su manera de esperar, mirada fija, brazos cruzados, «hazme el favor de volver a la fila y callarte». Lo saben todo, y aunque no me gusten porque me resultan excesivamente extrañas por sus palabras y sus aires discretos, las admiro. Ninguna duda al respecto, para mí las mujeres son más sabias que los hombres. Los que pululan por la escuela llevan unos hábitos como los de mi abuela, largos y negros. El capellán y el arcipreste que acompañan a la directora por todas las

clases cada trimestre para dar las notas. Nos conceden unas sonrisas babeantes y algo extraviadas que contrastan con la cara enrojecida y furibunda de la directora siempre a punto de estallar confrontada a nuestra pereza y nuestra imbecilidad. Por supuesto es ella quien cuenta. No tengo motivos para temerla por las notas. Decirlo, buena conciencia de una misma, narcisista, éxito escolar. Libertad, seguridad. Un principio de poder, forzosamente. Las maestras cierran los ojos ante tanta exuberancia, la conservo bastante tiempo, hija única dichosa al encontrarme veinte compañeras de juego y parloteo incluso si la mitad son unas chulas pero de pacotilla, en realidad unas lloricas de las que estallan a la menor guantada. La otra mitad, la peor vestida, la más maleducada, me basta para hacerme feliz. No podían contentarse con la flor y la nata, las señoritingas, no, había que elegir a hijas de destripaterrones, buenos pagadores, y juntarlas con las de los empleados y obreros con ínfulas. Elisabeth, que venía en invierno a clase con las medias de su madre cosidas a las bragas, Chantal, y la excitación que provocaba ir con ella por las calles del centro al salir de la escuela. Juntas nos compramos *El diablo en el cuerpo*, por la portada. Bernadette, espectacular cuando mira a la maestra por debajo del flequillo, quieres bajar la mirada de una vez, descarada, inútil. Mis amigas. Casi nunca ganaban la cruz, la hermosa medalla de cobre que se concede los sábados a las más meritorias, a las aplicadas, a las buenas, a las que parecen no haber roto un plato porque huelen la llegada de la maestra a cien metros, e inmediata posición angelical. Las impone la directora en persona, con un beso. Y las chavalas todas huecas, oye. El lunes siguiente se presentan con ella prendida en la bata con una cinta preciosa anudada en dos lazos, o hasta cuatro, una auténtica flor. Habrá alguna que le saque brillo con *Mirror Clear*. Algo terrible para mí. Se empeñan en concedérmela, «aunque, querida, no te la merezcas ni por tu conducta ni por tu pulcritud. Entérate —la dire me mira fijamente—, puedes sacar diez en todo, y no por eso agradar a Dios. Hubo una vez una niñita extremadamente dotada, ninguna de vosotras le habría llegado a la altura del tobillo, era brillantísima en todos los exámenes, en todos. ¿Sabéis lo que es ahora?». Silencio en la sala. Yo sigo de pie esperando mi cruz. «La llevan en silla de ruedas. No tiene más inteligencia que un niño de dos años. Una enfermedad que Dios le ha enviado». Por un segundo, me gustaría ser la última de la clase, solo por un segundo. Aunque a Dios, según parece, no le gusta el cálculo, y tampoco la gramática, los dibujos de los cuadernillos de recitación son garabatos hechos con pipí de gato. La cruz, una bagatela. Además, voy y la pierdo, mi madre se vuelve loca revolviendo los cajones del

aparador, por fin aparece entre los paquetes de galletas. Nada de lazos, «¡no tengo tiempo! Trabaja, eso es lo principal». Difícil, en esas condiciones, creer en todo lo que ha dicho la directora.

Placer de ser yo más que nunca en la poesía recitada sin faltas, en los ejercicios de concordancia superados o los problemas bien resueltos. Fuerza. Apoyo contra esa evidencia de que ciertas niñas de la clase gustan a las señoritas más que otras, las que yo llamo chulitas, bien vestidas, con rizos, mimadas por mami, una horquillita por aquí, un cuellecito bien blanco por allá. Yo llevo las trenzas recogidas en lo alto de la cabeza, nada del pelo en los ojos, que molesta, principio materno que no admite réplica. Chicas dulces, revoltosas pero buenas, con esa gracia que les viene de nacimiento, o eso creía yo. Esas a las que la maestra de fiestas, sainetes y demás celebraciones con las familias, viene a reclutar ciertos días a clase: «Necesito seis margaritas para *El vals de las flores*, esta, muy bien». Casi siempre las mismas. Al principio abrigaba alguna esperanza. Mala suerte, ya me tocaría el año que viene. Solo una vez me cogieron y me rechazaron diez minutos después. Demasiado alta, siempre, sea cual sea la clase en la que me integren, un pato, paralizada ante la sola idea de mover brazos y piernas ante las miradas curiosas. Excluida. Las escogidas conservan durante semanas su signo de seres aparte, vienen a buscarlas en medio de una clase para los ensayos, reciben órdenes misteriosas, «a la una en el aula San Luis». Por fin aparecen una noche bajo un haz de luz, vestidas con tutús inmaculados, realzando su naturaleza de muñecas de carne y hueso. Si no soy una muñeca, ¿qué soy?

Rápido, ven a mí, apariencia imaginaria, la que me fabrico cuando me aburro en clase, con la melena rubia de Roseline, «sería un crimen cortarla», ha dicho la señorita, las mejillas sonrosadas y realzadas de Françoise, el refinamiento de estilo de Jeanne, una auténtica estatuilla de Tanagra, según pude enterarme después. Que mis ojos no tienen nada especial pero son míos. En sordina ya el extraño cuento que me suelto a mí misma para borrar la chica real y sustituirla por otra, llena de gracia y fragilidad. Antes del timbre de la una y media, bajo los tilos, las mayores de quinto y más hablan, ríen, una de ellas lleva unos botines rojos y una bata azul. Me gusta porque me pareceré a ella, como ella apoyaré la cabeza en el brazo y diré «¡el álgebra, qué rollo!». Ni por asomo tengo su cara redonda, sus piernas gráciles, pero todo llegará, a la par que el álgebra. Adoraba mirarla, nada fácil, todo el mundo se arremolina a su alrededor, la oscurecen unas batas, y luego resurge ante mi vista, ignorando mi existencia porque las mayores pasan por completo de las

pequeñas. Nunca me identifiqué con las que parecían chicos por sus rasgos, su silueta robusta y alargada que las alejaba de la imagen de niña bonita. Rolande, mi vecina de pupitre durante todo un año, parece un pastor de uno de esos libros de historia sagrada. Cuando me susurra con esa boca pálida pegada a mi mejilla, me dan ganas de echarme para atrás, a veces no es tan grande la diferencia chica-chico físicamente, terrible sospecha confusa. Sin embargo eran numerosas esas compañeras de clase indefinidas, por qué ese malestar, si no es porque ya tengo metida en la cabeza que una chica debe ser todo curvas y dulzura. Todas esas caras en las que busco la mía, no, diez años, aún no estoy formada del todo, tal y como me habría gustado.

Para socavar la confianza en una misma y la voluntad, pero no brutalmente, con religiosa suavidad, estaban ahí, apenas, las señoritas, para negarnos esa gracia que sin embargo ellas habían recibido, la de enseñar y desenvolverse solas. Esa conmoción, esa incredulidad, lo recuerdo todo, la señorita, la Sylvestre, que no me tragaba, empeñada en meterse conmigo y en burlarse de mí, se parecía a santa Teresa de Lisieux, con esas greñas recogidas con un pasador detrás de la cabeza y desparramadas por la espalda. Alegre aquel día: «Decidme niñas, qué queréis ser de mayores. Granjera, sí, secretaria, muy bien, muy bien». Y preguntaba por qué, nos orientaba. A mí me dejó con la palabra en la boca: «¡Tú acabarás tendera como tu madre, no cabe duda!». No daba crédito, yo, que estaba segura de querer decir maestra. Sabía más que yo, desde luego. Qué se le va a hacer. Pasamos a Marie-Paule, que tenía una sonrisa de oreja a oreja, tranquila. «¿Y tú?». «Yo seré mamá». Carcajadas de toda la clase, hasta de las pijas, nos mirábamos, porque produce doble placer, mirarse cuando se ríe, y nos retorcíamos literalmente sobre los pupitres. Terrible, la Sylvestre nos paró en seco: «¡Callaos, tontas!». Se puso a hablar bajito, despacio, barriéndonos con su severa mirada: «¡Mamá, acaso no lo sabéis, es el oficio más hermoso del mundo!». Nadie replicó. Granjera, doctora, monja, que hasta de eso había habido, tendera, todo junto no valía un pimiento. Aquello se me grabó como una escena incomprensible. Puede que fuera la primera vez que sintiera que mis certezas salían huyendo en desbandada. Hacía bien las cosas, la Sylvestre de Lisieux, dos verdades de golpe, que hija de tendera era e hija de tendera me quedaría, y que empollar a unos críos, empujar un cochecito de niño, no había nada superior.

«Olvídate de eso. Tú trabaja y punto». El discurso materno vuelve a poner las cosas en su sitio. Coercitivo pero tranquilizador. Sin embargo, ha tenido que dejar huella ese sermón escuchado una y otra vez durante doce años, exaltador del don de sí y el sacrificio. El cuerpo es sucio y la inteligencia un

pecado. Las oraciones no es lo más grave, sino los relatos de santas, Inés, el cordero blanco, encerrada en un prostíbulo, Tecla, torturada, echada a los leones, azotada, Blandina, el mismo cuento, María Goretti un cuchillo en pleno corazón, y Juana de Arco, lloré en clase. Bernadette, casi iletrada hijas mías, a ella escogió Dios, una humilde pastorcilla, modesta, pobre, ¿os creéis que el buen Dios fue a buscar a gente sabia?, habría podido, y los tres niños de Fátima, y La Salette, etc. Fascinada. La sencillez, la inocencia, el cuerpo para nada, incluso lo más de lo más, que sea martirizado, cubierto de escrófulas como el de santa Germana Cousin. Sacrificaron sus vidas, nada podría agradar más a Dios, niñitas. Chupar con deleite ratoncitos de caramelo, subirnos por la cuerda lisa, platicar en las filas, todo eso era más o menos punible. Hacer sacrificios, el *leitmotiv*, por ejemplo callarse cuando una tiene ganas de hablar, lavar los platos en lugar de mamá, cada vez que no queráis hacer algo, hacedlo. Tener un cuaderno de sacrificios, y anotarlos. Había quienes los llenaban en un santiamén. Y los numeraban. Emulación en la negación de una misma. Quizá sucediera lo mismo en los colegios religiosos para chicos, puede que se les sometiera al mismo régimen de pureza y miedo, pero seguramente no se les asfixiaba tanto como a nosotras, pueden pegarse, se les anima a que se conviertan en jefecillos, y los buenos padres no desprecian los cojones, *duas habet*. Enseguida me persuadí de que las mujeres eran más piadosas que los hombres, llenan la iglesia los domingos y mi padre espera a Quasimodo para ir a confesarse y comulgar por Pascua Florida con harto dolor de corazón, justo para no provocar un drama en casa. Que deben ser más piadosas. Que si un hombre no lo es, no tiene importancia, para eso estamos las chicas, para salvar al mundo con nuestras oraciones y nuestra conducta. Menos mal que me siento superada, infinitamente lejos de estar a la altura a pesar de mis esfuerzos, mis sacrificios, que no me colman de la felicidad predicha. Lucho para no mostrar mi infamia: la alegría que siento al coleccionar buenas notas, al ver lo que no tengo que ver, al robar caramelos a mi madre. Mi falta de pulcritud, que acabará estallando en forma de manchas en mis cuadernos, se debe a que no me atrevo a confesar que trabajo en la mesa de la cocina, y mancho con rastro de dedos el pañito de la costura. «¡La limpieza es el reflejo del alma, señorita!». Me ha calado. La mancha, la palabra lancinante, María sin mácula. Cómo disimular todo lo que arrastro en forma de violencia y deseos. Tan difícil, con el ángel de la guarda a las espaldas, con Dios que está por todas partes, con la conciencia, ese gran ojo sin párpados flotando en un rincón del techo, esa primera lección del libro de moral. Durante la catequesis en la capilla helada, me ubico en vano en las

últimas filas con las más graciosas, la directora me agarra y me lleva junto al capellán. Y las notas para la confesión del viernes, espantosa institución. Se escribe el nombre en un papel que recoge la maestra, la clase se detendrá, ella leerá el nombre en voz alta. Que se sepa quién es lo bastante escrupulosa, suficientemente cercana a Dios, para pretenderse blanca e inmaculada. Gloria de levantarse, marcharse y volver veinte minutos después con otro papel y otro nombre. La cadena de las buenas chicas. La vergüenza secreta de quedarse en el sitio, inmediatamente señalada por las compañeras y la señorita. Empapada de repugnancia, entro una vez al mes en la cadena. Pero resistir, callarse. De todas todas, preferiría la culpabilidad de la falta ocultada que ese momento atroz y mórbido que viene tras la confesión. De rodillas entre las estatuas de santa Cecilia y san Lorenzo, me produce horror saber que le he dicho al cura que era orgullosa, que robaba ciruelas pasas y que cantaba canciones vulgares. Esa lengua pasada por los gruesos labios, esa curiosidad fétida, me odiaba a mí misma. Las niñitas deben ser trasparentes para ser felices. Me da igual. Yo creo que lo mejor para mí es ocultarme. Inclinada a pensar que esa actitud me mantenía a salvo, me preservaba por debajo, de los deseos, de las maldades; en un fondo negro y sólido. Por ese mismo reflejo de ponerme a la defensiva, tenía un miedo espantoso a que se me apareciera la Virgen, después habría tenido que ser una santa y no tenía ninguna gana. Quería viajar, comer papayas y arroz con palillos, servirme de mi «eso», y hacerme doctora o maestra. De sus discursos, pues, me quedo solo con lo que me interesa.

Pero siempre retenemos más de lo que nos imaginamos. Sobre todo cuando nos resulta tan difícil, y hasta imposible, entender a los diez años un montón de relaciones, como esa existente entre la admiración que se nos inculca por la Virgen, nuestra madre, por la iglesia que también es nuestra madre, y el respeto por nuestra «querida mamá». Espero que la ayudéis, niñas, nunca le demostraréis lo bastante vuestro agradecimiento, la casa ordenada, es ella, el vestidito planchado, es ella, y las comidas, etc. Interminable. Dura de llevar a cuestas, la iconografía materna soltada en la escuela de las hermanas. «Vuestra mamá, cuando le dais un disgusto, llora en secreto». Los dos valles de lágrimas en las mejillas de la Virgen. «¿Qué sería de vosotras sin vuestra mamá?». La señorita se vuelve amenazante. La tierra se vacía, en un sueño de desierto, avanzo a ciegas, sola en el mundo. Y más angustia blanduzca al acordarme de esas voces atrozmente melosas y trágicas. Probar con todas nuestras fuerzas nuestro agradecimiento. Pañitos de encaje, canastillas de rafia, agradecimientos bordados en cordón de perlé, rápido, a la

vuelta de Semana Santa, todas las tardes se llenan del zumbido de una actividad desbordante, se prepara el Día de la Madre. Para mí significa la libertad, por fin la escuela en la que se ríe, donde paso momentos deliciosos, aguja en mano, dando una puntada por minuto, contando historias, escuchando otras. De repente una voz congela la fiesta: «¡Estoy viéndote, no estás haciendo nada, nunca acabarás la canastilla!». Me entran ganas de decir la verdad, esa de la que ya estoy segura a los once años, que a mi madre le da exactamente igual el dichoso regalo, el domingo de la fiesta, porque no le quedará otra que correr de una punta a la otra de la tienda toda la mañana, sé que el paquetito colocado entre el plato de sardinas en aceite y la servilleta hará que se retuerza, incómoda, «¡qué detalle, un beso!» y luego «guárdalo, que no se manche». Se acabó. Sé que no tengo que recitar el dichoso agradecimiento bordado en el pañito porque nos sentiríamos ridículas las dos. Nunca me atreveré a confesar semejantes cosas, sobre todo porque la maestra afirma delante de toda la clase: «¡Si no termináis la canastilla, es que no queréis a vuestra mamá!». Hundo la nariz en la labor, convencida de ser un monstruo, incluso si en mi casa el Día de la Madre nos importa un comino.

Confusamente, en tales ocasiones, sentía que mi madre no era una verdadera madre, es decir como las demás. Ni llora, ni se dedica a alimentarme, ni, menos aún, ejerce de ama de casa; no encontraba muchos de sus rasgos en el retrato robot que nos facilitaba la maestra. Esa abnegación silenciosa, esa perpetua sonrisa, y esa modestia ante el cabeza de familia, qué sorpresa, qué incredulidad, sin por ello sentirme molesta, al no descubrir ni rastro de todo eso en mi madre. Y sí, la maestra sabía que dice palabrotas, que las camas se quedan a veces sin hacer durante todo el día y que echa a los clientes del bar que han bebido demasiado. Esa maestra tan provocadora, susurrándome «su mamá», cuando en mi casa y en todo el barrio decíamos «madre». Gran diferencia. Ese «mamá» se aplica a otras distintas que la mía. No a las que conozco bien de mi familia o de mi barrio, siempre protestando quejándose de lo caros que cuestan los hijos, repartiendo tortas a diestro y siniestro para salirse alguna vez con la suya, está claro que les falta ese «brillo interior» que la maestra atribuye a esas «mamás». Esas, distinguidas, arregladas, de gestos mesurados, que veo a la salida de la escuela cuando mi padre me espera junto a su bicicleta. O esas a las que en el *Écho de la mode* se les llama «amas de casa», que cocinan platos exquisitos en casas de lo más coquetas, y cuyos maridos trabajan en oficinas. La verdadera madre, esa que me habían inculcado, aparecía asociada a un tipo de vida que no era el mío.

Marie-Jeanne, muy poco amiga mía, por qué me invita ese día de junio a tomarme una gaseosa en su casa, una mansión con jardín. Teníamos que vender juntas en la calle boletos para un sorteo. El pasillo sombrío, con cuadros, desembocaba en una cocina resplandeciente, blanca como en los catálogos. Una mujer delgada, en bata rosa, se deslizaba entre el fregadero y la mesa. Quizá una tarta. Por la ventana veía flores. Solo se escuchaba un ligero chorro de agua cayendo sobre las fresas colocadas en un colador. Silencio, luz. Limpieza. Una especie de mujer a mil leguas de mi madre. Una mujer a la que se le podía recitar el agradecimiento del Día de la Madre sin tener la impresión de estar interpretando un papel. Mujer sin aspiraciones, feliz pensaba yo puesto que todo a su alrededor me parecía bonito. Y por la noche Marie-Jeanne y sus hermanos comerían tranquilamente los alimentos preparados, como en una poesía de Sully Prudhomme, ni gritos ni dinero contado amargamente en una esquina de la mesa. Orden y paz. El paraíso. Diez años después, soy yo la de la cocina resplandeciente y muda, la de las fresas y la harina, calcada, y reviento.

Sin embargo, hasta la adolescencia, me parece normal que mi padre lave los platos y mi madre se ocupe de los botelleros. Cocina, plancha y costura no son valores para mí, y para quién lo serían, hasta en la escuela se relega a las clases de «instrucción doméstica», arriba en el desván, a esas que dormitan en el fondo del aula, esas de las que se sabe, de entrada, que nunca obtendrán el certificado de estudios secundarios por mucho que repitan. Las bailarinas de diez años en tutú me encogen el corazón cinco minutos pero en el patio de recreo me subo al columpio y me echo a volar, me pongo a pedalear y sueño, siempre con ganas de darlo todo, como repite mi madre. Guapa o fea, agraciada o no, me gusta mirarme en el espejo en *culote Petit-bateau* y blusa, dando saltitos al ritmo de mi música interior. Es verano, pronto cumpliré doce años. Durante una noche de insomnio, asisto por primera vez, con la nariz pegada a la ventana, a un amanecer. Cuando el azul haya acabado de palidecer, me dormiré con la sorpresa de un descubrimiento extraño y precioso. Era como algo prohibido. Aquel año aún era libre y dichosa.

En dos o tres años acabaré siendo una muchacha vaciada, consumida por lo novelesco en un mundo resumido a las miradas ajenas. Qué resistencias fallaron. Encuentro ya signos anticipadores durante ese verano de mis doce años, ese interés creciente por las novelas de amor de mi madre, por las canciones más sentimentales de la radio, esa de derretirse *Fliege mit mir in die Heimat* y ese *Bolero* bajo el cielo rojo en el que cantan las guitarras… El descubrimiento que hice de que todos los hombres se interesan por las chicas

«despampanantes», por sus muslos cuando se pasean en *short*. Claudine cruza la calle, los obreros silban desde los andamios y solo tiene dos años más que yo. Se apodera de mí una inquietud: ¿me encontrarán despampanante? Retraso el momento de revivir mi adolescencia. Siento de antemano que voy a hacer trampa, que voy a valorar todo lo que entonces me parecía feo, indecible, mi cuerpo real, el placer, mi conciencia fugaz de no ser una chica muy femenina, y ridiculizar todo lo que entonces me parecía tan genial, tan glorioso, que los chicos se fijaran en ti, tener estilo. Voy a declarar vacuos los deseos de amor que me llenaban la cabeza en clase de mates. Me escribo, puedo hacer lo que quiera de mí, darme la vuelta en el sentido que yo quiera y palinodiarme a gusto. Pero si busco desbrozar el camino de mujer que se abre ante mí, entonces no puedo renegar de esa mujerona que lloraba de rabia porque su madre le prohibía llevar medias y falda ajustada. Explicar. No decir que era idiota. Y se han acabado, o no, esos años, que empezaron a mis quince, en los que me daba miedo verme en un espejo sin haberme arreglado antes, sin mi mejor apariencia, ojos, sonrisa. Aún sigo al acecho de ese cuerpo imaginario, ese que empezó a danzar ante mí durante la adolescencia, ese cuerpo delgado de proporciones armoniosas, de pecho deseable, de rostro gracioso-misterioso-travieso-madona, donde ubicarme, que elegir entre tanta máscara. Conseguir ese cuerpo a toda costa. Si no nunca gustaré a ningún chico, jamás seré amada y no valdrá la pena vivir la vida. La ecuación, bella, factor de gustar y de amor, igual a finalidad de la existencia, penetró en mí como si fuera mantequilla y solapadamente, $ax^2+bx+c=0$. Estaba escrita por todas partes. En los seriales de las revistas de mi madre. En los libros que cree buenos y sanos para mis catorce años, según los consejos del librero. Colección de Delly, Magali, y sobre todo la «Bibliothèque de ma fille», con la señora Bernage y sus *Brigitte*, Elisabeth, obras de «elevada moralidad», es decir, así lo entendí a la primera, donde las chicas se casaban sin haber hecho nunca antes el amor. Destinos, con todo, envidiables de hermosas señoritas muy bien educadas, puros, de chicas instruidas lo justo, con el bachillerato, pero nada de buscar luego un oficio porque tienen que casarse. Enfermeras en tiempos de guerra, siempre. Muchachas solas y libres, las había, se llamaban ovejas descarriadas, demasiado maquilladas, que con sus pintas dudosas pagaban cara su mala conducta: tristeza, remordimiento, pobreza y enfermedad. Yo tenía debilidad por ellas, esas bohemias, atrevidas, curiosas, que no habían escogido el buen camino como Brigitte, bien casada, adinerada, y madre colmada de seis hijos. El ideal de mujer, cursi, aseptizado, lo encuentro a mi paso siempre en las filas de la burguesía y si sentía que la

suerte de esas niñas-bien era preferible al de las locas, es porque se aureolaba de seguridad, de armonía. Las mujeres, en verano, fabricaban mermelada en una casona en el campo, los pajaritos trinaban mientras tosía y escupía en un cuartucho de criada la que se había creído que podía hacer lo que le diera la gana. Yo prefería la felicidad, claro.

Y luego, en clase, en la calle, están las chicas que se pasean con caritas de gata, con sonrisa cautivadora, haciendo danzar su faldita, estirando el jersey para exhibir sus pechos recién estrenados, con una confianza que me sorprende. Y a esas las espera todos los días un amiguito en la calle contigua a la institución, se excitan siempre con la fiesta de todos los sábados por la noche, vuelven cada lunes con palabras nuevas que han aprendido de los chicos, «tajada» o «resacosa». Soñadoras también. Me parecen vivir intensamente. «¡Cero señorita! ¡No has abierto el libro de geografía! ¡Me pregunto qué tenéis en la cabeza!». Sonrisas ladeadas de las amiguitas bien informadas, curiosidad de las demás. Y ella, la alumna preguntada, impertérrita, triunfal incluso, como detentora de un secreto frente al que la producción de petróleo en el mundo es una tontería solo capaz de interesar a las crías. Volvía a su sitio a sentarse, superior, retirándose el bucle rubio de la frente con gesto de suficiencia. La libertad suprema. Admiré a las enamoradas antes de estarlo. Qué vacío en mí cuando una de esas privilegiadas al salir de la escuela me deja con un «bueno, hasta luego», cruza la calle y se reúne con la silueta que acaba de aparecer en la acera de enfrente. Yo sigo por un desierto. A veces me encuentro con Claudine, ondeante subida a esos zapatos de tacón de vamp, estilo de ligona, una cosa terrible. No puedo evitar tenerle envidia. Por la noche, mientras hago los deberes, pongo la radio. *Un jour tu verras on se rencontrera*. «Un día, ya verás, nos encontraremos…». Ser elegida yo también. Pero cómo. La espiral. Gasto parte de mi energía en confeccionarme una imagen seductora. Con qué poca sustancia, con qué empeño me precipito en busca de los signos externos de la buena feminidad, la que atrae, qué tenacidad por afirmarme mujercita con catorce años. Pero esas medias, esa falda recta, esos tacones altos no quieren ser, en esa cabecita mía de entonces, elementos destinados a convertirme en «objeto sexual» sino a alcanzar la felicidad de ser al fin elegida. Más aún, cuando me pasee con los pezones erectos bajo el jersey y medias en las piernas, tendré la impresión de estar afirmando mi libertad. El sujetador, un sueño. Mi madre no piensa en comprarme uno, como buena campesina nunca se lo ha puesto. No me atrevo a hablarle de ello, supondría confesarle mi deseo de exhibir las tetas, pero de qué sirve «tener» si no se enseñan, y para eso hay que llevar sujetador Lou,

menos mal que una amiga me pasa uno de los suyos. Por fin dichosa. Palabras de chicas, en el recreo, más adelante incluso en la residencia universitaria, «no tengo bastante, estoy segura de que lleva relleno, parece una vaca, tú una tabla hija, y qué lo justo para que le quepa en la mano a un buen hombre». La gran preocupación. Me admiraba ante el espejo con esas conchas de tela en el pecho, de frente, de perfil, con el torso vendado, con los brazos arriba. Me parecía un juego. Sin embargo, se aceptaban ya de antemano los «dime solo la marca, los blancos de encaje son los más excitantes, qué bien te las sujeta» de los hombres. Por qué sentirme humillada, yo, unas tetas en medio de otras tetas. Girándome delante del espejo del armario con catorce años solo me faltaba la mirada del otro, ante mis ojos me había reducido ya a mera apariencia. En clase de redacción en ingreso de bachillerato, Marie-Thérèse se contemplaba en el reflejo de la ventana abierta, la agitaban imperceptibles movimientos, levantaba la barbilla, inclinaba la cabeza, tiraba del medallón que llevaba a la vez que hinchaba las tetas para «sacar pecho». Se pasaban el día mirándose todas esas chicas y en cualquier parte, en los escaparates, entre los pares de zapatos, los vestidos de los maniquíes, siempre con un espejo en el bolsillo, y el peine. Peinarse era la excusa para contemplarse la cara, mientras se arreglaban un mechón de la melena. Servicios de señoras, una por espejo, retocándose boca, ojos, haciendo muecas obscenas. Yo también estaba hipnotizada por mi reflejo.

Brigitte, la que me prestaba los sujetadores, decía que ella estaba demasiado flaca, que yo estaba bastante gordita y que desde luego era demasiado alta, a los hombres no les gustan las altas, se quejaba de «tener que» ponerse relleno, se retorcía un mechón de la melena con un dedo y sonreía con la boca cerrada porque no tenía los dientes bien puestos. Y no era fácil con aquellos ataques de risa que nos daban cada dos por tres. Nos habíamos perdido de vista desde las instructivas sesiones de los váteres, dos años mayor que yo, había acabado la escuela e iba a clases de taquimecanografía. Nos hicimos amigas porque nos resultaba práctico para los domingos: dos juntas podíamos ir al cine, al motocrós o a la quincena comercial.

Iniciática, con esos años de más y ese lenguaje que su personita menuda y decidida hacía más vivo, indiscutible. Los domingos, a eso de las dos, llegaba pavoneándose, «te has puesto la falda plisada hoy», ojo crítico, «te hace las piernas más gordas» que encadenaba con «has visto me he lavado el pelo, lo tengo todo electrizado». Y a comparar la ropa, a cambiárnosla, pasatiempo favorito, y cómo me sienta esto y esto otro. Un día me anudé un pañuelito de

algodón alrededor de la cabeza y esperé su veredicto. Una sonrisita y, de repente, con tono afectado, como en las películas: «Tú eres de esas de las que no se dice nada». Cinco segundos, un vacío total, aniquilada. Pero en los momentos de bajón tampoco se corta, «no somos bellezones, normalitas vaya». Ni un milímetro del cuerpo escapaba a su sagacidad, ni un dedo del pie movido alegremente, ni unas piernas cruzadas y descruzadas, ni una carcajada soltada sin pensar. Me llamaba todo el tiempo al orden: «Pelos en las patas ni hablar. Píntate las uñas de los pies. Se te ven demasiado los muslos al sentarte». El cuerpo vigilado sin parar, embutido, estallado bruscamente en un montón de trocitos, ojos, piel, pelo, de todos había que ocuparse, uno a uno para alcanzar el ideal. Empresa dificilísima puesto que un solo detalle podía estropearlo todo: «¡Te has fijado en esa, culiplana perdida!». La mayor parte del tiempo Brigitte lograba convencerme de que se daba un aire a Françoise Arnoul no sé, ese algo atrayente y misterioso, ojo, estiloso y nada llamativo. Asombroso lo bien que conocía el código, parecer bonita, deseable, pero sobre todo no tener apariencia de chica «fácil», una de sus palabras. Invencible a la hora de detectar «lo que hace putón», la permanente demasiado rizada, el carmín demasiado rojo, los tacones altos con pantalón, o «lo que queda hortera», la combinación que se ve de lejos, el amarillo y el verde juntos. Navegaba con soltura entre dos pánicos. A su lado me siento a veces vestida como un saco de patatas, desfasada, mi madre sigue eligiéndome la ropa y no sabe nada de tales sutilezas, de hecho a mí también me cuesta comprender por qué un pantalón negro es imposible y el mismo en gris, ideal. Fácil de entender que Brigitte no quisiera pasar por obrera, una oficina es distinto, su sueño era el estilo de chica sencilla, maquillaje imperceptible, para ligarse a un tipo serio, mejor que no fuera obrero. Las aventuras sí la atraían, con Luis Mariano ni lo habría dudado, pero esas cosas siempre terminaban mal. Como en los relatos o las fotonovelas que me dejaba, mujeres siempre de vuelta de todo, con vidas completamente fracasadas, y de repente, milagro, el éxito total. La felicidad completa. Ahí Brigitte fracasó, no me lo creía. Su exaltación de la entrega total no me convencía, cuando se quiere a un hombre, se acepta todo de él, una se comería hasta su mierda, decía. Más adelante oiré a otras decir lo mismo, más evolucionado, más alambicado, sobre la pasión y fundirse el uno en el otro, pero en el fondo la misma historia.

Me puse a utilizar las palabras raras de Brigitte. Las había escuchado a menudo pero eso de oírlas de su boca me probaba que era un lenguaje que podía emplearse en la vida. Hablaba de seductores y mujeres fatales, de boca

sensual. Sus otros centros de interés tampoco me dejaban fría. Recortaba en *Cinémonde* fotos de Daniel Gélin y Gérard Philippe. Yo también. Las nuevas canciones, las controlaba todas, su deseo secreto era ir a un concurso radiofónico, que la descubrieran, pero nunca se atrevió, porque tampoco estaba segura de ganar. Le envidiaba su capacidad de transcribir en taquigrafía *Deux petits chaussons de satin blanc* o *C'est magnifique*. A las cinco de la tarde, el domingo, dos chicas salen vacilantes del cine, en la Place des Belges, el mundo centellea en tonos grises, las cabezas son minúsculas y feas. Derivamos en medio de la muchedumbre que deambula lentamente por las calles comerciales. Paradas aleatorias delante de vestidos y revistas. Gérard Philippe y Michèle Morgan continúan corriendo el uno hacia el otro por el desierto mexicano. Unos tipos nos siguen. No contestar, parecería que les alentamos, me enseña a vivir, Brigitte, otra vez el código. Gustar a todo el mundo pero no dejarse abordar por cualquiera. Sobre todo porque se trata de chicos «de pueblo». Nos cansamos de tanto pasar una y otra vez delante de los mismos escaparates. No hay ningún chico interesante. Bajamos entonces por las calles sin tiendas, a veces hasta la linde del parque. Las prímulas pueden crecer en los taludes, las candelillas florecer a finales de marzo en medio de la foresta, con Brigitte no hay descubrimiento del mundo que valga. Para ella la naturaleza es para tomar el aire después de pasar toda la semana encerrada en una oficina. Hasta mirar las estrellas tiene que tener un interés preciso, hay que contar nueve durante nueve días seguidos y después sueñas con el hombre con el que te vas a casar. Yo aceptaba sin problema ese paseo circunscrito. Hablábamos de canciones, estrellas de cine y chicos. No. No solo de eso.

Porque Brigitte se dejaba llevar a menudo, se olvidaba de la jerga propia de la revista de *Nous Deux*, y se evaporaba ese aire de niñita formal que tenía. Y entonces hablábamos de «eso». Y de «eso», ya lo sabía yo, no deben hablar las chicas. Inagotable, bien informada, Brigitte, con sus aseveraciones divertidas y brutales, me entretenía todos los domingos. Con ella el mundo era un sexo inmenso, un formidable apetito, una corriente de sangre y esperma. Lo sabía todo, que hay hombres que van con hombres, y mujeres con mujeres, cómo había que hacer para no tener hijos. Incrédula, busco en la mesilla de mis padres. Nada. De debajo del colchón saco una toalla arrugada, curtida de tanta mancha en según qué parte. Objeto terrible. Un auténtico sacrilegio. ¿Qué palabra había usado?, la de los hombres, semen, no la conocíamos, la culta en todo caso, que había leído en algún lado, esperma, no es nada escribirla en comparación con el efecto que me produjo oírla resonar

en el dormitorio paterno a los trece años. Nos contábamos historias que podían espantar a un adulto, cualquier objeto se volvía obsceno. Cuerpos despatarrados, sexos abiertos o enhiestos, una banalidad las revistas porno en comparación con nuestras conversaciones técnicas o mordaces. Imposible con Brigitte morirme de vergüenza el día de la primera convulsión bajo las sábanas, ella se ríe, a mí también me da la risa, pero no vayas a contárselo al cura, eso no es algo que le incumba.

Y qué triunfo anunciarle que también soy «así» yo, se acabó imaginarme esos dolores de tripa, sobrellevo mi nueva situación con dignidad y orgullo, y hasta sensación de bienestar.

No, no me lo había imaginado así, ese gesto tranquilo de levantarse la falda plisada, bajarse la braga y sentarse sin pensar en nada, con la parte inferior del muslo aprisionada por la goma. Esa sorpresa absoluta. Ver lo que nunca he visto hasta ese momento, mi sangre, la mía, esa. Se termina un estado. Me quedo mirando, como las adivinas los posos de café. Ya está. Hace cinco minutos que mi madre me dice, burlona, «así se convierte una en mujercita». Ni más ni menos mujercita que ayer, sencillamente un evento maravilloso. Imposible transmitir a mi madre mi satisfacción, solo eso que decir a la única persona capaz de comprenderme, Brigitte. Me pongo a componer el relato en mi cabeza, figúrate que el lunes voy al cole como de costumbre. Contarle también mi miedo a que se detenga de repente, comentarle que me habría gustado una hermosa fuente límpida en vez de ese chorreo viscoso, ¿y ella?

Todo le parecía bien como tema de conversación. Seguramente era esa forma de hablar libre la que me unía a ella. La que luego me daría tanta vergüenza. Nada de reparos como en el colegio, no había nada inconfesable. «¡A mí me encanta mirar las tetas de las mujeres en el cine!» parece que esté oyéndole aún, con ese tono, tan segura de sí misma, aquellos domingos estivales, mientras masticaba una hierba que escupía para volver a empezar, «a las mujeres no les gusta hacer eso, me lo ha dicho mi madre», y luego esa mirada felina y esa risita, «¡me da igual, a mí me gustará!». Hablar del cuerpo y luego reírnos. Sobre todo reírnos. Pero yo estaba convencida de que hacíamos mal. El ideal de chica: la otra Brigitte, la de la serie de relatos para jovencitas, la que iba a las exposiciones de pintura y no decía nunca palabrotas. Mi Brigitte, la mía, tampoco se olvidaba del código de buena chica. «¡A mí me gustará!», pero se levantaba, se sacudía las faldas con salero y hacía un gesto digno apuntando la nariz al cielo. Todo eso era entre nosotras, no podíamos dar esa imagen a los demás, so pena de pasar por

viciosas, por unas guarronas. Hasta en nuestras conversaciones secretas el código estaba al acecho, presente. No había error posible. Gracias a Brigitte aprendí todo acerca de la virginidad, la puerta que el hombre abre con dolor, la marca de buena conducta, imposible disimular la ausencia, salvo inyecciones de limón, y ni siquiera. Extasiada, con la cabeza hacia atrás y los ojos medio cerrados, Renée, la compañera de oficina de Brigitte, decía a la salida de misa: «Me ha dicho, si no eres virgen la noche de bodas, me oyes, te estrangulo». Sucedió delante de la tienda de electrodomésticos y maletas. Qué escalofrío. Y las madres solteras, no había por qué compadecerlas. Los hombres, ellos sí que podían follar todo lo que quisieran, al revés, más valía que tuvieran experiencia, para poder «iniciarnos». A pesar de mi infancia activa, de mi curiosidad, acepté como una evidencia ponerme debajo, y ofrecerme, no me repugnaba imaginarme pasiva, soñarme en una gran cama o en un lecho de hierba bajo el cielo, una cara que se acerca, unas manos, las operaciones siguientes que no me corresponden a mí. Lo admito, nos atrevíamos a describir nuestras reglas y nuestros apetitos pero el matrimonio empezó a parecerme obligatorio y sagrado, debido a Brigitte. Y tácitamente, si bien hablábamos de nuestra sexualidad, desde luego no la concebíamos vivida plenamente.

No resultaba fácil distinguir la parte de libertad y la de condicionamiento, creía que mi trayectoria de mujercita iba toda derecha, cuando en realidad viraba en todos los sentidos. Una certeza, la época de Brigitte fue fatal para mi madre, su gloriosa imagen sufrió un duro golpe. Fueron minucias, historias de muebles polvorientos, de camas sin hacer y de contorno de cintura. Introducida en mi intimidad familiar, Brigitte me desveló lo que hasta entonces no había tenido para mí mayor importancia. No, mi madre no sabe cocinar, ni siquiera hacer una mayonesa, la limpieza de la casa no le interesa, y no es «femenina». Y esa frase, terrible, un día de riña: «Tu madre es una yegua». La mayor parte del tiempo, de manera más indirecta, risitas, apostillas del tipo desde luego increíble: «Desde luego increíble, este cepillo de pelo tuyo, necesita una pasadita. El álcali, ni idea ¿no? In-ma-cu-la-do». Argumentos económicos: «Mi madre me hace vestidos, todos los vestidos. Sale mucho más barato». Contesto siempre lo mismo, que mi madre no tiene tiempo, cierto, pero por qué soltar esa excusa y avergonzarse de decir que prefiere despachar en la tienda, calcular sus márgenes de beneficios, avergonzarse de afirmar que ella no sabría coser un vestido. Lo peor, esa mirada curiosa de Brigitte la primera vez que se encontró a mi padre triturando el puré, ¡oh espectáculo insólito!, y la horrible sorpresa de su

pregunta acerada: «¿Es usted el que hace estas cosas?». Otro planeta, bichos de zoo. ¡Pela usted las patatas! ¡Los platos los lava usted! Otras amigas, más adelante, hasta las más educadas, tampoco dejarían de manifestar su asombro, que me hería siempre, aunque intentara disimularlo. Es tu padre, terrible anomalía, y más risas, dibujos humorísticos de *Paris Match*, el amo de casa. Si mi madre hubiera tenido circunstancias atenuantes, una salud frágil, un montón de hijos. Nada. Simple elección deliberada de vivir de manera anormal. No consigo convencer a Brigitte de que carece de importancia, y que para nuestro comercio el reparto de tareas es lo más práctico. Un hombre que cocina, no me fastidies, mujer. Y claro los dos son ridículos, la amabilidad de mi padre se transforma en debilidad, el dinamismo de mi madre en la-que-lleva-los-pantalones. Así me fue ganando la vergüenza de que él fregara los platos, de que ella pegara voces sin comedimiento. Qué imagen idílica para mí, entonces, la de una madre atareada pero discreta, una de esas figuritas de porcelana de ensueño, en lugar de esa explosión permanente. Molestos, ambos, raros, nada que ver con las familias-bien, o con las que intentan serlo, las dignas. Indigno de un hombre picar la verdura, lo que tiene que hacer es como los demás, interesarse por el deporte, pegar gritos ante una mala nota, suprimir los permisos para salir y soltar tortas de vez en cuando. Los padres atronadores, en la escuela, son los buenos, hay que ver a algunas de las chicas contar las proezas paternales, me ha encerrado en mi cuarto, me ha castigado sin ir a la fiesta del domingo de Pascua, un enemigo con el que parecen estar encantadas. La autoridad materna no surte el mismo efecto. Hay algo extraño en ello. Y cuando llega la hora de estudiar *Las mujeres sabias*, pues lo que faltaba para acabar de ver a esos dos ridículos de verdad. Molière, imagínate, hacerle ascos a Filaminta y aplaudir a Crisalia en ese monólogo tan agudo, aunque en el fondo no haga ni pizca de gracia.

La normalidad la encontraba sobre todo en casa de Brigitte. La señora Desfontaines, siempre presente, atareada en la cocina, de aquí para allá, lavando esto, cosiendo aquello, y prohibiéndonos entrar en el comedor, que lo ponéis todo perdido. Universo menudo, donde me parecía que se ocupaban de pequeñas cosas, sacarle brillo a las manijas de las puertas, un gustazo, y luego esos cinco minutos largos preguntándose si iban comer macarrones o *hachis parmentier*. Universo a cámara lenta, e inmensamente silencioso para alguien como yo, que vivía de la mañana a la noche inmersa en un vocerío continuo. Ese silencio de las cocinas por la tarde. Vacío, opresivo, no el del cole, tan saturado cuando los alumnos están estudiando, a punto de estallar en carcajadas y gritos luego en el exterior. Me entraban ganas de irme. Entonces

descubrí la sorprendente complicidad doméstica entre madre e hija, que me resultaba insólita. «Has visto el jersey, te lo he lavado con detergente de escamas, como nuevo te ha quedado. Te voy a hacer una colcha de cretona, ya verás qué fresquita, etc.». Brigitte ayuda a picar, a cocinar, y con aire de suficiencia me deja claro que soy una inútil. La verdad es que no sé hacer una mayonesa ni pelar una zanahoria pero podría replicarle que en el cole me las arreglo bastante bien. No, no basta para compensar. Para una chica, ser una inútil, de cara a todo el mundo, comprende ser incapaz de planchar, de cocinar, de limpiar como es debido. ¿Qué harás luego cuando te cases? La gran frase de lógica irrefutable para meteros las narices en plena mierda, ni un huevo pasado por agua, bien, bien, ¡ya verás si le gusta a tu marido la sopa de guijarros! A mí me entraba la risa, de puro lejos que me quedaban las bodas y miraba distraída a Brigitte mientras sacudía las sábanas y hacía la cama cuidadosamente hasta que no quedara una arruga, en lugar de estirarla y taparla con la colcha como hago yo. Así que poco a poco empiezo a pensar que me «falta algo». Además, todas las chicas, todas las mujeres deben ocuparse de la casa, así que ya iba siendo hora de que aprendiera todas esas cosas, aparte de un futuro oficio. Uno de los veranos de mi adolescencia, a pesar de los reiterados encogimientos de hombros de mi madre, no pierdas tiempo en esas cosas, sal a dar una vuelta en bici, recojo mi cuarto cada día, y hasta el suyo, porque me ofusca el desorden, digo. Plancho trapos de cocina, pañuelos, las cosas sencillas, para ir acostumbrándome. Tiendo la colada, una toalla, una pinza, una camisa, una pinza, festoneo la cuerda con gestos lentos, el aire cálido de septiembre me acaricia las piernas, quehacer dulce e inocente de jovencita. Orgullosa. Yo también sé. En la comida familiar del 15 de agosto, tomaré cuajada, todos se relamen, dicen «mejor que la artesana», se terminó eso de «a ver cómo acabará esta», se atiborran de *mousse* de chocolate hecha por mí. Exultación por ser completa, ya no me falta nada. Pero sin exagerar, era un placer y un juego, plancha y repostería, para relajarse después de leer, engañar al aburrimiento del final de las vacaciones, un pretexto para probar impunemente mezclas de huevo y azúcar, irritantes de puro buenas, para tragar cucharadas enteras de chocolate fundido tibio. En cuanto empiezan las clases, adiós al entretenimiento doméstico, las cosas serias lo primero.

Es lo que me repiten mis profesores, mi madre. Les creo pero el porvenir se ensombrece. Maestra, con eso vale. Ya dicen que «las maestras no se casan». Mi presente escolar me pesa. La época espesa acaba de comenzar. A partir de los trece años las clases dejan de interesarme. La relación de Chasles

o el postulado de Euclides, has perdido un objeto que tiene mucho valor para ti, cómo reaccionas, cuenta, todo eso me deja indiferente. La revolución francesa, Hiroshima, algún que otro comentario de texto me atraen algo más. En cuanto al trabajo, voy sobreviviendo, pero sin la menor curiosidad. Solo intento no tener un bajón, por mero orgullo, nada más. O puede que tampoco esté muy segura de mis encantos, así que pongo la carne en dos asadores, aunque me cueste. Prefiero pensar que sigo conservando cierta imagen de mí misma en consonancia con lo que decía mi madre, si no hago nada, no soy nada. Pero cuánta energía que desplegar, en esos años tirados, para no hundirme. Noches en las que tardo tres horas en terminar los deberes de geometría, trazo rectas y perpendiculares en sobreimpresión con una canción de Charles Aznavour en la cabeza. Mi postura en el aula es desmadejada en la silla, con los codos en la mesa, las manos en las mejillas y la mirada supuestamente dirigida hacia el libro o la pizarra. La postura del sueño con toda impunidad. Me acostumbro a perderme desde las primeras palabras de una demostración, no sigo ni una sola clase entera, de principio a fin, en cuatro años. Por la noche intentaba aclararme con el libro. Hay profesores que dictan los apuntes, más aburrido, pero con un poco de práctica se llega a escribir mientras se piensa en otra cosa. Chicos, historias de amor inventadas, canciones, deseos, postura sentada, ideal para esas ocasiones, me hallo en el interior de un gran sueño acolchado del que me extirpo con dolor para traducir un texto latino. Fugazmente, hay domingos, de vuelta del cine, con los deberes que me aguardan, y Brigitte a mi lado correteando ante la perspectiva de su velada apacible, preparativos de la ropa para el lunes, lavado de melena para gustarle al contable, en los que envidio esa existencia sin agitación ni angustia. Sobre qué me preguntarán mañana, y todas esas cosas aún por aprender, esas cuartillas por llenar de tinta, esos exámenes por pasar. Tener un trabajillo, escribir a máquina, es divertido, comprarse la ropa con el propio dinero de una, salir libremente como hacen la mayoría de las chicas, vida hecha de futilidad y espera. Época en la que los clientes, los conocidos de mis padres, empiezan a decir con aires resabiados, «su hija, pronto se irá de casa, ¡ja, ja!». Mi madre se enfada un poco, «tiene mucho tiempo por delante, que aproveche ahora que es joven», pero también hay veces que añade, «el matrimonio es ley de vida», y que no le gustaría que me quedara para vestir santos. En esos años me invaden las ganas de ser irresponsable, de pasar de todo, y la impresión de que los estudios son una solución de espera a decir verdad bastante práctica, nunca se sabe, habrá que vivir, antes de que llegue el gran amor. Dejarse coger la mano, hija mía

hermanita, la cocina dorada, las fresas bajo un chorrito de agua cantando, un día, ya lo verás, nos encontraremos. Y nada en el cole que se oponga triunfalmente a esa confusa mezcla de ser amada, escogida y para ello gustar. Las monjas enarbolan la «modestia», despotrican contra los pantalones que excitan el deseo de los hombres, razón de más para llevarlos, nos incitan a leer *Christiane*, un periódico donde unas chicas fotografiadas con esa sonrisa abierta y tonta propia del júbilo cristiano, una ropa pasadísima de moda e increíble, exaltan la vida recta, el compañerismo franco y puro con los chicos. Distribuyen *Tú que ya te estás haciendo mujer*, manual de instrucciones de cuerpo y alma para mujercitas, que rezuma restricciones y aburrimiento. Lo que hay que evitar, solo eso, en términos delicadamente velados, sobre todo tener cuidado con los muchachos que son «físicamente muy diferentes de ti en sus reacciones», víctimas de un «movimiento brutal, imperioso, que les domina». Mientras que para nosotras, parece que no sentimos gran cosa y, eso sí, precisión, si nos engañan es porque nos hemos dejado. Frente a esos consejos para toda hija de María, nuestra injuria entre las chicas, prefería yo los que te enseñaban cómo conseguir una tez esplendorosa y las novelas por entregas de la revista el *Écho de la mode*. La única religión que hace que palpite mi corazón a los quince años es el amor. Haría cualquier cosa, si me lo pidieras, Piaf tiene razón. Y me despierto cuando llegamos al *Cid* de Corneille, honor y amor, sin pies ni cabeza pero desde luego mil veces mejor que la Guerra de Sucesión de Austria. ¿Soñaban como yo mis compañeras de clase? Recuerdo sus «¡me he quedado completamente sopa!» en clase de lengua o de mates. Todas aplicadas en apariencia, nunca los deberes sin hacer, jamás un gesto de rebeldía, nada más que risas y susurros. Solo buscábamos mantenernos a flote, rebaño sin ambición. Excepciones, las había. Leguet, la curranta infatigable, una de esas pocas que llegará lejos seguro, pero de admirarla nada, qué pintas, ceñuda, la ropa un cuadro, su inteligencia no da ninguna envidia, más bien pena por todo lo demás. Después del fogonazo de la reválida de cuarto, llegará el bajón de quinto. La profe de mates, una mujer gordísima con capa negra encima de una camisa de cuadros, gritaba: «¡Señoritas!, ¿Se puede saber dónde habéis perdido el fuego sagrado? ¡Abotagadas! ¡Fofas! ¡Ese fuego sagrado, vamos, vamos!». Como si nos hablara en chino. De año en año, las caras han ido cambiando, desapareciendo, una auténtica criba. Primero las menos ricas, para secretarias o dependientas, luego las hijas de los comerciantes, que también se dedican a vender, pero de otra manera, las granjeras que desaparecen definitivamente en sus hectáreas de tierra. Otras llegan, la institución estaba llena de estrellas

fugaces, locuelas expulsadas de los institutos, niñas guapas mohínas casadas a la vuelta de vacaciones, tozudas que enderezar, siempre con un padre autoritario detrás. Todas hijas de papás pudientes y sin más fin en la vida que el de bailar, los guateques y las canciones de Brassens. Enseguida me junto con ellas, pegar la foto de James Dean en la carpeta en lugar de la de Jean Marais me parece una evolución, repudio a Luis Mariano en favor de los Platters, no veo que es la misma adoración, y si se habla de porvenir con ellas, como con Brigitte, se trata de amor, bautizado flirt. Cantantes, flirts, ropa y cotilleos constituían el grueso de nuestros temas de conversación. Me creía una joven muy pero que muy libre.

Empezar una historia ruidosa, una aventura de las buenas, a fin de cuentas no tan buena, saldré machacada, humillación y rebelión. Fui a ver a los chicos como quien se va de viaje. Con miedo y curiosidad. No los conocía. Los había dejado tirándome castañas en la esquina de una calle en verano, y bolas de nieve a la salida de la escuela en invierno. O injuriándonos a gritos desde la otra acera y yo replicaba pandilla de imbéciles o de gilipollas según las circunstancias, dependiendo de la presencia o no de testigos adultos. Seres agitados, un poco ridículos. Había hecho falta toda la gracia de una tarde de patines para transfigurar a uno. Debían de haber cambiado tanto como yo. Iba hacia ellos con mi escaso equipaje, las conversaciones de las chicas, unas cuantas novelas, consejos del *Écho de la mode*, canciones, unos poemas de Musset, y cierta sobredosis de sueños, Bovary mi hermana mayor. Y al fondo, escondido hasta lo más recóndito, el deseo de un placer cuyo camino había encontrado yo sola. Por supuesto era un misterio para mí la otra mitad del mundo, pero yo tenía fe, sería una auténtica fiesta. La idea de desigualdad entre los chicos y yo, de otra diferencia aparte de la física, no la conocía por no haberla vivido nunca. Fue una catástrofe.

No acababa de arrancar, la fiesta. Una chica alta, sólida pero sin convicción, para nada estilo sígame jovencito, de pelo tieso y permanente siempre hecha cada mes de mayo desde la primera comunión, lo que en lenguaje masculino se llama un callo. Un montón de chicas saben «arreglarse instintivamente». Yo no. Desesperada, un día me escupiré a la cara en el espejo. Tardes de domingo cada vez más grises, y esa Brigitte siempre con miedo a que la aborden, tardaré en entender que busca algo serio, se muere de ganas de hacer el amor, pero después de casarse. Despreciando siempre a los ligones domingueros, pero lo cierto es que a mí tampoco me gustan. «Oye, ¿no nos conocemos, guapas, qué tal, chavalas?». Inútil, la admiración de los catetos no cuenta. Los ignoro de la manera más natural del mundo, lo mismo

que me ignoran los tipos que me gustan a mí. Pero dónde y cómo encontrarlos. Brigitte solo tiene un compañero hombre pero que «sale» en serio con una peluquera. Los guateques, vale, pero quién me invitaría, las únicas que los celebran son las hijas de dentistas, de grandes comerciantes e ingenieros, las pretenciosas de toda la vida, esas no son mis amigas. Las mezclas no existen en una pequeña ciudad de provincias de ocho mil habitantes. El baile del sábado por la noche, ni hablar, criadas y obreras, eso es todo. Por qué no tengo un hermano, me sacaría, tendría amigos, como todas esas chicas que no paran de hablar de su hermano, que si ha aprobado la reválida, que si viene de permiso, que si dice que las escúteres son una mierda. El hermano-dios. Peor para mí. Nada fácil, a veces, eso de emprender el viaje. Queda el azar, y no tiene veinte mil caras.

Desde luego, para un ligue, la verdad es que había estado genial. Se sabía el papel de memoria. Puede que algo apresurado. Alto, moreno, como en los anuncios de Ambre Solaire, con una voz de bonito timbre y cálida, estilo novelón, ha dicho algo complicado, añadiendo «es de Racine, creo», y yo no podía saber si se burlaba de nosotras, no conocía *Los pleiteadores*, Brigitte hojeaba sus revistillas y yo comía melocotones en la linde de una pradera, a las afueras de la ciudad. Racine, era justo antes de que tumbara la vespa en la gravilla de la carretera y viniera a sentarse como quien no quiere la cosa, con las manos cogiéndose las rodillas, jugando con sus gafas negras, hablando con soltura. Bien traído lo que decía, nada que ver con eso que ya has oído antes, bien pensado. Como en las películas, pero sin música. Sin embargo fue horrible. Nunca me había sentido tan mal, me temblaban las manos al pelar el melocotón, el jugo se me escurría por la muñeca. Una vergüenza, puro nervio. Si hubiera estado sola, habría salido disparada. Lo odiaba por hablar y no saber yo qué contestar, salvo sí o no, o depende, catorce años, ingreso de bachillerato, prefiero a Gérard Philippe, y como cantante a Bécaud. Nos acechaba agazapado tras sus gafas negras. Brigitte chupaba la brizna de hierba que tenía entre los labios y emitía unas risitas breves, entrecortadas y regulares, desde el velo del paladar. Llevaba pantalón corto, sin camisa, así que le veía los músculos, la piel, un tío bueno, la verdad. Estaba aterrorizada. Mi infancia se acabó en ese mismo momento, con la vergüenza por esa mirada dirigida a medias a mí, a medias a mi amiga, por ese discurso vacuo destinado igual a una que a otra. Pararse ahí, hacer como que ese juego me horrorizaba. Falso ya que me quedé. Delicioso después de todo que te miren desde detrás de los cristales de unas gafas negras. Se asomó a los periódicos de Brigitte, nos miró alternativamente: «Deberías peinarte así». Me enseñaba

la portada de *Nous Deux*. «Y tú, Brigitte, así». No nos decía que éramos guapas, pero lo de la indirecta era todavía mejor. Cómo dicen ellos, así se nos adiestra, jovencitas alocadas, gatitas desconfiadas, el morenazo guapo no quiere haceros ningún daño. Es sin duda normal que los hombres hablen así a las mujeres, así que me dejo adiestrar. Poco a poco voy convenciéndome de que ese encuentro es la Aventura, un tipo interesante, veintitrés años, químico, acaba de decir. Hasta me atrevo a preguntarle dónde vive. Sin embargo, a pesar de su destreza, nuestro ligón estival no consiguió nunca despegar a esas dos hermanas siamesas en que nos transformábamos por miedo, y más aún por celos, para darnos una vuelta en moto, por turnos. Nos dijo: «¡Chao, hasta mañana!». Chao, palabra nueva, nos impresionó.

Entonces por primera vez me metí en esa extraña conversación sobre los chicos y los sentimientos, conversación circular, donde creemos que todo va a aclararse, interminable comentario donde todo se apelotona cada vez más. Has visto, es químico. Has visto, tiene veintitrés años, no se los habría echado. Yo tampoco. Risas, se le veían los pelos de la tripa, más risas, y los que tiene, eh. La obscenidad no nos ha salvado. Un tío cañón, seguro que tiene a un montón de tías rendidas a sus pies. Halagadas de que nos haya escogido, habiendo como hay tías mucho más buenas que nosotras. Murmullo de esclavas, incienso quemado en honor al dios. Solo con hablar de él me enamoraba. Tomaba resoluciones para el día siguiente, perder esa agresividad que le había echado un poco para atrás. Discutíamos sobre quién se subiría la primera en su vespa. Brigitte canturreaba *Mes mains dessinent dans le soir, la forme d'un espoir* de Bécaud. Las bicis estaban apoyadas en la riba, donde las habíamos dejado tres horas antes. Qué aventura. Más tarde, con veinte años, en la luz del escenario, Don Juan seduce alternativamente a Mathurine y a Charlotte, me quedo fascinada, me mareo. Ni tan simples ni tan palurdas. Pero engañadas, lo mismo.

Al día siguiente, me peino con coleta de caballo, como en la portada de *Intimité*. Volvimos todos los días, hasta el final de las vacaciones, pero nunca se presentó. A veces decíamos que seguro que se había visto obligado a volver a toda prisa a Le Havre, otras veces que seguro que le habíamos parecido feas, o unas mojigatas. Demasiado tarde. Ni gota de rebeldía o de desprecio, no le guardábamos rencor. Representábamos la sumisión en todo su esplendor, con catorce años. Mil veces me imaginé el paseo en vespa, entre la relación de Chasles y los verbos que llevan subjuntivo, y mi primera historia, algo arreglada, Brigitte ya no se acordaba de nada, acabó formando parte de ese montón de historias de amor que se inventaban las chicas de

clase. Ahora puedo decir que era un ligón de baja estofa incapaz de tirarse a dos pavas. Pero esas no son frases de mi adolescencia. Gérard te quiero, estaba escrito en mi borrador, y en mi cabeza «primer amor». Cosas de la lengua. No tenía otra, entonces.

A decir verdad, no superó las Navidades. Lo encontraba viejo, veintitrés años, esa desigualdad, era consciente, y no me gustaba. Además, esperaba tropezarme con otras vespas. «¿Qué va a ser de mí?», esa era la auténtica pregunta, toda la metafísica, hasta los diecisiete años. Salir de clase, asomando la nariz del abrigo que nos cubría del cuello a los tobillos, moda obliga, estilo conseguido después de mucha lucha, un aire a me voy de juerga demasiado llamativo, en fin. Oh, mi victoria frágil sobre las apariencias, una minucia, una mirada, una reflexión, bastan para acabar con ella. Y a puyas no hay quien las gane, a Brigitte y a las compañeras de clase. Pero no hay que gustarles a ellas, no. Madre se acabó tu mensaje, borrón y cuenta nueva. Escucha mi voz, aguda, de falsete, no se parece a la tuya. Lo nerviosa que puedes llegar a ponerme cuando no entiendes nada de que Françoise sale con Menganito, o que Marie-Jo se va de guateque todos los sábados. Abuso de la libertad de las demás para robar un poco para mi uso personal. Nada que hacer, insensible a las comparaciones, «menos mal que no te pareces a ellas». Sí, precisamente. A los dieciséis años no me reconozco en esa imagen recta y voluntariosa de mí misma que me tiras a la cara.

Ligues fáciles de ciudad pequeña, más bien camaradería, nos conocíamos y seguiremos conociéndonos en un futuro. Nada de violencias. Bajo las ventanas inmutables, la mirada de las mismas viejas, de los mismos comerciantes apostados a las puertas de sus tiendas, nos sentimos vigiladas pero protegidas, tan lejos de la persecución de la gran ciudad, hombres-gato inquietantes, sexo o navaja. Ligada o ligona, la verdad es que en esa época no distingo muy bien. Como muchas otras chicas, me paseo la calle, desfilando una y otra vez delante de los escaparates, los chicos que pasan también una y otra vez, observados de reojo, los que no están mal y los horribles. Con paradas ocasionales. Empleados de oficina, alumnos de una escuela de comercio, estudiantes de un instituto de Rouen, el sábado o el domingo. Los descubro tarde, a los chicos de mi edad. Primero me parecen graciosos, divertidos en su mayoría, los juegos de palabras y los retruécanos me encantan, seguro que a nosotras las chicas se nos da peor, ingeniosos, los chicos, cómo he podido vivir sin ellos, «no se aburra», «echa té», y «yo lo coloco y ella lo quita». Nadie me ha prevenido gracias a una educación burguesa-intelectual contra los juegos de palabras feos y carezco del reflejo

de la jovencita de oídos castos que ante las alusiones vulgares sabe hacerse la estirada. Pero acabo rindiéndome a la evidencia, las chanzas no son muy variadas, quedamos «en barco chino», hasta las narices, y los chistes verdes, Brigitte ya me los había contado todos. Me empiezan a parecer tan agitados y ridículos como en tiempos de las bolas de nieve. Y ese descubrimiento, que se pasan el tiempo hablando de ellos, de sus gustos, de sus clases y de sus exámenes, de sus motos y de sus huevos. Escuchar a los hombres, prestarles atención, metida en ello hasta el cuello. Dejarles hablar o reír. O bien decir tonterías, falsas ingenuidades que les hacen partirse de risa, con aires de suficiencia burlona, «¡qué mona!», hacerse pasar por disoluta o cándida. Y ellos llevándonos siempre a su universo, ven a echar un billar, unos bolos, hoy tengo carrera, partido, sí, sí, iré a verte. Ni se imaginan que también nosotras podamos tener nuestro mundo, mis historias, la clase, las compañeras, nada de ponerse pesadas, ¡ah! Y tus amigas todas tortilleras. No se hable más. Ganas de explicarles lo duras que son las mates, lo que me gustan las clases de francés, Rousseau por ejemplo, eso les aburre y mucho, y los problemas de álgebra de las chicas no están a la altura de los suyos. En mi casa, en la institución, el éxito de las chicas siempre se ha valorado, con ellos es perjudicial, desconfían, otra de esas plastas, las empollonas, no pueden con ellas, les dejan fríos, las prefieren echadas para adelante, sin complejos. Se burlan de mí cuando digo que quiero irme a casa a estudiar. Tendré que ir haciéndome a la idea de que a ningún chico, a ningún hombre, durante mucho tiempo, excepto a mi padre, le importa lo más mínimo lo que hago. Escuchar sin pestañear, ¿maestra? Te quedarás solterona; abogada, ¿pero por quién te tomas? El rechazo que provoco en algunos de ellos, el rubito ese tan tierno, tan dulce y amoroso, cariño, temo que te cansen los estudios, si te centraras en secretariado. Está claro que por el cerebro dejamos de ser una mujer de verdad para ellos. Un día nos cruzamos con la Leguet, un fenómeno, la saludé estando con los amigos. Gritos, que me calle: «¿Quién es ese horror, esa siniestra aparición?». Protesto, es una chica con mucha fuerza, porque desde el fondo de mi blandura, la envidio un poco. Pero oír que dicen de mí lo mismo que de ella a sus espaldas, antes morir, y como ella, renunciar a las miradas, a todo lo que espero, aún de manera vaga, al amor, a la piel, al Otro, es algo que no puedo ni imaginar.

Ese es ya el drama que voy a vivir, el miedo terrible del que no voy a saber desembarazarme. Necesito a los chicos, pero para gustarles tendría que ser dulce y buena chica, admitir que tienen razón, servirme de mis «armas femeninas». Matar todo lo que sigue resistiéndose, el gusto por la conquista,

el deseo de ser yo y nada más que yo. Eso o la soledad. Eso o mirarse una los labios y los pechos y decirse que no sirven para nada. Y será esto último claro está. Ni me lo pienso. A las fanfarronadas contesto agresiva y mordaz. Me empeño en querer hablar de lo que me gusta, libros, poesía, piérdete, que me pierda, por qué, acaso no me trago yo los goles, las inyecciones contra la fiebre aftosa de una vaca de un futuro veterinario, y las gracias de costumbre sobre la largura y el grosor de los sexos masculinos comparados en las duchas del instituto. Matiz, guapa, matiz, no hay que confundir, la influencia de Japón en la recuperación de China. ¡Ah! ¡Ah! No hay que ofender a los muchachos, ¿no sabes? Lo que no sé es ocultarle a un chico que me gusta. A los hombres les gusta elegir, guapita. Y a mí qué me importa, a mí también me gusta elegir, sigo sin entender el fundamento de la diferencia. Una patraña, esa inversión de roles, y de inmediato la consideración de tía fácil, en el bote. El chico fácil no existe. Ese día soy yo la que liga, encantada, sin pensármelo, paso delante de la escuela de comercio de donde va a salir. Nadie. No acostumbro a quedarme parada, dónde andará, Rue du Nord, la rotonda, andando que es gerundio. De repente, un grupo, una voz: «¿Qué hace esa aquí?». Gilipollas. Doy media vuelta y me marcho, con la cartera en la mano, roja de ira. No sabía comportarme, oscilando entre el no llegar y el pasarme, huraña y golfa a la vez, sonrisa ñoña, admiración exagerada por todo, y luego el cansancio de ese papel, ni medio paseo más en moto. Me acusaba solo a mí misma, porque ya se sabe que los chicos son chicos. Boys will be boys, dice la gramática inglesa, ejemplo de verdad general.

El viaje, a qué espero… Si me escuchara a mí misma, creo que aún seguiría esperando… El gran amor, sería tan bonito. Pero a mi alrededor, en clase, y también Brigitte, todas «saben» menos yo. La mejor forma de acabar de una vez por todas es elegir fríamente a tu pareja. Espera como yo delante de la ventanilla de correos, miradas furtivas, conversación anodina que se prolonga hasta la rotonda. Aburrido, boca gruesa, aires de pirado por las mates pero no tanto como para no decir ni mu. Será él. Caras, sonrisas, vale, hasta el lunes. Pero no, no era triste, aunque no se pareciera a una novela, y me saltara las estaciones del *via amoris*. Por qué hace falta el batido o los dos corazones grabados en los árboles para guardar un buen recuerdo. Tres días de espera, en aquel ventoso final de marzo, como tres días de retiro antes de la primera comunión, la misma lentitud, el mismo abotagamiento. Me preparo, y la cabeza aún más que el cuerpo. Imagino, me hago el itinerario, calculo el tiempo de que dispongo, mi madre me tiene muy vigilada. El jersey azul marino, el cuello blanco, el flequillo, estoy lista una hora antes. Acto de

libertad, ceremonia o sacrificio, qué sentido, aún me veo andando con paso firme hacia la rotonda. Qué va a sucederme, por una vez soy yo la que hago que las cosas sucedan. Cuando le veo acercarse con su trenca y su sonrisa abierta me entran ganas de echarme a correr. La guerra es la guerra, al fin y al cabo lo he decidido yo. Frases laxas, sin acercarnos demasiado en esas aceras desiertas de los lunes, con las tres cuartas partes de las tiendas cerradas. Sigue puesto el cartel de la película del domingo. *Los jóvenes años de una reina* con Romy Schneider. Dulcemente aburrido. Libertad, no tanta, la dirección de las operaciones no es cosa mía, como mucho tengo derecho a sugerir: «Oye, ¿y si pasáramos por esta calle?». Me mira extrañado, rápido, hacerse la loca, la cabeza hueca, «me encantan los narcisos, hay un montón en ese jardín de allá, ¡vamos, sí, sí!». El brazo lo primero, en el hombro, pesadísimo, terrible. La voz baja tan dulce de golpe. Eso es. Ya está. El otro sexo tiene las mejillas rugosas, el cuerpo duro y la respiración fuerte. No me cayeron encima ni la gracia del placer ni la de un gran sentimiento, estaba sorprendida. No había sol, no me sentía en absoluto como en un sueño, sino más bien en una de esas mañanas que siguen a las noches de insomnio, todo te entra por los ojos y los oídos pero te faltan las palabras. Una vieja que charlaba con su vecino por encima de una verja, nos soltó: «Todos hemos sido jóvenes alguna vez, es la vida». Me agarraba con demasiada fuerza, me sentía ridícula cruzando las piernas al andar, parándonos cada diez metros. Pensaba en la reválida, en el verano que vendría después. Había superado una etapa y me sentía liberada de una curiosidad. Hice el camino de vuelta contentísima. «Has pasado mucho tiempo en el dentista». «Sí, había mucha gente». Mi madre me mira por encima de la romana. Ese día le devuelvo su silencio sobre las naderías y el resto. Subí a mi habitación, recordaba lo que me habían dicho las otras chicas, «yo me lavé justo después, tenía que lavarme a toda costa, a mí el corazón me latía y me latía». Yo me miré al espejo, sorprendida de seguir siendo la misma.

Nada mal, el viaje en cuestión, estaba deseando reanudarlo. Solo un encuentro y ya una complicidad que desde entonces nunca ha dejado de sorprenderme. No había en su mirada esa lucecita del poder, ya eres mía, o bien todavía no sabía yo reconocerla. Solo veía a un chico poco comunicativo, un rostro ya fraternal. Pasamos juntos unas cuarenta horas en unos cuantos meses, que yo sumaba, como si se tratara de un tesoro de momentos privilegiados que almacenar. El sol me calienta la cara pero siento la tierra aún fresca a mis espaldas. A menudo con mi madre, durante nuestros paseos, distinguía a lo lejos, en el campo, unas masas de contornos difusos.

Parejas. No podía despegar la vista, qué estarán haciendo. Y ahora me tocaba a mí. Estupefacción. El gran sueño de la infancia, las escenas de los besos y abrazos tantas veces imaginadas, interpretadas, estoy viviéndolas. Dónde está la culpabilidad que creía sentir. Pero también el amor. Muerta la creencia de que salir con un chico era una meta, casi risible. Nuestras carteras yacen juntas, en la hierba, pero una vida juntos, qué locura. Por primera vez la idea del matrimonio me aterroriza. Emerjo, me desescombro. Se acabaron las tonterías y el novelón, se terminó el hombre único. Habrá otras pieles aparte de la de Rémi. Me aplico en clase con energías renovadas, sin pulir, necesito superar la primera fase de la reválida, el examen de filosofía, para encontrar la respuesta a las preguntas que me intrigan desde que el amor y los hombres han empezado a convertirse para mí en una cuestión sencilla. Leo. Sartre, Camus, naturalmente. Qué mezquinos parecen ya los problemas de vestidos equivocados y citas fallidas. Lecturas liberadoras que me alejan definitivamente del novelón para señoritas. Que esos libros estén escritos por hombres, que los héroes sean hombres también, no tiene para mí ninguna importancia. Roquentin o Meursault, me identifico con ellos. Qué hacer de tu vida, pregunta sin connotación genérica, la respuesta tampoco la tiene, de puro ingenua, el año de la reválida, estoy realmente convencida de ello. Avanzo en función de una máxima, no arrepentirme nunca de nada. Quién me ha infundido ese principio, Gide todavía no y aún no me doy cuenta de que para una chica es misión imposible. No tardaré en hacerlo. Salir con mis padres o Rémi, la elección es clara, a la hora de pensar de qué podré arrepentirme, así que adelante, a buscar pretextos y mentir hasta perder el aliento, y a la calle. Sí, pero qué hacer de ese deseo surgido a la vez que las faldas veraniegas y los abrazos que autorizan dos meses de ligue. De esas ganas de llegar más lejos. Como él. Su mano palpa por primera vez mi espalda, atronadora concentración, retengo la respiración, del ruido del sujetador desabrochado. Pero como en las novelas que ya no leo, «le rechazo violentamente». Y es que me vienen de golpe todos los buenos consejos, para uso de las jovencitas, a barrer mis principios de libertad, «a las que se dejan no se las respeta», «cuando empiezas luego no puedes parar», la cuesta abajo fatal, relente de vertiginosas historias de la revista *Confidences*. Y ni hablar de parecerme a Marine, todos los chicos dicen de ella que parece una boca de metro. Cuando asoma su coleta de caballo por la Place des Belges, se mean de la risa, «¡mira, por ahí viene la Felpudo!». Las chicas también se parten de risa. Durante años nunca veré a nadie defender la libertad sexual de las mujeres, y aún menos a las mujeres mismas. Marine, que se ha acostado al

menos con tres tíos, es una puta. Me preocupo, ¿no seré yo un poco puta, según ellos? Libertad, cosa de zorras. No me sentía con fuerzas de ser una zorra. Y luego está Ogino, bonito cálculo, impecable, todas lo tenemos, bien copiado en una libreta, pero no me lo creo, lo del calendario para acabar con esa cosa muda, invisible, por supuesto útero y ovarios como inexistentes, pero eso sí, siempre abiertos, como el pico de un polluelo. Imposible medir exactamente la fuerza de ese miedo. Todas las tragedias griegas y de Racine se hallan reunidas en mi vientre. El destino en su dimensión más absurda. Llega un día soleado, y de repente se acaba la vida, el velo de novia o la maletita y el recién nacido, a salir adelante como se pueda. En comparación con eso, la revuelta estilo Camus y las aspiraciones filosóficas de libertad no dan la talla. Compañero silencioso, le tengo cariño, a veces nos divertimos, y me muero por hacer el amor con él. No, ninguna gana de que mi futuro se detenga cada mes en el vigésimo octavo día. Nunca estaré tan cerca de la libertad sexual y de una sensualidad gloriosa como a los diecisiete años. Y descubro de repente que no son posibles. La primera diferencia que percibo con claridad, y que me desespera, porque no creo que llegue el día en que pueda acabarse con ella. Muchacho de deseo libre, pero tú, chica, tú no, resiste, el código es ese. Para resistir, el juego defensivo de costumbre, recortar mi cuerpo en territorios de la cabeza a los pies, lo permitido, el dudoso campo de maniobras en curso, lo prohibido. Retirarse pulgada a pulgada. Cada placer lleva nombre de derrota para mí, de victoria para él. Vivir el descubrimiento del otro en términos de perdición, no lo tenía previsto, y no me resultaba gozoso. Entre chicas, nos revelábamos nuestras «cobardías» con vergüenza, nunca con placer ni orgullo. Así que acabé por preferir quedarme sola.

Salvada. Mi historia de chica está jalonada por palabras mágicas que me ayudaban a vivir, resumían todo, una especie de moral práctica. Salvada. No tanto la virginidad, ese pellejo mudo, desafortunado, nunca conseguí convencerme de su valor, como mucho una utilidad, una última ostentación, un argumento de mala fe para rehusar, no gracias soy virgen. Pero la dicha de caminar sola de verdad, sola por la calle, mirar a otros hombres sin sentirse culpable, reír en clase, reírse de verdad, nada de confidencias acalladas, notitas bajo los pupitres, toda esa maceración sentimental entre chicas a propósito de los chicos. La visión de semanas abiertas sin la perspectiva de citas rutinarias. Salvada de una dependencia que se me imponía sin que yo fuera consciente. Tengo ganas renovadas, sacar la reválida y largarme de las monjas para estudiar filosofía en el instituto, ese año, considero esa asignatura

como una revelación, y no me la va a fastidiar la religión. Y también estoy sedienta de gran ciudad, de pavimento anónimo entre elevados edificios antiguos, Rouen, la ciudad-recompensa de mi infancia, la ciudad-fiesta, se acabará convirtiendo, por fin, en la ciudad de todos los días. Voy a dejar el pequeño comercio, el olor a café pegado a las paredes, el canto de las voces que embrujan el tiempo, la vida tan querida y la muerte. ¿Soy lo bastante fuerte? Mi padre se calla, mi madre reflexiona, y exclama: «Vete si quieres. ¡Una hija no ha nacido para quedarse siempre agarrada a las faldas de su madre!».

Aprobé la reválida, empecé a preparar mis cosas para instalarme en una habitación de la residencia para señoritas de Rouen. Brigitte se casó. Ahí están los dos, sentados a la mesa del bar, uno junto a otro, me vienen a ver después del viaje de novios. No sé qué decirles, como si no hubiera ya nada que compartir entre una chica sola y una pareja. Qué podríamos decirnos de hecho, antes hablábamos del amor y los chicos, ahora que ya eso se le ha acabado, lo único que puede hacer es sonreír de satisfacción. La veo bullir, hemos encontrado piso, al principio seguiré trabajando, para pagar los muebles. Tantas recetas marinadas al limón y aceite de ballena, tantas canciones de Luis Mariano, para llegar a eso, a ese tío, tan pesado, a su lado y que a mi «¿qué quieres tomar?» contesta «un zumito con sombrilla». Qué injusticia. La primera de las traidoras, no sé a qué exactamente, a las aspiraciones de la infancia, al gusto por la aventura. Esa cosa apagada en ella, esa precaución, la señora que se controla, cuidado, nada de tonterías no autorizadas, él te está escuchando, ese aire constreñido de los recién casados. Cada vez será para mí como si estuvieran muertas y yo siguiera viva.

Pero no me veo salvada definitivamente. Para estarlo tendría que mirar a todos los chicos con ojos vacíos, olvidar el calor y la aproximación de un cuerpo, gracias Rémi por esos regalos. Tres meses después de él, ya otro, y la misma sensación de dependencia. La línea recta de la libertad, toda mi admiración, yo nunca he sido capaz. Años de danza y compromiso se presentan ante mí. Hay un montón de chicas de esas a las que se ve meses solas, tan serias, casi desdeñosas, y un buen día recostadas con un tipo en un rincón oscuro, gritos de sorpresa y reprobación, nunca lo habríamos creído, y luego solas otra vez. Unas atolondradas. He sido una atolondrada.

El instituto, tierra de igualdad, fraternidad y libertad, eso es lo que creía antes de entrar. Y no. Las veintiséis chicas en bata rosa me resultan absolutamente extrañas, más extrañas que todos los chicos con los que me había tropezado hasta entonces en mi pequeña ciudad. Algunas parecen niñas

algo retrasadas, sin coquetería ninguna, pero después de quitarse la bata, se ponen chaquetas de ante, suaves y bien cortadas. Otras se maquillan, llevan faldas cortas, hinchadas como manda la moda, pero siempre discretas. Cabezas huecas, locuelas como en el colegio de monjas, de esas, pocas. En la clase de filosofía, se da el tipo de chica sana, mirada al frente, chaqueta azul marino, que triunfa. Veintiséis «Brigitte de joven» de los barrios elegantes de Rouen, Bihorel, Mont-Saint-Aignan, pero no las reconozco enseguida. Su soltura a propósito de todo me hiela la sangre, gritan a la profe, y ridiculizan a la becaria pueblerina de Dieppe que ha conservado el vocabulario normando. Discuten de sexualidad, de Freud, todas serias, nada de risas ni de obscenidad, los chicos y las ganas de acostarse, eso no va con ellas. Me siento sucia y golfa a su lado. Superada además por sus faroles, no parecen trabajar nunca, te das cuenta, he sacado un notable y me he limitado a abrir el libro a las diez de la noche, cuánto chic, ser genial sin esfuerzo, en mi entorno y mi familia, la pereza está mal vista. Y todas esas ambiciones insólitas, psiquiatra, ciencias políticas, empresariales. Frente a tanta seguridad, a esa certeza de un porvenir exitoso, mis dudas crecen, como mi esfuerzo por marcar las distancias. Somos todas del mismo sexo en el preu del instituto Jeanne-d'Arc, pero no de la misma clase social, hermanas mías esas chicas, ni se me pasaba por la cabeza. Me confunden aún más que los chicos con respecto a mi futuro. Todo lo que mi madre me ha inculcado, haz el oficio que más te guste, se diluye, las señoritas de Bihorel me cortan la ambición. Cuando vuelvo a mi casa, los sábados, las siluetas en la tienda se hacen cada vez más escasas, el supermercado nos roba la clientela, no sé si debo envidiarles, pero me siento responsable de que las latas de conserva almacenen polvo en las estanterías. Profesora, bibliotecaria, son estudios largos y sin una seguridad laboral después. Maestra me permitiría ganar dinero enseguida. La uni, las chicas sueltan la palabra como si ya tuvieran la plaza asegurada, y yo no. Empresariales, de qué va exactamente, Annick me mira compasiva, si ni siquiera sé eso… Me daba cuenta de que había chicas más libres que otras. No tenía amigas.

Subo por el Boulevard de l'Yser hacia la residencia para señoritas a ciento trece francos al mes pensión completa incluida, tres veces más barata que una chaqueta de ante. Grupito de chicas del insti, grupito del colegio técnico, grupito de las aprendizas de peluquería, ni desprecio ni animosidad, indiferencia absoluta. Pero de colegas nada, la diferencia social es lo primero. En mi minúsculo habitáculo, oigo a la chica de la derecha comer galletas, cómo abre y cierra cajones la de la izquierda mientras silba *El puente sobre el*

río Kwai una y otra vez. A menudo por la noche voy al váter, me subo a la taza y alcanzo el tragaluz. Rumor de Rouen, enorme, a veces las sirenas del puerto, luces, miles de luces. Angustia de la soledad, la que un día podrá conmigo. En la calle, justo debajo, cenan las familias, parecen cuadros. Una mujer cierra las persianas, a través de las que adivino plantas, sillones, calor de hogar. Y yo a leer *La crítica de la razón pura*. El desasosiego de las diez de la noche, qué inspira a un muchacho de dieciocho años, a mí me susurra al oído entre frase y frase de Kant la vieja cantinela, y si diera por terminados los estudios, con lo que tengo podría encontrar un puesto de maestra, sin complicaciones, y un día, a la fuerza, por fin un hogar, uno de verdad. En esos momentos el imperativo categórico, el existencialismo y todos los libros de Simone de Beauvoir me resbalan por completo. Después de todo la profe de filosofía también está casada, así que un buen día debió de parecerle «razonable». Al día siguiente me siento culpable, mucho planear por los espacios sublimes de la filosofía, mucho disertar sobre la inmortalidad del alma para acabar refugiándome en el ideal de revista femenina, estilo *Écho de la mode*, soñando en el fondo con ser una mujercita de mi casa, no valgo más que Brigitte. A pleno día, en el Boulevard de l'Yser, lúcidamente, me niego a aceptar un destino como los que percibo desde el tragaluz del váter. Miro con estupor a las chicas apenas mayores que yo agarradas a los cochecitos de bebé, asco absoluto por los críos, los mocosos, los cagones. Una tarde de mayo, paseo con mi madre de caseta en caseta por la carpa de la feria comercial. Ella no compra nada y yo me aburro. Hace un buen rato que caminamos sin decirnos nada. Qué coño hago aquí, delante de kilómetros de comedores, dormitorios, aspiradores, batidoras, charlatanes que pican zanahorias en todas las esquinas o fríen huevos en sartenes milagrosas. Nada me concierne. De repente mi madre se vuelve hacia mí, maquillaje cuarteado, blanca de cansancio, pero con los ojos brillantes, y sonriente: «¡No te preocupes, hija, un día todo esto será tuyo!». Al principio no entendí. Sí, todo esto, el cuarto de baño rosa, la tele, la batidora. Todo esto nunca viene solo, hace falta un marido, unos niños. Así que también ella pensaba que acabaría así, que simplemente todo llegaría después de buscarme un oficio. Qué tristeza. Seguimos paseándonos entre polvo y prospectos, en esa especie de corredores llenos de accesorios, dentro de una inmensa habitación que me espantaba, aunque de momento solo fuera una perspectiva. Yo y mis contradicciones.

Entre las chicas del instituto que vivimos en la residencia, a veces nos juntamos por la noche en uno de los habitáculos a comer chuches, charlar, que

si los profes, que si la ropa que nos vamos a poner, que si las vacaciones, que si los ligues. Excitación loca de vez en cuando, con acrobacias por encima de los tabiques que nos separan, con peleas monumentales por una onza de chocolate. Cuerpo a cuerpo para acabar muertas de risa. Viviane se cae en su cama conmigo, riéndose sin parar, con los ojos casi cerrados y los mofletes todos rojos. La misma cara que Brigitte en los váteres, pero entonces no me molestaba, al contrario, y me apetecían los tocamientos. Aquí me levanto de la manera más natural que puedo, no habrá más intentos. Ya no siento ninguna curiosidad por un cuerpo semejante al mío, las compresas en las basuras me producen náuseas. No sé cuándo ni por qué la perdí. Quizá simplemente por miedo a caer en la anormalidad. Baudelaire, sus mujeres condenadas, ese era mi pánico a los quince años.

Así que sigo con los chicos. *El segundo sexo* me marca. Decisiones inmediatas, nada de matrimonio pero tampoco nada de amoríos con uno que te toma por un objeto. Programa luminoso, de camino al instituto. Pero dónde encontrar al hermano, como yo le llamo, con quien me gustaría hacer el amor sin impresión de compraventa, sin «qué bonitos ojos tienes» y «las tetas así o asá», simplemente risas cómplices, comunicación. Sin el temor al desprecio, «a esa me la tiré», confianza, igualdad. *Rara avis*, seguramente, extinguida. Aguanté, esperé y luego la confusión, todo ese año, sin entrar en detalles, pero siempre la misma historia. Creía haber dado con él, el hermano, durante una noche, ocho días, un mes. En realidad caía en las trampas más burdas, apenas hilvanadas, como la del parecido, te das un aire a Annette Stroyberg, a Mylène Demongeot, lista no limitativa, o la del nombre, tienes cara de llamarte Mónika, con k, o la de la poesía, «cuando el cielo bajo y pesado…», Baudelaire, Verlaine, Prévert, me sé de memoria al trío así-ligas-fijo. Y mis esfuerzos por resultar simpática, por comprenderle, por compartir sus gustos, titánicos. Todo lo que me tuve que tragar con tal de comunicar, con él, con ellos, que si *jazz*, que si pintura moderna, hasta los trinos de los pájaros de un ornitólogo, hasta la peregrinación a Chartres, rezos y pies ensangrentados incluidos, de un católico. Dar gusto al fin y al cabo. Después de todo, qué más da ir a ver *El Perdido* en vez de *El año pasado en Marienbad*, si le gustan las del oeste, está en su derecho, yo iré a ver Resnais sin él. Porque de reciprocidad, nada. Y me modelaba el cuerpo según sus preferencias, te va bien el negro, con el pelo recogido estás más guapa, te sentaría fenomenal un vestido violeta. Dócil, pobrecilla, pero aún demasiado discutidora, agresiva, quiero que se enteren de que no me engañan, seré como tú quieras, pero que sepas que tus moños y compañía me tocan las narices y que tus pelis del oeste

son un coñazo. Una pirada, lo sé. Así que siempre acabábamos mal, el falso hermano y yo.

El último año del instituto no me ocupé mucho de los chicos. Vivía angustiada por algo mucho más importante que gustar a los tíos o buscarme un ligue, como decían las chicas de chaqueta azul marino de Mont-Saint-Aignan. A punto de acabar, ese mundo de la escuela, el timbre y los profes estirados o los demasiado familiares, la tutela pesada pero tranquilizadora, y todavía no sé lo que quiero hacer. A mi alrededor, la despreocupación, ya veré después del preu, derecho seguramente, con tener buena memoria, vale, filología, de todas maneras, la uni, eso seguro. O la seguridad, yo escuelas especializadas, Business School, esas siglas y nombres que me aterran, medicina, claro, el padre de la que lo dice es cirujano. Ciencias políticas, ¿y con eso a qué llegas luego? ¡A todo! ¿No lo sabías? El trabajo después les da igual, lo que les interesa son los estudios. Yo me recorro todos los centros de orientación, qué hacer para ser profe, maestra, asistenta social, cuántos años de estudios, qué salidas hay luego. Y hecha un mar de dudas ante tantas vías posibles. Ninguna inquietud, Hilda, en la terraza del Métropole, a finales de junio. Una muñeca gordita de mirada cándida, una de esas chicas falsamente entrañables, que se pegan a las demás, y las acompañan a comprarse un disco o un pañuelo. Una confusa amistad nos une desde hace unas semanas. Pasea su sonrisa traviesa y sus ojos de porcelana por la gente, encantada de la nota media que ha sacado, de las vacaciones que va a pasar en la Costa Azul, con más aire de cría que nunca desde que se ha cortado el pelo a lo Jean Seberg. «¡Te das cuenta —dice rechiflada—, no me creían capaz ni de sacar la reválida!». Admite conmigo que es importante la elección de una carrera pero la verdad es que no le pega nada, con esa manera que tiene de estirar el cuello y el pecho, de buscar las miradas ajenas. Descubrí entonces que para ella el éxito en los estudios o en una profesión era secundario con respecto a la dicha de ser Hilda, una niña malcriada, mimada y mona. Y que desde luego habría estado encantada de sacrificar ese éxito por un matrimonio por amor, por ejemplo. La facultad, tal como ella la veía, consistía en ganar tiempo. Qué me separaba más de Hilda y de su alegre indolencia en ese momento, las madres diferentes o la condición social. Ambas cosas. Mi madre, decía Hilda, plancha que es una maravilla. Un ama de casa en éxtasis ante su hija, su muñequita. Un chalet a las afueras de Rouen, una vida muelle. Mi madre, una mujer echada para adelante, arreando que es gerundio, y la tienda que me había acostumbrado a los fines de mes complicados, sin hablar de las tías con gafas

color verdín, uno de los encantos sibilinos de las fábricas de vinagre. Todo nos oponía.

Un verano horroroso devorada por las dudas. Medicina, no, esa tentación, demasiado largo, demasiado caro y además luego pagarse la consulta. Derecho, sin contactos, no vale para nada. A mediados de julio me da por las carreras de asistenta social, de educadora de niños inadaptados. Tengo que dedicarme a los demás, el individualismo es una mierda, me digo sumida en los vapores del año de filosofía. Me veo corriendo de chabola en chabola, saltando por encima de decenas de niños, *Al corro de la patata, comeremos ensalada*. En el habitáculo de la residencia, en medio de los ruidos de maletas que se cierran, alcanzo el nivel máximo de abnegación. Poco a poco voy perdiendo entusiasmo, no tengo vocación, descubrimiento que me apesadumbra. En los grandes almacenes, mientras me compro una falda en tela de vichy como Brigitte Bardot, miro a las vendedoras de uniforme rosa, se ríen, me pasan faldas, sin prestarme atención, despreocupadas. Seguramente no han tenido elección, ellas. Como Hilda, pero en la parte baja de la escala social. Tener un destino claro, cualquiera que sea, me decía subiendo por la Rue Jeanne-d’Arc, abrumada por el cansancio, por la depresión si hubiera sabido reconocerla.

En octubre, Hilda se matricula en la facultad de Filosofía y Letras. Yo también. Estadísticamente una elección típicamente femenina y, lo que es peor, de pequeño-burguesa. Y claro que me las encuentro a las niñitas bien educadas de la chaqueta azul, cotorreando excitadas delante de las aulas, igual de seguras de sí mismas, todas esas a las que escandalizará el tono picante de las conversaciones de sus compañeros hombres, mis aliados circunstanciales contra ellas. Pero yo no me he matriculado en letras a lo loco, para pasar el rato cultivándome un poco y sin matarme. La uni, para Hilda, entra dentro de lo natural, del curso lógico de las cosas, para mí es un acto arriesgado. Frente al gran anfiteatro aún cerrado, un tembleque proletario disimulado por el balanceo del bolso del que asoma un clasificador, el miedo de haber apuntado demasiado alto. Pero bueno, al fin y al cabo, como había apostado por la única profesión que me sabía de memoria, la de profesora, tenía que llegar hasta el final. Profe, esa palabra que suena como una piedra en un charco, mujeres victoriosas, reinas de las clases, adoradas u odiadas, nunca insignificantes, no me planteo aún la cuestión de a cuál de ellas me pareceré. En las gradas, sentada en un banco a media altura, palpito ante mi nueva vida. La aventura, mi suerte, mi libertad. No desmerecer.

Por fin se sientan a nuestro lado. Los chicos, cogiendo notas del mismo comentario sobre la *Fedra* de Racine. Ni más brillantes ni superiores a nosotras. Más rebeldes, algunos, pero antes de que empiece la clase, de cara a la galería, no en las narices del adjunto de turno, al que ni por asomo le espetarían que es un gilipollas redomado. Siempre listos a liarla parda, como dicen ellos, en la cafetería, en el comedor universitario, delante de las aulas, pero de lo más comedidos dentro, y eso me deja atónita. El caso es que ya había conocido fanfarrones en el bar de mis padres, voceras en vespa, chulitos vaya, pero no pensaba encontrármelos en la fácul, qué infeliz. En clase de filosofía donde oficia un PNN rubito que lanza una mirada dominadora a la asistencia antes de ponerse a hablar de la Persona y el Tiempo, mis vecinos, quietos, con el boli dispuesto, más serios que un plato de habas, y nada de preguntas. Lo mismo en clase de historia, ni media voz viril, de esas que atruenan los pasillos, viene a interrumpir el soliloquio triunfalista de Froinu, y les trae tan sin cuidado como a las chicas que les trate de retrasados mentales. A menos que intenten pasar desapercibidos, no vaya ser que les caiga un examen sin comerlo ni beberlo. En cuestión de conformismo y pasividad, la igualdad genérica estaba a la orden del día en la uni. Pero descubro que hay carreras de chicas y carreras de chicos, «la literatura, las lenguas, eso son cosas de tías». Primera vez también que me tratan de tía. «Un hombre lo que tiene que estudiar es ciencias», por lo menos eso es lo que me asegura una chica. Yo no veía por qué, siempre arrastrando esa dificultad para entender unas diferencias inexistentes para mí. Oía frases sorprendentes, «la creación literaria se asemeja a una eyaculación», profe de lite, clase sobre Péguy, «todos los críticos son unos impotentes», PNN de filosofía, la escritura siempre acababa asociada a la actividad del pene, pero yo no le daba importancia, y lo traducía, me llegaba ya traducido en realidad, la creación literaria era orgasmo, sí, pero sin distinción de femenino o masculino, y cuando leía a Éluard, «yo voy hacia la vida, tengo apariencia de hombre», era en mí en quien pensaba. Que los hombres nos llamen tías o callos malayos, humillante, pero yo tampoco era muy fina de vocabulario que digamos, los chicos, los dividía en pringados, tontos del haba y chorras, expresión cuyo origen obsceno ignoraba Hilda. Explicación, el equivalente a callo malayo en chico, imposible ligar con eso. Compañeros de pupitre, colegas en la cafetería, viajeros de mirada fija en los trenes, no dependía de ninguno de ellos más de tres semanas. Se hallaban enmarcados en el paisaje de mi libertad.

Cuatro años. Época inmediatamente anterior.

Antes del carrito del súper, el qué hay de cena hoy, el ahorro para comprarse un sofá, una cadena hi-fi, un piso. Antes de los pañales, del cubo y la pala de la playa, a los hombres ni los veo, revistas de consumidores para que no te enculen, el asado que es lo que más le gusta del mundo y el cálculo recíproco de las libertades perdidas. Una época en la que podemos cenar un yogur, hacer la maleta del finde con plan improvisado en media hora y hablar toda la noche. Leer un domingo entero bajo las sábanas. Relajarse ante un café con leche, observar a la gente entrando y saliendo, sentirse flotar entre esas existencias anónimas. Poner mala cara sin escrúpulo ninguno cuando te invade la angustia. Una época en la que las conversaciones de los adultos bien instalados parecen provenir de un mundo fútil, casi ridículo, pasando de embotellamientos, de los muertos en la operación retorno, del precio del filete y del tiempo que hará mañana. Nadie va pisándonos los talones. Aún. Todas las chicas han conocido esa época, más o menos larga, más o menos intensa, pero prohibido recordarla con nostalgia. ¡Qué vergüenza! Atreverse a echar de menos ese periodo de egoísmo, donde solo éramos responsables de nosotras mismas, sospechoso, infantil. La vida de jovencita no se entierra, no hay canción ni folclore al respecto, no existe. Una época inútil.

Para mí cuatro años durante los que tuve hambre de todo, de encuentros, de palabras, de libros y de conocimientos. La época de estudiante, incluso becaria, para la libertad y el egoísmo, era un sueño. Una habitación lejos de la familia, horarios de clase flexibles, comer, o no, regularmente, ir al comedor universitario a engullir lo que hubiera o preferir un simple té en la cama leyendo a Kafka. Lujo de tener que vérmelas con una madre que da voces o que es poco femenina, abrí los ojos, las madres dulces, como las de Hilda que llora por nada, qué carga, todo el tiempo con pies de plomo para que no se preocupen, que no sufran. La mía me hace preguntas ávidas e ingenuas sobre mi nueva vida y, cómplice, me pasa veinte francos, por si necesitas algo, para tomarte un café, para libros… no existen otras necesidades. Comprar, poseer, palabras que no figuran en mi léxico de entonces. Rue Bouquet, miro hacia lo alto, las elevadas casas burguesas con sus cortinas antiguas. Orden e inmovilidad, pero es puro decorado, no me atañe ni me atañerá nunca. Y desciendo hasta los espacios movedizos, vivos, lugares de encuentro, aulas, bares de la estación, biblioteca, cines y vuelta al silencio absoluto de mi cuarto. Maravillosa alternancia. Por la mañana, veo a las mujeres sacudir trapos, hacer signos interminables en los cristales de las ventanas, recoger los cubos de basura. No me planteo nada, sencillamente son componentes de un ritual que me es completamente ajeno. Qué puede importarme esa mujer

detrás del cochecito mientras que yo voy a clase sin prisas entre risas y charlando con los compañeros. Indiferencia, dejarle paso en la acera, compasión. Ellas, todas las mujeres de marido y niños, forman parte de un universo muerto. Ciertos mediodías, compro en el ultramarinos de detrás de la estación medio litro de leche, dos yogures y una barra de pan. Violenta y tímida: por experiencia directa de la tienda materna, sé que clientas como yo sobran, para lo que se gana con ellas. Con la compra hecha, comprimida entre el abrigo y el clasificador, me apresuro a dejar el sitio a las madres de familia y sus compras serias, ya fuera respiro el aire de la calle con placer. Decidida a jurar que la condición femenina más extendida nunca será la mía.

Imágenes de descubrimiento y libertad del tiempo de antes, la recupero como quiero, se parece a una película rodada en exteriores, calles, jardines y paisajes marítimos, o en habitaciones. Ni cocinas ni comedores. Estoy tumbada en una cama. Libro, *Las olas*. Mismo escenario, el libro ha cambiado, *Crimen y castigo*. Junio, exámenes terminados, recorro la Rue Jeanne d'Arc, fragancia conmovedora la de las cafeterías en verano, en el Square Verdrel, charlo con Hilda, los ligones febriles forman parte de la primavera y de la dicha de haber acabado de estudiar. O bien bajo de un autobús que me ha conducido a las afueras residenciales de Rouen, llamo a las puertas, encuesta sobre el hábitat, las señoras se quitan el delantal, me introducen en un salón bien ordenado mientras apartan a los niños. ¿Es suficiente el número de habitaciones? ¿Utiliza la galería? Anoto atentamente todas las contestaciones cuya importancia se me escapa, práctico, no práctico, dudan, calculan al tiempo que pasan la mano una y otra vez por la mesa barnizada. Siento un escalofrío de desamparo, cómo pueden vivir así. Y luego, uf, cincuenta francos para el bolsillo. Sin remordimientos. Con el dinero de las respuestas sobre las galerías y las facilidades de su cocina, señora, yo me recorro España con una amiga, Roma sola. En El Escorial, unas alemanas besan la tumba de Don Juan. En las callejuelas adyacentes, me encuentro con él, tiene los ojos azules. En Madrid, la noche siguiente, en el barrio del Retiro, al final de un pasillo en un hotel sin estrellas, me subo a la taza del váter, como en la residencia para señoritas. Un cuadradito de cielo entre los muros negros de un patio interior y el rumor de la ciudad, pero ya no me agobia, adiós Juan, quién sabe si hasta el año que viene en El Escorial. En Roma, cada mañana de un salto desciendo los tres últimos peldaños de la escalera, la portera está sentada tomando la fresca bajo la bóveda, cerca de la puerta con su hija, buon giorno, y me voy volando a la Fontana di Trevi, a la Piazza Navona. Ella está exactamente del otro lado, no sé muy bien de qué,

condenada a contestar buon giorno a jovencitas que bajan las escaleras de tres en tres y se lanzan a la calle.

Poetisa, poetisa, móntate la película de la libertad pasada. Es cierto que me gustaba mi vida, que veía el porvenir sin desesperación. Y no me aburría. Pronuncié de verdad aserciones desengañadas sobre el matrimonio, por la noche en mi cuarto, con estudiantes amigas mías, vaya mierda, te mueres, no hay más que ver a todas esas parejas casadas en el restaurante, sin dirigirse la palabra, momificadas. Cuando Hélène, en último año de licenciatura de filosofía, concluía que a pesar de todo era un mal necesario, si se quería tener niños, pensaba qué ideas más raras, qué argumentos más absurdos. Yo era incapaz de imaginarme la maternidad, con o sin boda de por medio. También me sacaban de quicio cuando se ponían todas a presumir de saber coser, planchar, dichosas de no ser solo intelectuales, mi orgullo ante la *mousse* de chocolate bien hecha había desaparecido a la par que Brigitte, y las suyas me horripilaban. Sí, vivía exactamente igual que un chico de mi edad, estudiante que se las arregla con el dinero del Estado, la modesta ayuda de los padres, el que se saca de canguro y con las encuestas, que va al cine, lee, baila, curra para aprobar y juzga el matrimonio como una idea extravagante. Igual, no del todo. Sé que no soy el tipo de chica fuerte que negocia con destreza su propio destino. Sigo siendo una atolondrada con los hombres. El colegueo tipo *boy scout*, la amistad franca camaradería y mirada clara, incapaz, a veces me basta con nada, unas pocas charlas, el destello de una mirada bajo la lámpara de una biblioteca para que el hombrepaisaje se convirtiera en un ser deseable y maravilloso. Me como la cabeza, necesidad de gustar, el exceso una constante, tendría que «quedarme» con los tíos, como Hilda, incitadora e imperturbable, pero qué dosis de maquiavelismo se necesita, y una perseverancia a prueba de bombas, cultivar el misterio femenino me parece agotador, no debe de quedar mucho tiempo para pensar en otra cosa. Seguramente soy demasiado «fácil», pero encima me planto a mitad de camino. Me explica con calma y naturalidad, Guillaume el de medicina, en su cuarto con las paredes llenas de mujeres de Modigliani, que hay dos suertes de mujeres, las del buen rollete y las estrechas, las primeras follan, las otras no. Depende de mí, si quiero pasar de estrecha a buen rollete, dejar de ser una «inhibida», la virginidad ya se sabe es malsana, date el gusto de un orgasmo de una vez joder. Guardar o no esa membrana que me impide usar tampax, me da exactamente igual, pero esa manera de hablar… de boca en boca circula el secreto de un objeto más seguro que el calendario japonés, el diafragma. Bien, pero hay que ver cómo se ríe el chico ese de derecho en la

cafetería, mi novia se planta la ruedilla esa de caucho por la noche y por la mañana la lava en el grifo. Estimulante, desde luego, la libertad sexual. Entre los chicos en vespa de la rotonda y los estudiantes de la uni, la verdad es que no hay mucha diferencia. Me veo entonces abocada a cambiar a menudo, con remordimientos, no está «bien», más valdría encontrar al «bueno», pero cómo, dónde, etc. De ahí no salíamos, ni yo, ni otras muchas. La ciudad universitaria de las chicas era peor que el correo del corazón de la revista *Nous Deux*. Hélène, la manipuladora de conceptos filosóficos navega de pena de amor en cita fallida. Isabelle, loca por un tío que ni la mira, llora por las esquinas y ni siquiera se presentará a los exámenes. Todas enredadas en los folletines inconsistentes que mecen las canciones de Brel, Ferré, pero también Aznavour y hasta Jean-Claude Pascal, todo habla al corazón necesitado de sentimientos. Romanticonas y crédulas a más no poder. Me ha dicho que soy «auténtica». Orgullosa. Y encima celosas las unas de las otras, con desconfianza, a esta no la invitamos, está demasiado buena. El físico, claro, qué otra cosa podría contar. Empollonas, intelectuales, eso sí que no, porque ahuyenta, tener conversación, igual da en la uni que en cualquier otro sitio, quiere decir que no estás buena. A la ingenua tampoco le va mal, mira el cacharro que me he comprado para rizarme las pestañas, la niñita incluso, masticando chicle en clase, balanceando el bolso con soltura, enciende a los tíos que es un gusto y colecciona las figuritas del marsupilami y las muñecas de Peynet. El estudio de las causas de la Revolución, la persona y el tiempo, muy bien, ser profe, de acuerdo, pero conservar la feminidad, entonces dime si voy bien peinada, sin laca estoy de pena, préstame esa camiseta tuya para la fiesta de esta noche. Teníamos la impresión de dejarnos llevar, de interpretar un papel que intelectualmente nos hacía sentirnos incómodas. Eso o la soledad, el problema era el de siempre. La fealdad de la realidad, la callábamos, las humillaciones a las chicas, las guardábamos para nosotras como si la culpa fuera nuestra, como si hubiéramos merecido la vejación, como si fuéramos las responsables de todo, de los desvirgadores frustrados, de las noches aciagas, «y a eso le llamas tú echar un polvo», de la grosería de los tíos. Como mucho lítotes avergonzadas: «Si supieras lo que me ha propuesto». A veces el soplo de historias espantosas nos pasa por encima, Michelle la pelirroja, la que salía con Menganito, suicidio con barbitúricos, y Jeannette, un charco de sangre, traía gemelos, no nos cansamos de los detalles susurrados, con el agua jabonosa. La fatalidad. El hombre, libre, un cerdo, indiferente, lo que le da la gana, en eso estábamos todas de acuerdo.

Y al mismo tiempo, absurdamente, esperar a que en algún lugar del mundo exista un hombre que no será más de lo mismo, la trampa de costumbre, oh el amor loco, la predestinación surrealista, me lo creo a tope, seguro que hay un hombre en algún lado que, además, me impedirá caer en todas las trampas y todas las humillaciones. Villa Borghese, unos pirados me hacían gestos ridículos detrás de las estatuas, Piazza Venezia, el insulto de ese ligón de turistas, por qué no quieres, tienes la regla, y todos esos hombres-sabueso que se empecinan en seguirnos, a mi amiga y a mí, por los jardines de El Prado. El hombre que me defendería de los demás, eso sería definitivo. El tiempo se escurre, primero, segundo de carrera, la profe se va perfilando. Chicas que se pasean abiertamente cogidas de la mano con un chico, desaparecen de las clases, a veces vuelven con ese conocido aire distante y de vuelta de todo, se han casado. Las desprecio menos. En mi familia, empiezan las preguntas, ¿cómo vas de novios? Mis padres protestan, tengo que terminar los estudios, y luego, de vez en cuando, añaden que estoy mejor así. Pero es una fórmula que nunca acaba de quedar clara, suena a justificante de un comportamiento extraño. Siempre sale alguno que me suelta: «¡No querrás acabar solterona!». Presión insidiosa. No soy una joven sola, soy una joven que aún no se ha casado, existencia aún por determinar. Qué vida llevas, adónde te vas de vacaciones, qué mono ese vestido, no se sabe de qué hablar con una soltera, mientras que un marido, unos hijos, el piso, la lavadora, rellena la conversación que es un primor. Hasta qué punto pasaba yo de todo eso. Lo cierto es que, inexplicablemente, a mí también me parecía que mi vida carecía de envergadura. La angustia de las diez de la noche, el agujero negro del *parking* desde el último piso de la ciudad universitaria. O el Métropole una vez más, alrededor de una mesa con amigos mediocres, ya deslucidos a los veintidós años, a la luz del fluorescente. La soledad se presta a la complacencia en la propia miseria. Bonitas las noches blancas y la sopa de cebolla al alba en los muelles del Sena, hacer de canguro y albergues de juventud, vida lejos del orden. Pero también la impresión de que tanta disponibilidad se asemeja al vacío. A la salida del comedor universitario, reparto panfletos, voy a un mitin anti-OAS pero me veo como un extra de película. «Floto», una de nuestras expresiones más manidas entre chicas para designar esa especie de torpeza según qué días, la sensación de ser inconsistentes, irreales. Los coches desfilan a lo largo de la Rue Jeanne-D'Arc. Zigzagueo entre la gente por la acera, en medio de un rumor en el que no me inserto realmente. Dejar de vagabundear, implantarme en el mundo, a veces llegaba a pensar que con un hombre a mi lado hasta los actos

más insignificantes, darle cuerda al despertador, preparar el desayuno, adquirirían peso y sabor.

Le conocí la víspera. Unas chicas, y hasta un amigo mío me dirán que no era la táctica adecuada, habría tenido que dejarlo marinar un poco. Imposible. Amad lo que nunca veréis dos veces, frase de mujer o no, me persigue desde mi adolescencia, al día siguiente me iba a Italia, no tenía tiempo que escatimar. Hacer el amor me parecía la condición absoluta de una noche perfecta con él. De una relación auténtica. Un hermano incestuoso. Desflorar, desvirgar, palabras privativas, imposibles. Risa y complicidad, palabra libre, por fin. La lámpara de ese hotel en los Alpes ha ido quemando el techo durante toda la noche. Por la mañana llueve. Semanas de desesperación entre los monumentos italianos. Cuando el olor a sudor y tabaco desaparece del jersey que llevaba puesto esa noche, me pongo a llorar.

Más tarde, se detiene un tren en Bolonia a las cinco de la mañana, el alba es idéntica a la de mis doce años. Estoy bien en el mundo. Unas fábricas salen del azul, el rumor. Estoy sola, soy libre, voy a encontrarme con él, nada me parece contradictorio. Más tarde aún, nos hallamos en una habitación llena de espejos sospechosos en la Stazione Centrale. En la autostrada haciendo dedo.

Durante mucho tiempo, nunca nos encontramos dos veces en el mismo sitio. Nos dábamos cita en los bares de las estaciones, a la entrada de los parques. Habitaciones de hotel a veinte francos la noche, y se nos hacían caras. El amor presidiéndolo todo, nada me gustaba más, incluida la melancolía. Una habitación más que almacenar para el recuerdo en un futuro del que no estoy segura que forme parte. De un día a otro, me lo repito a mí misma, podemos decirnos chao, todas las apariencias de la libertad están a salvo. Preparo una tesina sobre surrealismo. El amor, la libertad. La impresión vibrante de mi vida también es surrealista. Acabamos los estudios en ciudades a seiscientos kilómetros de distancia. Nada ha cambiado en su existencia o en la mía, aparte de esos encuentros que se parecen a una aventura. El dolor de espalda en compartimento sin literas, en el tren de noche París-Burdeos, es para mí preludio de fiesta. Mañanas de octubre resacosas, el dueño del New York coloca las sillas de la terraza, olor a cafetera, acabamos de despertarnos delante de un café con leche y tostada con mantequilla. Paseos. Cine. La *Pasión según san Mateo*, ambos en la cama. La misma habitación ahora. La suya, no la nuestra, yo vengo de visita. Son vacaciones para los dos, nada de trabajar cuando estamos juntos, solo alguna que otra clase obligatoria para él en ciencias políticas. Durante ese tiempo, deambulo, no conozco a nadie. Es mi ciudad de placer, solo de placer, los exámenes los paso en Rouen.

Burdeos-amor, Burdeos-recompensa, me aireo en la Rue Fondaudège, en la Rue des Trois-Conils, en el tren de vuelta, tengo una geografía todo alrededor de su rostro. Los celos, los enfados, la maleta medio llena, frecuente todo, pero no estoy dispuesta a estropear una fiesta de varios días, quiero llevarme un buen recuerdo. A toda costa.

Luego así están las cosas, la perfección, qué bella es la imagen del pasado, estilo revista para mujeres liberadas, publicidad cómplice, a las chicas de hoy no les van los límites, viven con total plenitud gracias a la Coca-Cola o a los tampones X. No es justo. Aprovecharse de la debilidad y el miedo.

Me coge de la mano en una cafetería cerca de la estación Saint-Jean. *Set me free* gime Ray Charles. Evidentemente. La única regla moral. Miro a la gente en la calle, pasan unas chicas. No nos hemos prohibido nada, entre todas esas alguna habrá que pase de la libertad e intente cazarle. Las estaciones me dan pánico.

Mi reflejo en el espejo. Satisfactorio. Pero a los veintidós años, detrás del rostro real, ya la amenaza de otro, imaginario, terrible, piel ajada, rasgos endurecidos. Vieja igual a fea igual a soledad.

Y siempre las mismas preguntas tan naturales, anodinas en apariencia, ¿te va bien con él? ¿Vas a casarte? La desolación de mis padres frente a una situación incierta, «nos gustaría saber adónde te conduce todo esto». Forzosamente el amor tiene que llevar a alguna parte. Su pena sorda también. Sería tan agradable, tan sereno que las cosas transcurrieran como siempre, como en el anuncio de la revista, esas preguntas a las que se contesta con orgullo, un joven de Burdeos, pronto profesor, la iglesia, el juzgado, la pareja que se instala, los nietecitos. Les privo de las esperanzas tradicionales. La inquietud de mi madre cuando se entera, te acuestas con él, vas a acabar echando a perder tu vida. Para ella, me están engañando, salen a relucir toneladas de novelas, chicas seducidas con las que nadie se casa, madres solteras abandonadas. Una lucha agotadora cada semana entre las dos. No sé aún que en el mismo momento en que se me está forzando a liquidar mi libertad los padres de él están interpretando un guion igual de tradicional pero a la inversa, «ya tendrás tiempo de comprometerte, ¡no te dejes atar!», bien cuidada la libertad de los machitos.

El aire era suave y azulado en el Cours Victor Hugo, la convocatoria de exámenes de septiembre acababa de terminar, estábamos tomándonos un zumo como de costumbre, en el Montaigne. Él miraba los coches, estirando y alisándose la barba rubia. Bruscamente dijo: «Es de Camus eso de amar a un ser humano es aceptar envejecer con él. Una frase justa. ¿No te parece?».

Retengo la respiración. «Deberíamos casarnos, ¿qué opinas?». Esa lenidad que se apodera de mí súbitamente, en el sillón de mimbre, mi alegría inconfesable enmascarada en un «tenemos que pensárnoslo», las recuerdo perfectamente. El porvenir, hasta la vejez, se me aparecía ese día como días dorados. Resplandeciente, la poesía remota, delicada, la pequeña frase de Camus. Envejecer juntos, como una gracia que se fundía sobre mí de repente. Ni una onza de pensamiento claro.

Casarse, qué significaba. Por la noche dimos libre curso a nuestra imaginación. Acabaríamos los estudios, yo encontraría trabajo en un instituto, él en una empresa cualquiera, por un tiempo viviríamos en un piso de alquiler. Nos las arreglaríamos para ir ahorrando. No nos daba para imaginar más. Era un proyecto como cualquier otro, que no transformaba nuestras vidas, o muy poco, ambos seguiríamos haciendo lo que nos gustaba, él, la música, yo, la literatura. El único problema que veíamos, fidelidad o no, porque ya nos las habíamos tenido que ver con él. Y luego también, el de la duración, qué asco, siempre igual, los mismos lugares comunes que rodean al matrimonio. Para concluir, otro tópico, nos lanzábamos a una «aventura necesaria», que debíamos intentar, aunque no nos sintiéramos muy capaces.

Enseguida aparecieron las dudas, por ambas partes. Fugazmente, la impresión de que el proyecto de boda se bastaba a sí mismo, excitante en el momento, como lo de ir en auto-stop a Dinamarca, luego, realizarlo o no, en el fondo era lo de menos. Queríamos tener la seguridad de que estábamos hechos el uno para el otro, que no estábamos cometiendo un error. En otros momentos, creíamos que nuestro malestar provenía de la incertidumbre misma, para acabar con ella, la apuesta de Pascal, sumergirse en el matrimonio, ya veríamos después. Mi mayor cobardía, la inconfesable, en los últimos círculos del amor, deseo que mi vientre se convierta en trampa y elija por mí. Hacer el amor como se echan las cartas, para saber qué nos depara el futuro.

Pero pasé por alto todas las señales que de verdad me indicaban lo que me esperaba. Trabajo sobre mi tesina acerca del surrealismo en la biblioteca de Rouen, salgo, cruzo el Square Verdrel, hace bueno, los cisnes del estanque han reaparecido, y de repente me doy cuenta de que quizá esté viviendo mis últimas semanas de joven sola, libre de ir y venir, de no comer hoy a mediodía, de estudiar en mi habitación sin que nadie me moleste. Voy a perder definitivamente la soledad. ¿Puede uno aislarse en un piso de alquiler compartido? Y seguro que él quiere comer dos veces al día. Todas esas imágenes se me presentan, las de una vida nada atractiva, en el fondo. Pero

las rechazo, siento vergüenza, ideas de hija única, egocéntrica, preocupada exclusivamente de su personita, maleducada en el fondo. Un día, tiene trabajo, está cansado, si comiéramos en la habitación en lugar de ir al comedor universitario. Las seis de la tarde en el Cours Victor Hugo, las mujeres se precipitan a hacer compras, enfrente del Montaigne, cogen esto y lo otro sin dudarlo, como si estuviera ya toda la programación de la cena en sus cabezas, y también la de la comida de mañana, para cuatro personas o más con gustos diferentes. ¿Cómo lo consiguen? Quizá sea la multitud, el calor, sobre todo, ese ir de flor en flor de las señoras en su recorrido automático por las estanterías, mientras yo deambulo por los corredores sin saber qué coger. Aparte de los filetes, los huevos y la sopa de sobre, no sé hacer nada rápido. Para prepararle esa noche lo que le gusta a él, pepino, patatas fritas, una *mousse* de chocolate, necesitaría horas. Estoy a punto de echarme a llorar frente a toda esa comida que no me inspira nada. Nunca lo lograré. No quiero esa vida que transcurre al ritmo de la compra y las comidas. Por qué no ha venido conmigo al supermercado. Acabo por comprar unas quiches, un poco de queso y unas peras. Estaba escuchando música. Lo desenvolvió todo con un placer infantil. Las peras estaban pasadas por dentro, «te han engañado». Le odio. No pienso casarme. Al día siguiente volvemos al comedor universitario y me olvido. Todos los temores, los presentimientos, los ahogué. Sublimados. De acuerdo, viviremos juntos, no seré tan libre, ni tendré tanto tiempo para mí, habrá que hacer la compra, cocinar, y algo de limpieza. Y entonces los reproches, molinillo de poca agua qué poco valor, un montón de chicas pueden con todo, y me sonríe, no hacen un drama como tú. Al contrario, existen de verdad. Me convenzo de que al casarme acabaré por liberarme de ese yo que le da vueltas a todo, se cuestiona todo, de ese yo inútil. Acabaré por alcanzar el equilibrio. El hombre, ese hombro sólido, antimetafísico, disipador de ideas tormentosas, que se case de una vez a ver si se calma, ya verás hasta te desaparecerán los granos, me río, por obligación, quiero creérmelo. Casarse es realizarse, de acuerdo, allá voy. A veces pienso que es egoísta y que no se interesa por lo que hago, yo me leo sus libros de sociología, él nunca abre los míos, Breton o Aragon. Entonces la sabiduría femenina acude en mi ayuda: «Todos los hombres son unos egoístas». Pero también los principios morales: «Aceptar al otro en su alteridad», todos los lenguajes vienen a desembocar en lo mismo cuando uno se empeña.

Su forma de dudar, fruto de ese mal humor suyo repentino, de esas crisis de agresividad que nos llevaban hasta la ruptura. Una hora. Reconciliación.

Hacemos las paces en el Montaigne tomándonos un zumo. Me sonríe: «Lo conseguiremos, ya verás».

La trepidante futilidad de las últimas semanas se impone, barriendo todas las preguntas. Envío de invitaciones, alianzas, control médico, vestido, batería de cocina, molinillo de café. Divertido, pero no tendré tiempo de defender la tesina en la convocatoria de junio. Sin embargo un enlace es una formalidad, sin gastos, no hacemos celebración, nada más que los padres y los testigos, darse pisto, los perifollos, el *lunch*, el vestido de cola, estamos de acuerdo, se lo dejamos a los gilipollas y a los pretenciosos. Nosotros lo haremos en un pispás, como una concesión a la sociedad, a los padres, con cura por su culpa, «les dolería mucho», y un contrato ante notario. Pero ojo, a nosotros no nos engañan, nos lo vamos a tomar a cachondeo, para poder sobrellevarlo. Gracias a ese estado de ánimo, tuvimos la soberbia impresión de no hacer lo mismo que los demás, de casarnos de chirigota. Y es verdad que es un cachondeo ver a todas esas parejas casarse unas tras otras, en cadena, en los juzgados, un cuarto de hora y adelante, los siguientes, escuchar esas palabras tan previsibles, tan manidas, que suenan como en el teatro, quieres tomar por esposo, corriendo luego a la iglesia donde por culpa de otro embotellamiento nuestra boda se verá relegada a una capillita, solo diez personas, la verdad es que podrían habernos ubicado hasta en la sacristía. Demasiado estrecha, la alianza que me pone en el anular se me encasquilla a la mitad, el cura se pone nervioso, interrumpido en sus bendiciones. El juego de manos dura, imposible, qué se le va a hacer, en el meñique entonces. La comida en el restaurante es menos divertida, qué significa compartir un banquete entre personas que no se conocen. Tan diferentes. Mi padre sigue a lo suyo mientras se come la langosta, mi madre habla. Enfrente es todo lo contrario, un señor padre como dios manda, fuerte personalidad, autoridad natural, ejecutivo, se impone como guía de la conversación, pero la señora madre, deliciosa, enjoyada, no está distraída, escucha a su marido y le ríe todas las gracias. Me había prevenido, ya verás, mi madre es un encanto. Una frase que había oído a menudo a propósito de las madres, y aquí saltaba a la vista, una mujer seguramente incapaz de llevar la contraria a nadie, y un tacto extraordinario para decirle a su marido que quizá, Robert, estés exagerando. Frente a ella, me veo como una variante de mujer mal desbastada, casi como si no perteneciéramos al mismo sexo. Justo un pequeño malestar frente a esa pareja, no me imaginaba que su imagen pudiera corromper la nuestra.

Nos encontramos a orillas del Sena, las sombras se alargan alrededor de los macizos de flores, en la terraza del restaurante. Enfrente, el bosque de

Brotonne, negro. En otro tiempo nos paseábamos por él, mi madre y yo, en Caudebec. Por la noche, mientras esperábamos el autobús, veía el mismo bosque desde la otra orilla, los pontones del transbordador que cruza de un lado a otro, yo era una niña. Bueno, pues ya está, carcajadas, ya estoy casada. Está fumando a mi lado. A mí me da vueltas la cabeza. La regla, hacer el amor, de acuerdo, eso tenía que llegar tarde o temprano, pero ¿casarse? Todo lo que acabo de vivir se parece a un montón de cosas ni queridas ni tampoco rechazadas realmente que solo por eso tienen cierto regusto novelesco. Uno de esos días cuyo sentido, tal y como presentía, solo se revelaría más adelante.

Vamos a Burdeos en un coche viejo. La buena aventura arranca de nuevo. Por supuesto conduce él, un detalle, de verdad que quieres conducir, me cede el volante como si fuera un capricho de niña terca. Renuncio para parecer más inteligente. Al principio el matrimonio no me pesó, al contrario. Increíblemente ligero. Pronunciar mi marido, escuchar mi mujer, raro, incongruente, evito la palabra marido y le digo a menudo «mi mujercito», porque hay en esa expresión mucho de hermano, mejor, de compañero. Mi apellido, el que aprendí a escribir lentamente, quizá la primera palabra que mis padres me obligaron a escribir correctamente, el que hacía que yo fuera yo en todas partes, el que sufría cuando recibía un castigo, el que brillaba cuando me daban buenas notas, que aparecía escrito en las cartas de quienes amaba, se esfumó de golpe. Cuando oigo el otro, más sordo, más breve, dudo unos instantes antes de apropiármelo. Durante un mes floto ente ambos apellidos, el mío y el que debo adoptar, el de mi marido, pero no me duele, es justo la falta de costumbre. *Yo tengo un castillo, matarile, rile, rile*, la cuerda se me enganchaba en las piernas al saltar. Pero no sabíamos *dónde estaban las llaves*, o sea, no teníamos dinero para un castillo. Bueno, puedo tener *tres ovejas en una cabaña*, es decir, un piso de alquiler no demasiado caro. En el Burdeos aplanador del mes de julio, el coche da saltitos sobre el adoquinado, todas nuestras posesiones caben en el asiento de atrás, mantas, cazuelas, tocadiscos y máquina de escribir. Penetramos por calles lóbregas para reaparecer en explanadas blancas de sol, un terrible rodeo entre sombras y luces para encontrar un nidito para los dos. El juego del matrimonio se vuelve menos divertido. Alquileres desorbitados, espacios cutres. Cabrones. Pero tenemos poco más de veinte años, sudorosos, muertos de calor por las calles, nos sentimos vencedores y cómplices frente a esos propietarios lívidos de alojamientos de mierda en edificios negruzcos. La carrera concluye en un edificio florido de las afueras, estremecimiento de pena, habría preferido los

barrios céntricos, el universo de antes, la uni, la biblioteca, los bares, todo ese mundo se aleja demasiado, de golpe. En su lugar, silencio, flores. Y qué nervios, instalarse, aquí pondremos la tela de saco, ahí el tocadiscos, el primer disco, husmear la cocina, probar el gas. La casa de risa con sus muebles rococó disparatados, trastos sin estilo, que abandonaremos para siempre, después de los exámenes. Los primeros meses de casados era como si emergiera la infancia. Imitaba los gestos de las mujeres casadas. «Dos filetes», tiernos añado, porque me parece haberlo escuchado mucho antes, intento parecer segura, que no se note que no tengo ni idea de carne. Me esfuerzo por perder la inseguridad de los adolescentes en las tiendas. Y la cena llena de encanto. El brillo de los tomates bañados en aceite, el dulce olor a patatas panadera, alrededor de la mesa minúscula, el amor se transforma en ternura, la cocina del piso de alquiler, interior holandés lleno de paz y armonía. La escasa vajilla, dos platos, dos cubiertos, dos vasos y una sartén, menos que Blancanieves en la casa de los enanos, secará todo en un trapo hasta la siguiente comida. Que le den a la encimera que carameliza junto a los fuegos a fuerza de desbordamientos, al polvo de los muebles, a las camas sin hacer. De vez en cuando le pedimos prestado el aspirador al dueño y lo pasa él, sin protestar. Vamos juntos al supermercado, elegimos, no tenemos mucha pasta, una paletilla, qué locura, la falta de dinero nos une, complicidad del riesgo y de la risa que provoca en ambos el sentimiento de nuestra experiencia. Quién habla de esclavitud aquí, tenía la impresión de que la vida de antes proseguía, además juntitos los dos, uno contra otro. ¡Ni idea, la de *El segundo sexo*!

Un mes, tres meses, hace que nos hemos casado, volvemos a la uni, yo doy clases particulares de latín. La noche cae más temprano, trabajamos juntos en el salón. Como somos serios y frágiles, somos la viva y enternecedora imagen de la joven pareja moderno-intelectual. Que podría ablandarme hasta a mí si me dejara llevar, si no me hubiera ido hundiendo poco a poco, haciendo concesiones, como una cobarde. De acuerdo trabajo sobre La Bruyère o Verlaine en la misma habitación que él, a dos metros uno de otro. La olla exprés, regalo de boda útil donde los haya ya veréis, canturrea sobre el gas. Unidos, iguales. Timbre estridente del minutero, otro regalo. Se acabó la semejanza. Uno de los dos se levanta apaga la llama de la olla, espera a que el pitorro loco deje de dar vueltas, abre la exprés, pasa la batidora y vuelve a sus libros preguntándose por dónde iba. Yo. Ya había empezado, la diferencia.

Empezó por la cena. El comedor universitario cerraba en verano. A mediodía y por la noche, solo yo ante las cazuelas. No sabía más que él de cocina, me limitaba al filete ruso, la *mousse* de chocolate era el extra, lo nada corriente. Ningún pasado de pinche de cocina en las faldas de mamá, ni él ni yo. Por qué de los dos soy yo la única que experimenta, cuánto tiempo el pollo, se quitan o no las pepitas del pepino, la única que se lee los libros de cocina, que pela las zanahorias, que friega los platos como recompensa por haber hecho la cena, mientras que él se dedica a estudiar derecho constitucional. En nombre de qué superioridad. Me acordaba de mi padre en la cocina. A él le entra la risa, «¿me imaginas con un delantal? ¡Eso le pega a tu padre, no a mí!». Me siento humillada. Mis padres, la aberración, la pareja de bufones. No, no he visto a muchos hombres pelar patatas. Mi modelo no es el bueno, me lo deja claro. El suyo empieza a perfilarse en el horizonte, su señor padre deja que su esposa se ocupe de todo en la casa, él tan elocuente, cultivado, barriendo, tendría gracia, punto. Aprende tú guapita. Momentos de angustia y desaliento ante el aparador amarillo canario del piso amueblado, huevos, pasta, endibias, toda la comida está ahí dentro, que hay que manipular, guisar. Se acabaron los alimentos decorativos de mi infancia, las latas de conserva al tresbolillo, los frascos multicolores, los platos sorpresa de los restaurantes chinos baratos de tiempos pasados. Ahora me toca la comida-incordio.

No me negué, ni protesté ni anuncié fríamente ahora te toca a ti, yo tengo que trabajar sobre La Bruyère. Solo alusiones, comentarios ácidos, la espuma de un resentimiento mal aclarado. Y luego nada, no quiero ser una aguafiestas, al fin y al cabo tampoco es tan importante, no voy a estropearlo todo, las risas, la complicidad por simples historias de patatas que pelar, acaso esas minucias tienen algo que ver con la cuestión de la libertad, llegué a dudar de ello. Aún peor, creí que era yo la que no sabía arreglármelas como las demás, torpe y vaga, que echaba de menos los tiempos aquellos en los que me bastaba con sentarme a la mesa, una intelectual despistada que no sabe ni freír un huevo. Tenía que cambiar. En la facultad, en octubre, intento enterarme de cómo se las apañan las chicas casadas, las que hasta tienen hijos. Qué pudor, qué misterio, «nada fácil» dicen y se callan, pero orgullosas, como si fuera glorioso verse superada por un montón de obligaciones. La plenitud de la casada. Sin tiempo de plantearse nada ni de buscarle tres pies al gato, la realidad es eso, un hombre, que come, y no precisamente dos yogures y un té, así que nada de seguir siendo una atolondrada. De forma que, día tras día, de los guisantes socarrados a la quiche demasiado salada, sin ilusión, me esforcé

por ser la sustentadora, sin quejarme. «¡Sabes, prefiero comer en casa que en el comedor de la uni, es mucho mejor!». Sincero, y creía que con eso me dejaba encantada. Yo me hundía.

Traducción francés-inglés, puré, filosofía de la historia, rápido que cierra el súper, los estudios en pequeñas dosis entretienen pero enseguida se convierten en una diversión más. Me costó terminar sin ganas una tesina sobre surrealismo que había elegido el año anterior entusiasmada. No me ha dado tiempo de preparar nada en el primer cuatrimestre para las oposiciones a adjunto de Enseñanza Media, así que no creo que las saque, demasiado difíciles. Mis metas de antes se pierden en una especie de nebulosa. Menos voluntad. Por primera vez me enfrento a la posibilidad de un fracaso con indiferencia, cuento con sus éxitos, los de él que, al contrario que yo, cada vez se esfuerza más, quiere terminar la licenciatura de Ciencias Políticas en junio, final de sus proyectos. Se concentra en sí mismo mientras yo me diluyo, me aletargo. En algún rincón del armario duermen unas novelitas cortas mías, las ha leído, no están mal, debería continuar. Sí, sí, me anima, desea que apruebe las oposiciones, que me «realice», como él. En la conversación, sigue primando el discurso sobre la igualdad. Cuando nos conocimos en los Alpes, hablamos juntos de Dostoievski y de la revolución argelina. No es tan ingenuo como para creer que lavarle los calcetines pueda colmarme de felicidad, me dice y me repite que no soporta a las amas de casa. Intelectualmente, está a favor de mi libertad, establece planes de organización para las compras, pasar el aspirador, cómo podría quejarme. Cómo podría enfadarme cuando pone esa carita de niño bueno contrito, y con el dedo en la boca y sonriente me dice «cari, se me ha olvidado secar los platos…». Todos los conflictos se minimizan y se disuelven en la cortesía del inicio de la vida común, en esa palabra infantil que nos ha seducido curiosamente desde un principio, de tesoro a chata, y nos mece tierna, inocentemente.

No del todo embrutecida. Un día, la escena, lo suelto todo, nada metódica, gritos y sollozos, lluvia de reproches, que no me ayuda, que lo decide todo él. De repente, escucho a mi amigo, al que discutía conmigo de política y sociología ayer mismo, que me llevaba en velero gritarme: «¡No me toques los cojones, no eres un tío, no! ¡Pues eso, aún hay diferencia! ¡El día que mees de pie, ya hablaremos!». Me entran ganas de soltar una carcajada, no es posible, semejantes frases, saliendo de su boca, pero él no se ríe. En las mudas calles de la periferia, frente a los adosados floridos, deambulo durante horas. Esa es la vida surrealista. Todas las soluciones inmediatas para liberarme me parecen montañas. La mujer que se larga a los tres meses, qué

vergüenza, seguro que es por culpa suya, para todo hay un lapso de tiempo que hay que respetar. Esperar un tiempo. Puede que solo sea una frase dicha sin pensar, pero la ha dicho él. La máquina de mermarse una misma se ha puesto en marcha. Volví y no hice la maleta, ni siquiera hice amago.

Algunos hechos, a modo de referencia. Un día me trajo *Elle* o *Marie-France*. Si me compró esa revista es porque ya no me veía como antes, pensaba que podía interesarme por «cien ideas para variar sus ensaladas» o por «cómo conseguir un interior coqueto sin arruinarse». O bien era yo la que había cambiado y lo hacía por darme gusto. No lo juzgo ni lo condeno, solo intento recordar remontando el camino. Juntos empezábamos a tener costumbres asentadas, dulzura hoy, monotonía mañana. El telediario de la una de la tarde, *Le Canard enchaîné* los miércoles, el cine los sábados por la noche y el restaurante los domingos. El amor solo por la noche. En la radio una voz ronca cantaba *Las chicas de la playa*… Yo picaba las judías verdes, por la ventana de la cocina podía ver los jardines, los adosados. En ese momento en la playa de Lacanau o de Le Pyla, tomaban el sol, relucientes, unas chicas, libres. La etiqueta publicitaria de la leche bronceadora, por supuesto. Pero yo sentía que nunca sería una chica de la playa, que acabaría pareciéndome a otra imagen, la de la joven bruñidora siempre sonriente de los anuncios de productos de limpieza. De una imagen a la otra, toda la historia de un aprendizaje que me ha rehecho de arriba abajo.

Introitus gradual de la familia, de la otra, del buen modelo. No viven lejos. No se imponen, personas bien educadas, visitas cortas, comidas informales, una pareja encantadora. Su señor padre, siempre tan hablador, perpetuo decidor de buenas palabras y retruécanos de todo tipo bajo la mirada indulgente de su esposa. Atención, nada de payasadas, tras las chanzas, ese aire de autoridad, en los ojos, en la voz, en la forma de pedir la carta del restaurante, de ser el mejor a la hora de elegir los vinos o de urdir una estrategia en el *bridge*. Siempre alegre, su señora madre, pizpireta, nunca sentada, se me lleva, dejemos hablar a los hombres, nosotras a preparar la cena, no, no, hijo mío, ya nos las arreglamos solas, ¡tú no harías más que estorbar! Enseguida el delantal, el pelapatatas con brío, perejil en la carne fría, un tomate en rosetón, tralalí, huevo duro en la ensalada, tralalá. Un bailecillo picarón acompañado de un gorjeo cómplice, no conoces el scotch-brite, pues va fenomenal. Cuando se quema dice «miércoles». A veces vienen las confidencias; estudié una carrera, Biológicas, hasta di clases en la privada, pero luego conocí a tu suegro, risas, y llegaron los niños, tres, los tres chicos, te imaginas, risas. Y eso es todo. Me confía, entre suspiros, a la vez que pasa con presteza la spontex por el fregadero, los hombres, los hombres, qué difícil es todo con ellos, pero sigue sonriendo, casi con orgullo, como si se tratara de críos a los que hay que perdonar las trastadas, «¡no hay quien los cambie!». Se compadece maternalmente de mí, me disculpa, los estudios no te cansan

mucho, verdad, o sí, no tienes tiempo de limpiar a fondo, normal. Odio esa forma insidiosa de ocuparse de mí. Su perpetua amabilidad me molesta, como la arena en la que encallas, obligada a contestar en el mismo tono almibarado, infantil e hipócrita, todo junto. Cómo me atrevería a decirle nada. Tan agradable, siempre de buen humor, mujeres como ella dan paz, me dijo él un día. Siempre pendiente de los demás. Como si no hubiera nada más importante para una mujer, el catálogo de las perfecciones femeninas, no lo conocía, he empezado a aprenderme los artículos uno a uno. «¡Café!», voz atronadora de su señor padre, bien instalado en su silla. «¡Voy, voy!», corre su señora madre. No te preocupes cari, es un juego entre ellos, él le da gritos y ella acude a toda prisa pero se adoran, te lo juro, no tienes motivos para indignarte. Llega la noche, mi suegro se instala al volante del DS, ella sube con agilidad juvenil y nos dice adiós con la mano enguantada. Me invadía siempre la melancolía. Nadie encontraba ridículo su gorjeo, su petulancia de ama de casa satisfecha, todo el mundo la admiraba, sus hijos, sus nueras, por haberse consagrado a la educación de sus niños, a la felicidad de su marido, nadie creía que hubiera podido vivir de otra manera.

Deseado, no deseado. Los medios de impedir un nacimiento guardaban siempre cierto margen de imprevisibilidad. Hasta los más seguros. Es verdad que la viejecilla de las bifocales estaba dispuesta a hacerlo por cuatrocientos francos y no parecía más sucia que mi tía Élise a quien se asemejaba con su vestido negro y su rostro de masilla. Por qué preferir tenerlo. Entre todos los sentidos posibles que darle a nuestro caso, me quedo con este: conjurar la ruptura, transformar en destino lo que no era sino azar. Para él, en el peor de los casos, la satisfacción de la virilidad, todo el mundo se daría cuenta de que era capaz, en el mejor, la curiosidad, a ver qué se siente siendo padre. Yo, el deseo de conocerlo todo, la misma premura que en otro tiempo cuando el corazón se me aceleraba al pensar en las relaciones de un hombre y una mujer. Creer también de alguna manera que hay que vivirse la feminidad «completa» para ser feliz. Quizá una forma mezquina, inconfesable, de venganza… Escucha Bach, estudia, yo también pero menos, los platos y la cocina me devoran mi tiempo para los estudios y Bach, pues ahí tienes, la responsabilidad de los genes, toma, un hijo. Hay un poco de todo en esa decisión de tenerlo. Que se puede querer una cosa y la contraria, desde aquel momento sé que es posible. Apenas hablar de ello entre nosotros y ya empiezo a dudar. Veo que me voy a empantanar durante meses en una vida de pañales y biberones, las oposiciones adiós desde luego, se acabó el tiempo para mí, y en cuanto a mis sueños, mejor olvidarse. La viejecilla se me

aparece entonces como la mejor solución para los dos. Me daba vergüenza anunciar la noticia a mi madre, esa falta de ilusión por mi parte que notaría ella, inmediatamente me imaginaría cambiando al niño, haciéndole monerías, no iba a gustarle. En efecto, el futuro advenimiento le pareció casi una deshonra para mí mientras que mi padre se lamentó de que nos cayera semejante marrón encima. Enfrente otro cantar. Mi tercer nietecito, calcula mi suegro. No entiendo ese orgullo, siento asco por mi vientre convertido en parte de esa familia.

El olor nauseabundo de la leche que hierve por la mañana y todos esos alimentos cuyo gusto se desnaturaliza en mi boca. Busco la fruta, el pastel que haya conservado su paladar de antes. Entre el mundo y yo se extiende una charca grasienta que despide un tufo a podredumbre almibarada. Extirpada de mí misma, flácida. Leía que era mala señal tener ganas de vomitar, porque en el fondo de mí misma no debía de querer ese niño. No me lo creía, me parecía normal que el cuerpo se rebelara, que no aceptara ser invadido sin protestar. Los primeros meses la cosa se parece más a una úlcera de estómago que a una vida en gestación. Y después, el niño se estremece en su seno, la vieja Isabel de la Biblia, gran discurso lleno de palabras ceceadas por la comadrona sin dolor, los futuros papás *eztán* tan *contentoz* de ver al bebé cómo *ce* mueve y *ce* zarandea por la noche, ya verán. Yo estaba sorprendida, me entraba la risa al ver ese vientre enorme y cheposo, a él le notaba tenso, comprendo que la situación tiene que ser terrible para un hombre. El embarazo glorioso, plenitud de alma y cuerpo, no me lo trago, hasta las perras preñadas enseñan los dientes y gruñen mientras duermen. La verdadera maternidad no la sentí con las pataditas en el vientre, ni paseando por las calles esa tripa desmesurada, ese orgullo no vale más que el de la erección. Durante nueve meses, no me faltaron las razones para sentirme melancólica. África, adonde ya no iríamos como teníamos previsto. La oposición cada vez más lejos, y un montón de inquietudes, quién se ocupará de él, cuánto costará. El oscuro deseo de seguir embarazada el mayor tiempo posible para que el parto no llegue nunca. Quería retener mis últimos momentos de mujer solamente mujer, todavía no madre, mis últimos días antes de las seis tandas de pecho, los seis pañales y los lloros. El posparto me daba pánico, intentaba no pensar en ello. Mi imaginación llegaba hasta el momento justo de dar a luz, descrito con euforia por la comadrona, un momento de goce intenso, la prueba, en el disco se escuchaba a una parturienta resoplando con cadencia, ni una palabra más alta que otra y de repente, enternecedor a más no poder, el primer gritito del recién nacido, olvidadas definitivamente las imágenes horribles de la

infancia, los hierros, la sangre, las escenas de tortura en *Lo que el viento se llevó*, sogas, agua caliente, chillidos. Para distraerme del desasosiego, también tuvimos derecho a todos los artilugios que rodean a un nacimiento. Henos aquí a ambos por primera vez en un Prenoséqué, atraídos por ropa minúscula y llena de colores, atavíos ideales, baberos bordados, peleles, sonajeros cascabeleros, en fin, todo lo necesario para jugar a la muñequita viva. Y venga Mickeys y Donalds por todas partes, en los platos de la papilla, en los jerseicitos. Era completamente irreal ese universo liliputiense. El sentimiento de una terrible regresión, para él y para mí. Pañales, camisetas para recién nacidos, para tres meses, el cochecito. Después vendrán la trona, el parque. Ya saben, el primero es el que sale caro, luego sirve para los siguientes, dice la vendedora. Más aún que el día de mi boda, en el fondo más bien ligero, me siento arrastrada suavemente, entre colores pastel, por una nueva espiral.

Cómo hablar de esa noche. Horror no, pero de lirismo nada, ni poesía de las entrañas desgarradas. Me dolía, y esa imbécil de la comadrona, y yo como un animal hecha un ovillo, con la lengua fuera, prefería la oscuridad a cualquier leve luz, sabía que no iba a ver compasión en sus ojos, no puede hacer nada por mí. Recorrido de las mismas imágenes durante seis horas, no es nada variada la experiencia del sufrimiento. Estoy en medio de la mar furiosa, cuento los segundos de intervalo entre las olas de dolor que buscan enterrarme, por las que hay que caracolear en medio de esa embriaguez, apenas sin aliento. Dos caballos me descuartizan las caderas interminablemente. Una puerta que rehúsa abrirse. Una sola idea clara, y fija, las reinas daban a luz sentadas y tenían razón, sueño con una gran silla retrete, estoy segura de que saldría solo. Ese dolor, desde mitad de la noche, claro está, el niño ha desaparecido en el oleaje. No ha habido silla retrete sino una especie de tablón duro con los proyectores dirigidos hacia mí y las órdenes que vienen del otro lado de mi vientre. Lo peor, mi cuerpo público, como las reinas esta vez. El agua, la sangre, las deposiciones, el sexo dilatado ante todo el mundo. Veamos, eso carece de importancia en momentos así, no cuenta, solo el paso inocente de un niño. Ya, sí pero no. Tenía que estar ahí presente, en ese derrumbamiento mío, contemplar con detalle mi sufrimiento. Que sepa, que «participe», disfrazado con una bata blanca y un gorro de quirófano como si fuera médico. Pero ser esa licuefacción, esa cosa torcida ante él, no sé si podrá olvidar esa imagen. Y qué más me da a fin de cuentas. Como los demás, repite, «empuja, respira, no pierdas el control» y se agobia cuando dejo de comportarme como mater dolorosa estoica y me pongo a chillar. «¡Lo está estropeando todo señora!» y él, «¡cállate, serénate de una vez!». Entonces

apreté los dientes. No por darle gusto, solo para terminar de una vez por todas. Empujé como para lanzar un balón de fútbol hasta las nubes. De un solo golpe me vacié de todo el dolor, el médico me reñía, se ha desgarrado usted, es un niño. El relámpago de un ratoncito accidentado, un grito. Después, con frecuencia, he vuelto a ver la película, he buscado el sentido a ese momento. Estaba sufriendo, sola, y de repente ese ratoncillo, el grito, tan inimaginable un minuto antes. Sigo sin encontrarle sentido, simplemente no había nadie, y de repente alguien. Me encontré con él en la habitación de la clínica media hora después, vestidito, con la cabeza toda cubierta de pelo negro apoyada en la almohada, tapado por la sábana hasta los hombros, extrañamente civilizado, había pensado que me lo darían desnudo con un pañal igual que el niño Jesús.

Me plegué orgullosa, ostensiblemente, a los consejos de la seguridad social, la mejor leche es la leche materna, se lo debe a su hijo, pero nunca he superado esa aprensión del momento en que sus encías se enganchan y me vacían la teta como una ventosa voraz. Por ahí tampoco me entró la maternidad. Fue en ciertos momentos silenciosos de la clínica. Él lee *Los hermanos Karamazov* cerca de la ventana, yo leo unas notas, me detengo a menudo para asomarme a la camita que está pegada junto a la mía con una mezcla de estupor y angustia. Al acecho de la respiración, llevar en mí el fantasma de la muerte del hijo. Cada mañana, me acercaré medio dormida hasta la cuna. Historias de bebés asfixiados, las mantas, la camisita, la fatalidad. Más tarde veré películas en el cine, por la noche, mientras se cruza en mi mente la imagen nebulosa de un niño gritando de dolor en un piso vacío. El placer también, la piel suave y tibia por modelar, la canción de antes de las palabras, y todas las primeras veces, la de la risa desdentada, la de la cabeza que se levanta temblorosa por encima del cuerpo boca abajo, la de la mano que encuentra el ábaco. Momentos perfectos. He conocido otros, ciertos libros, paisajes, aulas cuando sea profe. No se contraponen.

Ahora quedaba criarlo. Cuidar del nene como decían la dueña del piso o mi suegra. El nene, gracioso. Arrorró, a mimir el nene a mimir, popó. Demasiado fuerte como para creérselo una. Descubro el ritmo del día, seis cambios de pañal y seis biberones, la buena voluntad no ha valido de nada, se me ha retirado la leche en diez días. Las cinco de la mañana, contemplo fijamente la cazuela del baño María en el que se calienta la leche. Vidriosa. Que los obreros salgan a la misma hora para entrar en su turno, que los de la basura pasen entonces con los camiones a recogerla no me consuela, tengo la impresión de que no están al mismo nivel que yo. Comer y cagar sin parar.

Además obsesión del microbio y del pedo atravesado. Por supuesto, magnificar la humilde tarea, la obra escogida que necesita de mucho amor, etc., transmutar la mierda. Buscar la poesía en el rastro de la leche vomitada, en el pañal sucio, por qué no. Mañanas soleadas, en el cuarto de baño, lavando, tendiendo la ropita blanca y azul, siento la posibilidad de que me guste todo eso, de decirme esto es vida. Jamás. Si empezara a cogerle gusto, estaría perdida.

Una suerte, de estudiante, él estaba a menudo presente, veía los pañales, los biberones, oía los lloros de las seis de la tarde. Ya no podía hacer trampa, quitarme peso solo verbalmente, deja de lavar los platos y ven a escuchar la *Pasión según san Mateo,* proponerme organizaciones ideales. Esto le saltaba a la vista: si me ocupaba sola del mocoso, se acabaron los estudios y adiós a la chica de antes, a la que tenía la cabeza llena de proyectos. Él no quiere la muerte de esa chica. Ni verdugo ni estúpido, no querría que me convirtiera de la noche a la mañana en una señora detrás de un cochecito. Necesita creer que soy tan libre como él, no soportaría la brutal imagen de una fregona. Y yo resistiría. Abolir de repente la esperanza de la infancia, tener una profesión, el proyecto difuso pero nunca rechazado de «hacer algo en la vida», ya no podría. Los diplomas universitarios, risible, mezquino eso de agarrarse a una oposición, uno puede ser feliz sin necesidad de esas cosas, la riqueza interior es más que suficiente, sospechoso, tener un hijo y querer seguir yendo de biblioteca en biblioteca, de todas maneras tiene usted toda la vida por delante para reanudar los estudios, mientras que su hijo la necesita ahora, los argumentos y los reproches me llueven de todas partes. Por suerte hice oídos sordos. Qué hombre habría abandonado clases y libros para limpiar la casa y dar el biberón. Pues entonces yo tampoco. Los diplomas ya no serán lo que eran, pero esa oposición me servirá para olvidarme un rato de cazuelas y pañales, último vestigio de mi independencia, esa estrella.

Compartimos la cría. Tú el biberón de la noche, yo el de la mañana, uno u otro lavar los pañales cagados en la ducha, las clases en la uni, cada uno las suyas. No fue el nirvana de golpe, ni los ataques de risa por cargar con las botellas de agua mineral o por ir y venir con el niño a cuestas esperando a que eructe, pero soportable, a veces hasta divertido. Sin el rencor de ser la única que le da de comer y le cambia, la mierda compartida es menos mierda. A veces hasta se parecía al amor. Se pasea con precaución entre la mesa y el armario, se para delante de la ventana, vuelve a empezar. Sobre su hombro, un paquetito blanco del que sobresale una cabecita oscilante. El mundo es como debe ser. Sus manos saben dejar al crío en la cuna con el mismo

cuidado que yo, sabe igual de bien que yo limpiarle delicadamente la boca reseca de leche, verificar la temperatura del biberón sacudiendo unas gotas en la piel de su brazo. No teníamos ni idea, lo hemos aprendido todo juntos. Confiaba infinitamente en sus gestos. La casera que hacía cuchi cuchi encima del crío, todas las porteras de la tierra, ninguna le llegaba a la altura del tobillo. Esa colaboración la vivía yo como algo natural, ninguna necesidad de darle las gracias día y noche como si se tratara de una tarea heroica, de un sacrificio que hubiera aceptado para «permitirme» tener un oficio, como tampoco reclamo adoración por los platos que lavo y la comida que cocino y que me han sido adjudicados definitivamente.

Todavía tenía un montón de ilusiones. No me imaginaba que pronto iba a parecerle indigno ocupar mi lugar ante el plato de la papilla y que más adelante no se avergonzaría de haber dado de comer al crío pero lo consideraría un episodio un tanto folclórico ligado a nuestra falta de dinero y a nuestra condición indecisa de estudiantes.

Es verdad que no teníamos una estabilidad en la sociedad. Las clases particulares no se asemejaban a un trabajo de verdad, el comedor universitario nos sacaba de aprietos en mis días de hartazgo de la cocina, las cortinas podían estar sucias, los muebles sin encerar, no eran nuestros. Llovía sin parar en el Cours d’Albret, escaparates de mobiliario, saltábamos de tienda en tienda evitando los charcos, cogidos de la mano. Buscábamos un sillón. Este, el color demasiado chillón, qué feos los muebles modernos. El primero que nos compramos juntos, el primero nuestro. Era divertido. La señora nos decía en tono confidencial y vagamente respetuoso, es caoba, inglés cien por cien, y pasaba la mano por el cuero del asiento y de los brazos. Nos pregunta, un tanto altiva, ¿de qué madera son sus muebles? Dudamos, de ninguna precisamente. Un sillón inglés va bien con todo. Yo iba con una vieja trenca de capucha, él tenía el pelo empapado por la lluvia. Les daremos facilidades de pago, evidentemente. Nos desprecia, joven pareja cursi a la que va a poder endosar el sillón en cuestión. Se acabó la comedia, nos miramos. Tenemos que pensarlo, adiós. Fuera, risas, lluvia, rápido, el crío está solo, en Manufrance se acuerda de haber visto un sillón rústico a trescientos francos, mañana. Pequeñoburgueses que se instalan, que siguen la vía bien conformista. A mí no me daba esa impresión en absoluto, nos veía desarmados, ligeros, frente a la espiral infernal de la sociedad, el sillón, una locura apenas más importante que un disco, nada que ver con las parejas bien asentadas. Creía seguir viviendo una aventura y eso me bastaba para imaginar el futuro juntos sin protestar. Pronto dejaremos el piso de alquiler, las afueras

de Burdeos, ¿para ir adónde? Acaba de terminar los exámenes, las ofertas de empleo en *Le Monde* tienen el encanto de un catálogo de vacaciones, al menos el primer mes. Jefe de personal en Bourges, animador cultural en Fontenay-aux-Roses, joven licenciado, Martigues, Versalles, Aix-en-Provence. Los nombres se borran en el mapa, las esperanzas también, no tan fácil como pensábamos lo de encontrar un trabajo de verdad. Solo queda un empleo administrativo en una ciudad que me figuro toda blanca alrededor de un lago azul pizarra entre montañas centelleantes. Excitación a la hora de cerrar las maletas, adiós a Burdeos, viva Annecy. Por supuesto suspendí la oposición, estaba cantado, todo el mundo me lo dijo, ya era una locura presentarse, me empeñé. Da igual, «él lo ha conseguido, es lo principal», yo también pensaba lo mismo. Contaba con él, yo había dejado de apostar por mí, del todo. Sin embargo convencida de no haber perdido mi libertad, la de antes del individualismo, esa escoria que no valía la pena envidiar. Llevábamos un año y medio viviendo juntos.

Annecy, lago y montañas, nieve y sol, baños, esquí. El paraíso de los turistas. El último domingo de octubre ya no vimos ninguno, se habían ido desde hacía tiempo. Nadie en la calle, salvo en las cercanías del cementerio. Nuestra casa no quedaba lejos de la entrada principal. Mientras deshacía las maletas veía por la ventana de nuestro apartamento en el primer piso, de salón y dos dormitorios, unos coches que se paraban ante la floristería que tenía la acera llena de crisantemos. También transitaban magrebíes con pasamontañas, chaquetas color amarillo sucio, llevando bolsas o cajas de frutas llenas de provisiones. Debajo del inmueble, enfrente de la floristería, había un urinario en cemento y unos bancos. Fui a comprar una hora después de llegar porque era lo primero que había que hacer, comer. Buscar un ultramarinos, una carnicería, una panadería. No había tenido tiempo de mirar en las calles de alrededor. Mi primer recuerdo de Annecy es hacer cola en L'Étoile des Alpes, he olvidado algo, no sé, mantequilla, sal, todo me pareció más caro que en Burdeos, los tenderos parecían enfadados. Volví con las bolsas llenas sorteando a la gente cargada de crisantemos. Los filetes estaban duros, él me dijo que habría que cambiar de carnicero. Por la tarde fuimos al lago en coche. Había cisnes en la orilla, como en las postales, pero las montañas estaban peladas, sin nieve. Un gran casino de paredes enyesadas, visiblemente cerrado, ocupaba la parte derecha de una extensión tapizada de césped frente al lago. Podrás venir aquí a pasearte con el crío, seguro que es bonito cuando hay sol.

Odio Annecy. Allí fue donde me estanqué. Donde viví día tras día la diferencia entre él y yo, donde me hundí en un universo femenino encogido, donde me hinché de minúsculas preocupaciones. De soledad. Me convertí en la guardiana del hogar, en la encargada de la subsistencia de los seres y del mantenimiento de las cosas. Annecy, el lugar ideal para el aprendizaje del papel, lo de antes no había sido nada en comparación. Años diáfanos, sin nada que suavizara y ayudara a soportar la situación, una abuela para quedarse con el niño, padres que te quitan de vez en cuando el peso de la cocina de encima invitándote a comer, o el dinero que se necesita para esa señora-que-te-lo-hace-todo de la mañana a la noche. Yo, nada, lo esencial, un marido, un hijo, un piso de alquiler dos habitaciones y salón, lo justo y necesario para descubrir la diferencia en su estado puro. Las palabras casa, comida, educación, trabajo no tienen el mismo sentido para él que para mí. Me puse a ver en esas palabras solo cosas pesadas, obsesionantes, de las que lograba deshacerme apenas unos días, como mucho unas semanas al año. «Regálele a su mujer quince días sin fregar platos ni cocinar, el Club les espera». Y la libertad, qué quería decir. Ah ya veo las risitas de las buenas conciencias, no haberte casado si no querías aceptar las consecuencias, los hombres también se dejan la piel en ello, y mira a tu alrededor, los que ganan el salario mínimo, que no tienen la suerte de poder estudiar, que fabrican tuercas todo el día, no, demasiado fácil traer a colación toda la miseria del mundo para cerrarle la boca a una mujer, a causa de ese tipo de razonamientos no abría yo la mía.

Hubo una primera mañana. Esa en la que, a las ocho, estaba sola en el piso con el crío llorando, la mesa de la cocina llena de los cacharros del desayuno, la cama sin hacer, el lavabo del cuarto de baño negro del polvillo de los pelos del afeitado. Papá va a trabajar, mamá recoge la casa, acuna al nene y prepara una buena comidita. Y pensar que nunca me creí concernida por la cantinela *mi mamá me mima yo amo a mi mamá*. Hasta entonces habíamos vivido extensos momentos juntos a lo largo del día, no pelaba las patatas pero estaba ahí, y las patatas se hacían menos cuesta arriba. Miro los tazones, el cenicero lleno, todas las sobras de la mañana que he de hacer desaparecer. Qué silencio en el interior cuando el crío acaba de cantar. Me veo en el espejo encima del lavabo sucio. Veinticinco años. Cómo he podido pensar que eso era la plenitud.

Lo mínimo, solo lo mínimo. No podrán conmigo. Dejar la vajilla sucia en el fregadero, pasar la bayeta por la mesa, estirar las sábanas, dar de comer al nene, lavarlo. Sobre todo nada de escobas ni de trapos del polvo, es quizá todo lo que me queda de *El segundo sexo*, el relato de una lucha inepta y

perdida de antemano contra el polvo. De todas maneras, pocos muebles, donde dormir y poco más. Huraña, abro los libros, sin querer plantearme en si tengo o no alguna posibilidad de éxito, sin pensar en ese momento tan cercano en el que el crío empezará a andar a cuatro patas, a tocarlo todo, husmearlo todo, y dormirá únicamente durante la siesta y gracias. Me sumerjo en la fonética francesa, salmodio los paradigmas con el fervor de ciertas personas que recitan novenas para ver cumplidos unos deseos extraordinarios.

No aguanté mucho.

«¡Todo sin hacer! ¡Y son las doce y media! ¡A ver si te organizas mejor! ¡El niño tenía que estar ya comido, para poder tener yo la fiesta en paz a mediodía! ¡Yo TRABAJO, entiendes, esto ya no es la vida de antes!». Acaso es la misma vida de antes para mí, imposible ir a clase, el crío, la comida, etc., en fin, que la cosa estaba que ardía, como suele decirse. Luego nos ponemos a comer si decir ni mu, filetes y espaguetis, con la radio, para que no se note. Unas voces que proponen un juego estúpido, *Adivina el verbo*, se llama. Yo friego los platos. Sentado a la mesa, dice a media voz: «¡Esto es imposible!», con tono cansado. Efectivamente, imposible imaginar cosa semejante antes de casarnos. No le excuso, no quiero entrar en la trampa de la comprensión continua y sentirme culpable por no haberle recibido con la sonrisa en la boca, las ollas en el fuego y el bebé impertinente escamoteado. Cuando trabaje «fuera», esos privilegios que reclamaba él, habrá que ver cómo se tomará que yo los sugiera. Pero tenía razón en una cosa, no era la misma vida, estaba liado en el sistema de trabajo de ocho a doce, de dos a seis, sin hablar de las horas extra, agarrarse a la plaza, mostrarse indispensable, competente, «un ejecutivo de valor». En ese orden de cosas, la papilla del crío no tenía cabida, y de la limpieza del lavabo ni hablamos. Un orden en el que más valía encontrarse la mesa puesta, a la mujer acogedora, el reposo del cabeza de familia, relax, volverá al trabajo a las dos menos cuarto, descansado. Él o ese orden, no sé cuál de los dos me llevó a darme cuenta de la diferencia.

Cuando llegaba a mediodía se encontraba la mesa puesta, al crío acostado, durmiendo, como Dios manda, el transistor junto a su plato. El lavabo limpio, los ceniceros vaciados, los pliegues de la colcha de la cama bien estirados. Lo menos importante se había hecho esencial. Darle gusto, evitar los reproches, en la medida de lo posible. Poco a poco llega la idea, la evidencia, de que no puedo descuidar un interior tan primoroso.

La sociedad funciona bien, adivinen en qué puede gastar una pareja joven sus primeras ganancias. Una lámpara en madera torneada española, un espejo antiguo, una mesa de juegos, un viejo piano, unos visillos. Uno a uno, los

objetos entran en nuestra vida, se distribuyen a nuestro alrededor. Como siempre, cogidos de la mano, volvemos a ir de escaparates. Comedores, dormitorios completos, crédito a treinta meses. Nosotros somos más bien estilo anticuario, antigüedades no muy caras, originales, fruto de una meticulosa búsqueda, como en la revista *La Maison de Marie-Claire*. El sábado, paso a paso, horas toqueteando, comparando, discutiendo, es demasiado pequeño, este color ni hablar, más bronce, más patinado, sin franjas, camafeo, demasiado caro. Mira esta lámpara. Has visto el precio. El mes que viene. Y si la venden. En el salón quedaría ideal, la verdad. Volvemos a casa con la lámpara. La prueba enseguida. La pantalla es irisada, se dibujan en el techo unas sombras ligeras, surge una mancha luminosa en la mesa de caoba. Coloca un libro en el círculo luminoso, lo desplaza, lo quita, pone un cenicero en su lugar. Nos miramos, nos sonreímos. Por supuesto sabemos que no hay que confundir la felicidad con la posesión de cosas, el ser y el tener nos lo sabemos, y Marcuse, todo eso de la propiedad, caca alienante. Pero bueno, también hay que estar chiflado para vivir en una casa de tres habitaciones más salón sin amueblar, y nosotros no somos de los que compramos cualquier mierda, la reflexión, el gusto, casi un arte, nos veía purificados de toda fiebre consumidora gracias a nuestra actitud estética.

Llegó la época de la cocina tan impecable que daba no sé qué freír un huevo, del frigorífico luminoso con un pedal para abrir con el pie cuando se tienen las dos manos ocupadas. A tomar por el culo el hornillo de gas. Me siento extraña frente a todos esos electrodomésticos nuevos, pero también me divierten, horno con luz y dos posiciones especiales, grill fuerte, grill suave, «señora, su Laura, porque hasta tenía nombre la cocina, le permitirá cocinar sus platos a la perfección, para que los suyos sean felices». Gilipollez, vale, pero yo estaba encantada de que me saliera bien el primer suflé de mi vida, y él maravillado, estupendo, enhorabuena. Pueril, pero anodino pensaba yo. Algo que nos unía, a pesar de todo, el suflé disfrutado a medias, el espejo recién comprado, que él cuelga en la pared con cuidado, pásame el martillo, la escarpia. Un nidito de amor para los tres solos. Qué diferencia con el piso amueblado sin estilo ninguno del año pasado, cómo pudimos aguantar aquello. Alegría inocente. Pero el reverso, la espiral insospechada de los escaparates. La lógica imperturbable del orden en el que nos veíamos cada vez más inmersos. Los visillos de lino, los muebles que compramos y que nos habían costado un ojo de la cara, y por los que nos endeudamos, cómo no «cuidarlos», cómo dejar que se los coma el polvo, que la suciedad de los días los ensucie y los afee. Las pelotillas que bailaban la giga debajo de la cama, la

leche que se salía y se secaba en dibujos purpúreos, eso valía antes. Ahora había que preservar la belleza de nuestro marco. Mantener la armonía. Acaso no tengo un aspirador nuevecito con un montón de cacharros adaptables para absorber hasta el polvo invisible. Haré un esfuerzo, qué más da si sacar el cacharro del armario, montarlo, cambiar los accesorios, guardarlo luego en su sitio, te cuesta tres veces más que un barrido. No, no me gustaba el plan, corría de una habitación a otra, de un enchufe a otro. Me sentía obligada. Simplemente tendríamos que haber vivido de otra forma, hasta tal punto de otra forma que me sentía incapaz de imaginarlo. Annecy era una «situación de futuro».

Bueno, hasta mediodía, chao, hasta la noche. La soledad. No la de los dieciocho, colgada de la ventana del váter a las diez de la noche, ni la de la habitación del hotel, de donde acababa él de salir, en Italia, en Rouen. Una soledad de cuartos vacíos en compañía de un niño que aún no habla, teniendo como meta un montón de tareas minúsculas sin conexión entre ellas. No me hacía. Como si de repente me quedara en la estacada. Para él, el aire frío de la calle, el olor de las tiendas cuando se abren, y entrará en su despacho, y le resultará difícil ponerse a ello, pero al final quedará satisfecho por haber cerrado un expediente. Celosa, pues sí, por qué no, esa aprensión de la dificultad, el placer de vencerla, eso también me gusta a mí. En mi interior confortable, qué dificultades, qué triunfo, que no se te corte la mayonesa o hacer reír al crío que se había echado a llorar. Vivía en otro tiempo. Se acabaron esas horas suaves y dulces en las terrazas de las cafeterías, el Montaigne en octubre. Las horas olvidadas del libro devorado hasta el último capítulo, las discusiones entre amigos. Muerto para mí el ritmo de la infancia y de los años de antes, con los momentos plenos y tensos en un trabajo, seguidos de otros, con la cabeza y el cuerpo de repente flotantes, abiertos, reposo. Pero no muerto para él. Mediodía, noche, sábado y domingo, él tiene sus momentos de relajación, lee *Le Monde*, escucha discos, verifica las cuentas, se aburre incluso. Momentos de recreo. Yo por el contrario solo he conocido un tiempo uniforme lleno de ocupaciones heteróclitas. La ropa que hay que clasificar antes de llevarla al lavomatic, un botón de camisa que coser, horas con el pediatra, el azúcar que se ha acabado. El típico inventario que nunca ha hecho reír ni ha conmovido a nadie. Sísifo y su roca, escalando indefinidamente, eso por lo menos, qué nobleza, un hombre en una montaña, con la silueta recortada en el cielo, una mujer en su cocina echando trescientos sesenta y cinco días al año mantequilla a la sartén, ni bello ni absurdo, la vida y nada más, guapita. Y además, qué, el problema es que no

sabes organizarte. Organizar, hermoso verbo corriente entre mujeres, todas las revistas están repletas de consejos, cómo ganar tiempo, cómo hacer esto o lo otro, mi suegra, si fuera tú lo haría más rápido, trucos para hacer lo más posible en el menor tiempo posible sin sufrimiento ni depresión porque eso importunaría a todos los que están alrededor. Yo también, llegué a creer en la lista de la compra, en las reservas de la despensa, en el conejo congelado para las visitas imprevistas, la botella de la salsa vinagreta preparada, en los tazones ya dispuestos en la mesa por la noche para que estén listos para el desayuno del día siguiente. Un sistema que devora el presente sin parar, no se termina de progresar, como en la escuela, pero nunca se ve el final del túnel. Mi dogma era más bien la velocidad. Sobre todo nada de bailecitos en la cocina, ni trapitos amorosos, ni tomates presentados en forma de flor, paso ligero, al ataque, a galope, para liberar una hora por la mañana, pura ilusión a menudo, sobre todo volcarse en encontrar ese hueco del día, el tiempo personal por fin hallado, siempre amenazado: la siesta de mi hijo.

Dos años, en la flor de la edad, toda la libertad de mi vida se resumía al suspense de un sueño de niño por la tarde. Al acecho, de la respiración regular, luego del silencio. Duerme, por qué no duerme hoy, agobio. Ya, por fin, la prórroga de un tiempo frágil, envenenada por el temor de un despertar prematuro, claxon de coche, timbre, conversación en el rellano, querría rodear de algodones su camita. Dos horas para lanzarme a la preparación de la oposición. Gritos, cubos que ruedan, osito que lloriquea, siempre la impresión de verme pillada. Qué bonito un bebé que se despierta, fresquito, feliz de vivir, ya lo sé. Yo también le levantaba la persiana toda orgullosa, qué bien bebé bueno después de mimir, vamos, pipí y luego paseo los dos al parque, le echaremos pan a los cisnes, me cultivaba la alegría maternal con risas, canciones, cosquillitas al crío. Lejos de mí ese deseo indigno de dejarlo en el taca-taca y ponerme tapones en los oídos para poder seguir trabajando. Ante todo debo ser una madre de verdad, precipitarme al dormitorio del crío en cuanto se despierta, verificar el pañal escrupulosamente, oler, preparar el cochecito pero despacio, el respeto del ritmo del niño ante todo. Pero qué me obligaba. Niños siempre cagados de mi infancia, con ese olor agrio permanente, creciendo solos frente a la mirada distraída de una vecina cansada o de un abuelo chocho, ¡cómo si pudiera tomar ejemplo! Sus madres eran pobres y no sabían nada de puericultura. Yo vivo en un bonito piso, con bañera hinchable, balanza de bebé y pomada para el culito, no tiene nada que ver, y la maldición del psicoanálisis «todo queda visto para sentencia antes de los tres años», me la sé de memoria. Me pesa las veinticuatro horas del día y

solo a mí porque el niño es cosa mía. Y me he leído la biblia de las madres modernas, organizadas, higiénicas, que se ocupan de su casa mientras sus hombres están en la «oficina», en la fábrica jamás, se titulaba *Yo educo a mi hijo*, yo, la madre, evidentemente. Más de cuatrocientas páginas, cien mil ejemplares vendidos, todo sobre el «oficio de mamá», él fue quien me trajo un día esa guía, poco tiempo después de llegar a Annecy, un regalo. Una voz autorizada, la señora del libro, cómo tomar la temperatura, darle un baño, al mismo tiempo un murmullo, como una cantinela, «papá es el jefe, el héroe, él es quien manda, normal, es el más grande, el más fuerte, el que conduce el coche y va tan rápido. Mamá es el hada, la que acuna, consuela, sonríe, la que da de comer y beber. Está siempre ahí cuando la necesitas», página cuatrocientos veinticinco. Una voz que dice cosas terribles, que nadie sabrá ocuparse tan bien como yo del crío, ni siquiera su padre, él que no tiene instinto maternal, justo una «fibra». Aplastante. Además esa manera sibilina de dar miedo, de culpabilizar, «te llama… haces como que no lo oyes… dentro de unos años darás lo que sea para que te diga una vez más: Mamá, quédate».

Así que cada tarde sacaba a pasear al crío para ser una madre irreprochable. Salir, llamar a eso salir, la misma palabra que antes. Ya no había fuera para mí, solo dentro tenía sentido, con las preocupaciones de siempre, el crío, la mantequilla, los pañales, ya los compraría a la vuelta. Ni curiosidad, ni descubrimiento, solo necesidad. Dónde, el color del cielo, los reflejos del sol en lo alto de los muros. Como los perros al principio solo conocí de Annecy las aceras. Siempre mirando al suelo, la altura de los bordillos, la anchura, pasa el carrito o no pasa, siempre esquivando obstáculos, postes, grandes carteles, *France Soir* y *France Dimanche*, a la gente que se echa ciegamente encima del cochecito.

En el parque, estábamos entre mujeres, relajadas en los bancos, o paseándonos tranquilamente en plena tarde. Hacer que pase el tiempo, para que el niño crezca. Ellas me preguntaban la edad del mío, comparaban con la del suyo, los dientes, si anda, si caga o mea más o menos. Luego cuando el crío se puso a andar y a jugar con los demás, nos tocaba vigilar, desconfiadas, enemigas de esos perros que dejaban sus excrementos justo al lado, de los mayores que con doce años corrían en bicicleta por el parque, y es que deberían estar prohibidas. Ningún otro tema, o casi, de conversación. Recordaba las que teníamos entre amigas, no hacía tanto, ni tres años, esas historias sentimentales excitantes, lejos de las aburridas consideraciones sobre los hijos. Pero acaso había mucha diferencia entre el «esta noche salgo con

Fulanito qué vestido me pongo» y «venga rápido vámonos que papá está a punto de llegar», una frase que también decía yo. Estábamos todas aisladas por el célebre halo de la casada, hablábamos de los hijos, tema sin peligro, porque no nos atrevíamos a soltarnos, a contar, como si la sombra del marido estuviera siempre ahí, entre nosotras. Alrededor nuestro, el paisaje era soberbio, el lago, las montañas grises azuladas. En junio, la orquesta del casino se instaló en la terraza, para los turistas, el eco del *blues* y de los pasodobles llegaba hasta los columpios. La vida, la belleza del mundo. Todo era exterior a mí. Ya no había nada que descubrir. Volver a casa, preparar la cena, fregar los platos, dos horas vacilantes hojeando un libro para el trabajo, dormir, y vuelta a empezar. Hacer el amor quizá pero también eso se había convertido en una historia de interior, ni espera impaciente ni aventura. A la vuelta pasaba por las calles del centro buscando las aceras anchas. En las cafeterías entraban chicas solas, hombres. Yo penetraba en el único lugar de la ciudad donde no parecería incongruente con un niño, un sitio de mujeres, desde la cajera a las clientas, y carritos hechos para poder empujar la comida y al bebé sin cansarse. El supermercado, la recompensa de las salidas.

Sí, ya sé, el crío se reía con los cisnes, se arrastraba por la hierba, luego empezó a lanzar pelotas, se quedaba boquiabierto ante los triciclos, bajaba por el tobogán con aire serio. Y yo qué. Decir el agobio, la asfixia, inmediatamente la sospecha, otra que no piensa más que en sí misma, si no sientes la grandeza de la tarea, ver cómo va abriéndose al mundo el niño, tu hijo, alimentarlo, mecerlo, guiar sus primeros pasos, contestar a sus primeros porqués —con tono ascendente para que la hoja de la guillotina caiga de golpe—, no haberlo tenido. Lo coges o lo dejas, el oficio más maravilloso del mundo, sin entrar en detalles. Nunca he sentido la grandeza del oficio. En cuanto a la felicidad no he necesitado del *Yo educo a mi hijo* para ser capaz de estar siempre ahí cuando me caía encima, siempre de improviso. Una tarde de septiembre le compré un coche rojo. Le vi bajar las escaleras del gran almacén, peldaño a peldaño, a causa de sus piernas de dieciocho meses, agarrando con las dos manos el coche de su propiedad pegado al jersey, ávido, fiero. Y el día, antes, en que por primera vez se lanzó al espacio, de pie, del sillón a mi silla, el rostro en tensión, y luego esa risa, al conseguirlo, una vez, muchas veces. No necesito acordarme de todo para probar que yo «también» era una madre de verdad, como antes había sido una mujer de verdad. No quiero tampoco entrar en ese terreno donde se compara, opone, no cree usted que esos momentos pasados con su hijo eran más enriquecedores que si hubiera escrito a máquina, fabricado rodamientos, incluso acaso no

vale más eso que todos los libros del mundo, esa es la vida, nada de imaginarios. A otra con el cuento ese de que te habrías perdido lo mejor de la vida, por culpa de esa patraña no fui a ver a la vieja de las bifocales. Hoy quiero decir la vida no prevista, inimaginable a los dieciocho, entre las papillas, la vacuna tetra vírica, la braguita de plástico que hay que lavar a mano, el jarabe Calmatol para las encías. La carga absoluta, completa, de una existencia. ¡Ojo, nada de responsabilidades! Yo educo sola al hijito, pero bajo vigilancia. Qué ha dicho el doctor, tiene las uñas demasiado largas, deberías cortárselas, ¿qué tiene en la rodilla, se ha caído? ¿Dónde estabas tú? Rendir cuentas todo el tiempo pero no en tono tiránico, suave, normal. Cuando por la noche coge en brazos al crío radiante, alimentado, lavado, con el pañal limpio para toda la noche, es como si hubiera vivido toda la jornada para llegar a esos diez minutos de la presentación al padre. Lo lanza por los aires, le hace cosquillas, lo cubre de besos. Los miraba a los dos, reía, regocijo cobarde. Horas de cuidarlo, de ocuparme de él, de renunciar a mí. Como la madre de él. De qué te quejas las madres solteras y las divorciadas no tienen hombre a quien hacer la ofrenda de sus sacrificios, cada noche. Pero a veces, en el parque, detrás del cochecito, he tenido la extraña impresión de estar paseando a Su Hijo, no al mío, de ser la pieza activa y obediente de un sistema aseptizado, armonioso, que gravitaba a su alrededor, marido y padre, y que le procuraba seguridad. Mujer moderna, pantalón y chaquetón forrado, con niño por las avenidas. Para que parezca algo más, unos cisnes en el lago o una nube de palomas. Una estampa que le habría gustado si se hubiera tropezado conmigo.

Él nunca se pateó Annecy con un crío en un carrito, sorteando con precaución a la muchedumbre de las aceras y diciendo perdón perdón. Nunca se quedó esperando en un banco a que pasase la tarde y el niño creciera. Annecy, lo descubrió con las manos en los bolsillos, tranquilo, al salir del trabajo, con todo el espacio libre ante él. Yo no conocía más que las calles de los cochecitos y las compras, la del carnicero, la del farmacéutico, la de la lavandería, las calles útiles. Cuando, al final de la tarde, por cita con el médico, en la peluquería o porque tenía que comprar algo más, salía sola, y él se quedaba con el crío, me precipitaba en tromba a la calle. Como una mosca medio atontada, tenía que volver a aprender la forma de caminar de una mujer sola. El interior, el piso, él debía de llevarlo dentro de sí como la estampa misma del refugio, no como un lugar que había que estar ordenando siempre, que se te echa encima en cuanto entras, con los paquetes por colocar, la comida del niño por preparar, el baño. No vivíamos en el mismo piso a fin de

cuentas. Él encendía un cigarrillo, paseaba la mirada por la luz indirecta, los reflejos de los muebles, meaba en la loza inmaculada, se lavaba las manos en el lavabo cada día de nuevo impecable, recorría las baldosas resplandecientes del pasillo y leía *Le Monde* en el salón. Podía saborear ese interior con toda su calidez, relajarse, qué bien se está en casita. Ni había fregado, ni había frotado, ni había ido husmeando por todos los rincones de la casa como una mosca comemierda. Solo placer. Sobre todo nada de dejar por ahí tirado un trapo, el Ajax o la fregona, qué significa esto, me traía «eso» con la punta de los dedos, como algo absurdo, insoportable en medio de ese decorado suyo. Solo belleza y orden. Las dos de la tarde. En la cocina no queda ni rastro de la comida de mediodía recién terminada, el fregadero brilla de nuevo como la patena. He vuelto a colocar en medio de la mesa la jarra rústica donde puede verse a unos pastores tocando la flauta sobre fondo azul. Discreto olor a O'Cedar. El crío está dormido. Para quién, por qué tanto orden, sencillamente si hubiera venido alguien sin avisar no habría tenido que decir como mis tías no miréis que está todo manga por hombro. Toda mi actividad frenética desde por la mañana a las siete desembocaba en ese vacío. Debe de ser esa hora en la que las mujeres se toman la pastilla, se beben una copita o se cogen un tren para Marsella. El mundo detenido.

Tenía hambre. Qué sensación puede dar extender la servilleta sobre las rodillas y ver llegar unos alimentos que uno no ha decidido, preparados, removidos, vigilados, comida nueva, sin haber sido olida en cada una de las etapas de su metamorfosis. A mí se me olvidó, por supuesto el restaurante en ocasiones, raras, hay que llamar a una canguro, y es un extra, platos con fragancia a esto cuesta dinero y esta-noche-te-saco-guapita. No es una comida-regalo para él, él la tiene dos veces al día, tranquila y sin necesidad de dar las gracias, qué bien apio rallado en ensalada, filete poco hecho, patatas panadera salteadas en cazuela. Cuando me sirvo unas patatas enfrente de él, hace ya media hora que las respiro, las premastico casi, siempre probando, que si la sal, que si están bien hechas o les falta un poco, vamos, que se te corta el apetito, el verdadero, el que es deseo y saliva. Pero él, que por lo menos él coma, que me pague así por mis esfuerzos, intratable ya, que deje los platos limpios, odio las sobras, como una pena perdida, un desperdicio de energía, y luego queda en el frigorífico como una comida del pasado que habrá que volver a probar, volver a servir, maquillar, me da asco solo de pensarlo. La alegría y la curiosidad de comer, no he querido que desaparezcan por completo. Mujeres que pican sin parar, siempre desenmascaradas, frustradas, infantiles, satisfacciones orales a escondidas pero qué modales son

esos. Estoy convencida de que las onzas de chocolate y los trozos de queso comidos discretamente, un poco de pasta sustraída de la fuente misma antes de servir me han solucionado el hambre más de una vez. Picar era mi regalo, sin plato ni cubiertos que me recordaran el rito de la mesa, una revancha contra la eternidad de esa otra comida que preparar, comprar, preparar. Trescientas sesenta y cinco comidas multiplicadas por dos, novecientas veces la sartén, las cazuelas en el fuego, miles de huevos que cascar, de filetes que freír vuelta y vuelta, de tetrabrik de leche que vaciar. Todas las mujeres, el trabajo natural de la mujer. Tener una profesión, como él, pronto, no hará que me olvide de la maldita manduca. Con qué tarea tiene que cargar un hombre dos veces al día solo por el hecho de ser hombre. Qué lejos queda la *mousse* de chocolate mensual de la adolescencia, mi jubilosa excusa para demostrar que yo también sabía hacer cosas con los diez dedos de mis manos como las demás chicas. Kilos de alimentos cocinados a fuego lento, devorados inmediatamente, producir vida, depende del cristal con que se mire, el mío me muestra más bien una manera segura de caminar hacia la muerte.

Adopté la costumbre, apuntaba las compras en el bloc colgado en la cocina con una cintita roja, cocinaba cosas sencillas entre semana, y extras los domingos y en los encuentros familiares. Vamos, repite, mujer. Delicioso guapa delicioso. Que se pongan morados, que me lo digieran todo bien con cara de felicidad, pues al final parece que ha aprendido a cocinar eh, quién lo hubiera dicho, ella que no tenía ninguna pinta de ama de casa, qué buena sorpresa. Dejé de comparar con el pasado, hice como que la cocina carecía de importancia, que era tan natural como lavarse cada día, intenté encontrarle satisfacciones, hojeando el libro de recetas, puede tenerse una sensación de creación infinita, nunca el mismo plato si se quiere. Sin embargo, seguía pareciéndome una comedura de cabeza.

Siete de la tarde, abro el frigorífico. Huevos, nata líquida, lechuga, la comida se alinea en las rejillas. Ninguna gana de preparar la cena, peor aún, ninguna idea. El hundimiento de la abastecedora, el bloqueo. Como si no supiera nada de nada. Un minuto de torpeza hasta que el motor de la nevera se relanza, como una especie de llamada al orden. Hacer cualquier cosa, da igual qué. Me decido por lo archisabido, espaguetis y huevos fritos.

Peor que todo, la esquizofrenia del supermercado, imprevisible. Empujo el carrito entre los lineales, harina, aceite, latas de arenques. Dudas. Siempre ahí. A mi lado, féminas que rebuscan alegremente, expertas. Otras se detienen delante de las latas, los paquetes de galletas, les dan la vuelta, leen la letra pequeña con una atención tremenda. Seguro que me hace falta un montón de

cosas para mañana, para los días siguientes. Ya no tengo ganas de coger nada. Avanzo por esos pasillos hechos de alimentos cada vez más indiferenciados. Todo me horroriza, la música, las luces y la determinación de las demás mujeres. Me invade una amnesia alimentaria. Si me dejara llevar, saldría de allí inmediatamente. Hacer un esfuerzo, echar a ciegas charcutería envasada, quesos, esperar pacientemente ante las cajas detrás de carritos victoriosos, desbordantes de manduca, que las clientas exhiben frente a ellas, a dos manos. No me siento liberada hasta que no salgo. La náusea existencial delante de un frigorífico o detrás de un carrito, de risa, seguro que él se partiría. Todo en esos años de aprendizaje me parece lamentable, insignificante, indecible, salvo en forma de quejido sordo, de jeremiadas en pequeñas dosis, estoy muerta, no tengo cuatro brazos, hazlo tú si te parece, me vino de repente la melopea doméstica y él escuchando sin inmutarse. Como un lenguaje normal. O una recriminación de alguna organización sindical que interiormente el patrono califica de letanía obtusa y carente de interés.

Y luego se echan cuentas, yo le preparo la comida, le cepillo el traje, él desatasca el lavabo y baja la basura. Tú te compras un disco y yo un libro. Mierda, de acuerdo le contesto, gilipollas. No se asemeja mucho a un intercambio de libertades. Recurrí a eso. Agotador, lo del detalle mezquino que me llevaba a comprarme un libro o a dejar la basura llena ni por placer ni por espíritu de rebeldía, sino por ganas de revancha. Desde el principio del matrimonio, me da la impresión de correr tras una igualdad que se me escapa todo el tiempo. Queda la escena, la buena escena, que lo sintetiza todo, la revuelta, el divorcio, sustituye reflexión y discusión, la devastación de una hora, mi sol rojo en mi vida descolorida. Sentir cómo sube el calor, el temblor de rabia, soltar la primera frase insólita que demolerá la armonía: «¡Estoy harta de ser la criada!». Esperar al acecho a que se ponga la máscara, las buenas réplicas, las que van a estimularme, a ayudarme a encontrar la lengua perdida, violencia y deseo de otra cosa. Decir en desorden y con esa vulgaridad que le repugna que esa vida es una mierda, que antes muerta que parecerme a su madre, naturalmente atacar lo sagrado en primer lugar. Esa dicha de gritar hasta la extenuación sin que me lo impida sonriéndome con aires de superioridad, nada de grandes discursos por favor. Pero llegará la época en que me prohíba a mí misma las escenas, «a causa del chaval», no te da vergüenza, delante de él, dignidad, es decir sumisión. Un padre firme y una madre que no abre la boca, lo mejor para la tranquilidad de los niños.

Quizá un domingo gris. Por la tarde, temprano, día apagado, como todos los de fuera de temporada turística. Seguramente había hecho la comida para

el crío, nosotros habíamos comido también, judías verdes, rosbif, puede que un flan. La vajilla recogida. De repente, en tono ligero, una frase con naturalidad: «Echan la última de Bergman en el Ritz». La siguiente: «¿Te enfadarías si me fuera a verla esta tarde?». La última, ante mi silencio: «¿De qué sirve que seamos dos para cuidar al niño?». No me hundí ni grité. Una conclusión cínica y lógica, esto es el matrimonio, elegir entre la depresión de uno u otro, la de los dos es despilfarrar. Evidente también que mi sitio estaba con mi hijo y el suyo en el cine, no al revés. Fue. Después irá a jugar al tenis en verano y a esquiar en invierno. Cuidaré, pasearé al crío. Oh qué bonitos domingos… A las tres levantaré la persiana del cuarto del peque, la calle vacía, el parque, los cisnes. A veces los celos. Visto desde el interior del piso de tres habitaciones o detrás del cochecito, el mundo se divide en dos, las mujeres con las que podría acostarse él, los hombres con los que ya nunca podré acostarme yo. Por la noche, relata la jornada mientras devora como un lobo, el esquí abre el apetito. «El mío va a cazar todos los domingos, pues al mío le apasiona la vela». La pesca, el monte, el *bridge*, el clarinete, la petanca y el billar, ellos tienen pasiones, y siempre comprensivas, las mujeres, «se pasaría el día entero en la coral, en la petanca», casi orgullosas. ¿Y su mujer, qué afición tiene? Dice que le gustaría volver a jugar al tenis, pero no sé si tiene muchas ganas. La verdad es que las ganas se van solas, unas tras otras, forzosamente. Déjame en paz, vete a esquiar si quieres, ¡por fin eres libre! Por supuesto fuera de las comidas, del niño y de la limpieza de la casa, soy metafísicamente libre.

Impedirle que me deje sola con el crío. Obligarle. Qué poco elegante por su parte echarme en cara mis principios de antes, ser independientes el uno del otro, no estar todo el día juntos para no limitarse, etc. Vale, trátame de lapa o, más sofisticado, de mantis religiosa, mujer castradora. Todo su Freud, le digo que lo tengo en algún lado, pero no, no quiero serlo, castradora, qué imagen tan fea. Y luego, qué era mejor, la soledad, el parque, o la comunión absurda de dos corazones delante de la tele, el paseo familiar zapatillas-chándal por el zoo, con sus trazados que hay que seguir, sus panoramas únicos, con críos a hombros de los padres mirando a la mujer del prójimo y viceversa. Lamentable. El domingo, a la hora de la siesta, como el resto de la semana, me preparaba la oposición, mi horizonte.

Dos meses antes de los exámenes, elegí la guardería y con ella el sentimiento de culpa, entregar por la mañana a la puericultora el cuerpecito desnudo por la ventanilla, y la primera noche no reconocer al niño vestido con esa bata escocesa municipal. Siempre se felicita a la valerosa esposa del

hombre que ha aprobado una oposición aparte de su trabajo, se la mima, si la mitad de su éxito se lo debe a usted, le ha ayudado moralmente, animado, ha impedido que los niños le dieran guerra, le ha descargado de todo. A él, más bien le dan el pésame. Una mujer molesta, lo que habrá tenido que aguantar. De todas formas, él prefería que le tuvieran lástima antes que le felicitaran como a una hembra tras su hombre, antes que nadie sospechara que me había ayudado, qué humillación, no cuadra en el perfil del jefe, de ejecutivo respetado. Los valores masculinos, la diferencia sagrada, acabé siendo especialista.

Leer la lista con los resultados, sentirse compensada de un año de trabajo y deambular al azar por las calles, el olor de los bares que se transforma en felicidad repentina, y también la muchedumbre de junio u octubre, darle vueltas todo el día al éxito, eso era antes. Aprobé la oposición de agregado de instituto y no sentí ninguna alegría. Había demasiadas siestas ansiosas, demasiados lavados de ropa de niño, demasiadas ollas exprés vigiladas, demasiadas zanahorias peladas en medio de la historia de una novela moderna o de las teorías teatrales. ¿Una suerte? Me parecía que el tribunal había recompensado oscuramente no mi valía intelectual sino mi mérito de madre de familia.

Era profesora agregada. La finalidad de los estudios y la esperanza de una liberación, de una vida distinta de la de los paseos por el parque y el estropajo en las cazuelas. Casi llego tarde el día de principio de curso, el ama de casa había perdido el autobús. El estruendo de los pasillos. Luego cuarenta rostros, treinta y cinco la hora de después y otros veinticuatro, esos cuerpos que se agitan, esos ojos, esas voces aún ahogadas, dispuestas a asaetearme a preguntas. Lejos el pisito, en este mismo momento, el sol entraba en la cocina, la suavidad del polvo y de las papillas, la ternura fácil de un niño. Por mucho que maldijera esa vida enclaustrada, por mucho que hubiera querido resistirme a ella, me había podido. Me costó luchar contra el miedo aquella primera mañana. Nada más que hablar y ser escuchada, tan extraño después del silencio entumecido de los interiores o del gorjeo del crío. Pero luego vino el placer, quizá el del poder. De nuevo tenía influencia sobre el mundo, hasta mi soledad en medio de cuarenta alumnos se volvía excitante. Vuelta a la vida. Al final del día, discurría sobre un montón de proyectos, salidas, biblioteca, se acabó el manual de literatura de siempre, veremos los textos que les gusten. Recuerdo la primera noche, el calor de septiembre todavía presente, la impresión de tener abierta mi existencia, estallada incluso, por todas las que había conocido a lo largo del día, volvía a ver esas caras aún sin

nombre, enfadadas, presumidas, una chica hundida en su silla, ausente, tanta diversidad. Me entraron ganas de prepararme las clases para el día siguiente inmediatamente, leer las fichas que los estudiantes me habían dado sobre sus familias, sus gustos. Al mismo tiempo un cansancio bueno, el que me habría empujado a escuchar un buen disco antes de ponerme a trabajar, y más tarde a sentarme a la mesa, relajada. Como él. Es verdad que no apetece otra cosa. Así que tenía razón. Pero ahí se acaba todo, en las ganas. Bienvenida a la diferencia, sentarse, hacerle unos mimos al crío, leer *Le Monde*, sueños de mujer embriagada por su primera jornada de trabajo. En cuanto llegué a casa, vi la sombra del ama de casa. Me toca preparar la comida del crío, porque la comida no llegará sola al plato. Las clases, cuando se duerma el peque. Él verá la tele. No soy profe, nunca seré profe, sino mujer-profe, que no es lo mismo. Me introduje en el segundo ciclo de los años de aprendizaje, los más amargos, los menos comprensibles. Tener un oficio, lo había querido tanto, frente al horizonte de las siestas, de los paseos por el parque. Por un lado, las amas de casa, horror, por el otro, las solteras, existencias que me imagino vacías. Obligada a pensar que me llevaba la mejor parte. Acaba una por no comparar su vida con la que habría querido tener sino con la de las otras mujeres. Nunca con la de los hombres, a quién se le ocurriría. Y sin embargo, pueden salir del instituto con paso tranquilo, digno, hasta su coche, los colegas masculinos, ir a relajarse a las reuniones sindicales, escucharse cuando hablan y votar mociones sobre las desastrosas condiciones de trabajo, puntillosos en lo que concierne a los límites de sus obligaciones laborales, que un profesor no tiene por qué vigilar a los alumnos, ni corregir los castigos que pone, una maravilla de casuistas para no hacer ni un ápice más de lo que les corresponde, costumbres masculinas, desde luego. Yo a galopar, como buena mujer casada madre de familia. Mediodía, cinco de la tarde, querían hablar conmigo después de la clase, lo siento chicos no tengo tiempo chao bambinos, me espera mi hijo y antes tengo que pasar por la carnicería. No seré la profe disponible que creía ser, el mero funcionamiento de base ya me cuesta, clases, compras, exámenes, no queda nada en el frigo. El patrono de los trabajadores tenía que haber sido mujer, no José. Las mismas tareas que un hombre, sin olvidar el trabajo de la casa, dejarlo a las puertas del instituto y recogerlo a la salida. Por la noche, al echar el paquete de espaguetis en agua hirviendo, con el crío revoloteando a mi alrededor, tengo la impresión de una vida sobrecargada al máximo, sin espacio para añadir una gota de imprevisión ni la menor curiosidad. No me atrevía a pensar así, escuchadlos a todos, profesor, qué empleo tan extraordinario «para una mujer», dieciocho horas de clase, el

resto del tiempo en su domicilio, un montón de vacaciones para poder ocuparse de los hijos, o sea una profesión perfectamente indolora para el entorno, la mujer que se «realiza», trae dinero a casa, sigue siendo buena madre y buena esposa, para qué quieres más. Yo también caí en la trampa de la mujer total, orgullosa de ser por fin capaz de conciliarlo todo, la subsistencia, un hijo y tres cursos de lengua francesa, guardiana del hogar y dispensadora del saber, superwoman, no solo intelectualmente hablando, en resumidas cuentas, armónica. Vía libre al lirismo cuando lo demás, la reflexión en particular, ha desaparecido. El hombre armónico, «total», que va a la oficina, se pone un delantal y baña a los niños, si existe, no va contándolo a los cuatro vientos. Estaba instalada en la diferencia, estos razonamientos, incapaz de hacerlos. Me parecía normal que no hiciera la compra, porque los hombres están ridículos empujando un carrito, fuera de su sitio, que su sueldo se considere como una hermosa suma de dinero, entera, para nosotros, y el mío como una ayuda, cantidad importante, sí, pero de la que siempre hay que sustraer un montón de billetes, los gastos de la casa, los impuestos sobre los ingresos complementarios, al final queda una suma insignificante al lado de su salario. Cómo me atrevería entonces a decirle que no trabajo por gusto, y únicamente por gusto. Me sentía culpable por dejarle a cargo del crío los sábados en los que tenía consejo escolar en el instituto, porque de lo contrario habría podido ir a jugar al tenis, dudaba en mandarle a sacar la basura, para qué, al final no era sino una gota en el océano de las tareas domésticas. Hasta intenté con dulzura moldearlos, querida, moldearlos, mucho más eficaz con los hombres, la agresividad incomoda la existencia de los demás. Y ojo, dos tonos de voz, uno para los alumnos, enérgico, acercarse a la autoridad masculina, a los padres que chillan y arrean en casa, la voz del exterior, y el otro, para el interior y las salidas con él, voz de pajarillo, anodina, intervenciones moderadas, discreta en todo lo relativo a la vida del exterior, la clase, la pedagogía. Las empollonas, las excitadas, unas tocahuevos, ya se sabe. Menos mal que tú eres equilibrada, dicho de otra manera, no se me ocurría abrir la boca sobre mi trabajo.

Las vacaciones. Ocupé mi sitio entre las mujeres sentadas en la arena, rodeadas por cubos y palas, mientras las chicas solas corren hacia las olas, y como los peores consuelos dejan de dar miedo al cabo de un momento, decirse que ya les llegará a ellas la hora, atadas a sus hijos mientras el marido boga en un velero todo el día. Creí en los complejos turísticos familiares, solo familiares, con los dos comedores, el chillón y el tedioso, el de los niños, y el mortal, el de los padres con qué hacéis esta tarde, estamos bien aquí, yo soy

representante farmacéutico y usted. Olisqueamos el aire provenzal un año, el aquitano otro, bronceado para ambos sin pala ni cubo durante las siestas vigiladas del crío en la guardería, baile por la noche bajo los pinos. El simulacro de una vida en la que aún no estábamos unidos por los pactos, juntos comida y cena, niño. Tan solo un simulacro. En la autopista, en sentido inverso, imposible no comerse la cabeza, quince días más que no dejarán ningún maravilloso recuerdo. Pienso que habrá que comprar un tambor de detergente para la lavar la ropa sucia, pan, jamón, leche. No puedes ocuparte de tu hijo, entretenerlo, no sé, me está jodiendo, que yo conduzco, sabes. Pasé semanas en el seno de la verdadera familia. Las peores. Charlar entre cuñadas mientras picamos las judías, y entre tanto su señor padre y sus hijos de pesca o jugando a las cartas. Su señora madre les llamaba con orgullo, «¡los hombres, a comer!». En medio de ese buen humor y de esa alegre aceptación de roles, me creía anormal, rara. No es bueno meterse con los hombres, tienen que relajarse, divertirse como chavales, o qué, preferirías que fuera mujeriego, que se fuera de vacaciones solo, una mujer y un hijo todo el día encima, seguro que está hasta las narices.

A mí no me queda más que un mes para la vuelta a clase, un mes tranquilo para jugar a las amas de casa y a las buenas madres mientras él trabaja en la oficina. Te das cuenta de la suerte que tienes con ser profesora. Tener tiempo de examinar con lupa el estado de la ropa, quitar manchas, llevar yo misma al crío a los cisnes y al tobogán, probar a hacer la mermelada de melocotón y los aguacates con gambas. Y leer por gusto, escribir poemas en el sosegado momento de las siestas. La mujer moderna, vaya, pero nada de señora a la antigua, creativa como quien dice, dibuja, haz cojines, tapices, crucigramas. Y dónde he leído yo que Virginia Woolf «también» hacía tartas, ves como no es incompatible. Dos horas y media. El crío duerme. Papel, bolígrafo. Cualquier cosa, diario, poema, novela. Miedo a que se despierte. No solo eso. No llego a creerme la realidad de que esté escribiendo, una especie de divertimento entre el aguacate con gambas y el paseo con el niño. La apariencia de la creación. El crío se despierta. Reanudar las cosas serias, vestirlo, darle la merienda, ir al parque, mañana pausa para la literatura. Lo mejor, durante las siestas, era hojear *Le Nouvel Observateur*, hacer solitarios o tomar el sol en el balcón. Lo que convenía a mi vida de ese momento.

Fui saliendo poco a poco de los años-pipí. El crío iba a la maternal, pañales y cochecito, malos recuerdos. Había esperado lo suficiente esa época, la liberación progresiva, el como antes que volvería, o casi. Estoy por fin en ello. A mi alrededor, un auténtico catálogo de actividades de todo tipo,

sindicato, por qué no te apuntas al club de teatro, a las conferencias de Freynet, aprende a esquiar, a jugar al tenis. Ni siquiera sabía de qué tenía ganas realmente. Lo intenté todo, no perseveré en nada. Demasiado invasor, todo a medias siempre, las reuniones en las que excusamos nuestra asistencia, el crío tiene la rubeola, las que desertamos antes de tiempo para preparar la cena. Todas esas historias no son más que obstáculos para la armonía familiar, trabas de la vida doméstica. Y esa aventura posible, habrían bastado unas pocas conversaciones más, compañero rubio, conmovedor. Peor que todo lo demás un lío clandestino de cinco a siete.

La aventura más simple, la más muelle, sin riesgos y a mi alcance, sin mucho esfuerzo, justo dejar en el cajón del botiquín el ábaco de veintiuna perlas venenosas. Cómo se puede llegar a eso. Apenas si sentí una pizca de mala conciencia antes de lanzarme a la única empresa autorizada por todo el mundo, bendecida por toda la sociedad y la familia política, la que no molestará a nadie. Lo anuncio a los cuatro vientos el buen motivo que me sirve de excusa, tener un hijo único, tan triste, no es bueno, dos perfecto, Rémi y Colette, André y Julien tócale la tripita a mamá, la hermanita está aquí dentro, lágrimas en los ojos solo de pensarlo. El verdadero motivo, es que no imaginaba otra manera de darle un cambio a mi vida más que teniendo otro hijo. Nunca caeré más bajo.

Ocho días y nada, en el fondo no creía en ello. Suena el despertador esa mañana de febrero, seis horas de clase. Seguía sin creérmelo y, en una noche, las náuseas me habían crecido en el estómago como un champiñón. Vomitar o llorar. Ahora me doy cuenta de qué aventura he elegido. El enloquecimiento con el recién nacido, los paseos con el cochecito en una mano y el crío en la otra. Adiós a los cursillos pedagógicos, al sindicato, a las cimas nevadas que a él le dan ese color de piel de *playboy* todo el invierno. Los domingos interminables con dos hijos en vez de uno. Bravo, qué imaginación. Su aspecto desconcertado ante ese embarazo calculado a escondidas, aires de reprobación o algo así, como frente a una iniciativa desacertada. Inmediatamente una prudente distancia: «Tú vas a salir más perjudicada que yo amiguita». Inútil precisarlo, sabía perfectamente que dentro de nueve meses tendría que ocuparme de la leche en polvo y de las esterilizaciones, se acabó eso de jugar a papá-biberón, eso era de jóvenes, ahora nada de desviarse de su rol, aunque quisiera no podría, trabaja todo el día, etc. Pura perversión que vaya a quejarme a su oído cuando tengo ante mí la perspectiva de un maravilloso permiso por maternidad.

Mi vientre que vuelve a hincharse, menos sorprendente esta vez, la costumbre. Verano húmedo en el piso, calor que desprende la explanada delante del lago donde el crío le da patadas al balón, regreso por las calles a la sombra, me sentía completamente tórpida, con la mano estirada para protegerme de las paradas brutales de los turistas. Una gravedad que me aislaba del resto del mundo y del porvenir. A pesar de lo cual no tenía ninguna prisa por ir a tumbarme cierta noche al caballete de torturas de la clínica Beaurivage. Gozar lo más posible de los últimos momentos de hijo único. Toda mi historia de mujer es la de una escalera que se va bajando a regañadientes.

Desde mi cama veía el horizonte azul del lago, las moscas pesadas de otoño se pegaban contra el cristal de la ventana. Era un horizonte perfecto, redondo, voraz. Eran unas tardes áureas, yo dormitaba sobre mis pechos que florecían acompasadamente y se convertían en guijarros enormes. Acurrucada en el paisaje muelle del parto. Aprovecha, guapa, duerme, déjate alimentar como la vieja reina de la colmena por las señoritas de la clínica que se arremolinan a tu alrededor, no te canses a lo tonto con preguntas que lo único que hacen, está archiprobado, es impedir que te suba la leche y acabar con el sacaleches. Justo entretenerme con las ranitas, los peleles y los jerseicitos de muñeca que me regala la gente, escribir las esquelas triunfales, ¡el número dos ha llegado! Diez veces por hora, también, asomarse a la cuna para quedarse con la carita nueva y verificar su respiración. Saborearme bien lo que había decidido que sería mi aventura. Porque es la última vez. Ya no jugaré más. Ilusión de una decisión voluntaria, dedicada exclusivamente a fabricar la familia ideal, la que Brigitte, Hilda, todas, imaginaban los días de sueños de futuro, la parejita, así está bien.

En orden quiere decir en el umbral de la saturación, imposible comer más mierda, en el sentido estricto como en el figurado. El permiso de maternidad, visto desde el instituto y desde lo alto de mi enorme tripa, tenía toda la pinta de vacaciones a lo grande. Me voy haciendo cada vez menos exigente. La cabeza llena de lloros a las cinco de la mañana, primera tanda de leche, dormirme de nuevo, sueño interrumpido brutalmente a las siete, desayuno familiar, preparación del crío para la maternal, segunda tanda, luego las tareas de la casa, después la intendencia, alienante, ni un momento para pensar en una misma. Pero qué amable está él, hace las compras «además» de su trabajo, gracias, gracias. Para mantenerme despierta hasta el último biberón, me pongo a ver la tele con él. El cansancio. La soledad. Pero qué es lo que se ve desde fuera, la imagen banal de una mujer joven esperando a la salida de la

maternal, con, delante de ella, un cochecito precioso donde duerme un bebé monísimo. No me quejaba, lo que vendría después del permiso iba a ser peor, con los alumnos que me pasaría una compañera, a mitad de curso, los exámenes por corregir y la preparación de clases por la noche, una desconocida que se ocuparía del hijo número dos, las consignas que transmitirle cada día. Me consagré a la cría del bebé, lo que no había hecho con el hijo número uno, solitaria, sondeando el terreno, poniendo cuidado a los baches, ah, este no va a estar meado todo el día como el otro, cuando éramos estudiantes, lo pasearé sin prisa por el parque, seré una mamá como la de *Yo educo a mi hijo*, libro desempolvado con tan fausto motivo. Obtendré mi minuto de recompensa semanal cada vez que pese al bebé. La lavadora rumiaba su carga de ropa sucia, el salón olía a O'Cedar. Por la noche el piso adquiría tonalidades pastel, yo construía casitas de Lego con el crío número uno y decía, vamos, rápido, el biberón del tato que papá va a volver de un momento a otro. Él daba un beso a cada niño, hacía cosquillas al crío número dos para hacerle reír, leía *Le Monde*. Después de fregar los platos, me ponía a ver la tele con él. Armonía familiar. Cuando hacía bueno, iba tranquilamente al parque, sin llevarme a nadie por delante con el cochecito. Me sentaba en un banco, al lado de los abuelos y de las mujeres con hijos pequeños. Esperaba a que fuera la hora de ir a buscar al crío número uno a la salida de la maternal. La vida tenía que ser eso. Tenía entonces veintiocho años.

Damos miedo, una auténtica locura, insólita la capacidad de aguante de una mujer, a eso le llaman tener corazón. Conseguí criarlo bien, al segundo, y preparar las clases de lengua francesa de los tres cursos y las compras y las comidas y coser las cremalleras nuevas y comprarles zapatitos a los críos. Qué hay de extraordinario en todo eso puesto que, según me repite él una y otra vez, soy una privilegiada, con la asistenta que tengo en casa que me viene cuatro días y medio por semana. Pero en ese caso qué hombre no es un privilegiado, con su chacha favorita siete días a la semana. Naturalmente seré la profe nunca disponible, menos aún que antes, nada de renovación pedagógica, ni de clubes de actividades, eso son cosas de hombres y de solteras. Puede que más adelante. Y por qué quedarme en un instituto, que devora mi tiempo de madre entre corrección de controles y preparación de clases. Yo también voy a precipitarme a ese maravilloso refugio de las mujeres-profes que quieren-conciliarlo-todo, el colegio privado, con cursos de doce a quince años, que eso sí que es vida. Aunque me guste menos. «Hacer carrera», dejar eso a los hombres, también eso, el mío está en ello, ya vale con uno. Diferencias, qué diferencias, había dejado de verlas. Comíamos juntos,

dormíamos en la misma cama, leíamos los mismos periódicos, escuchábamos los mismos discursos políticos con la misma ironía. Los proyectos eran comunes, cambiar de coche, otro piso, o una casa antigua que rehabilitar, viajar cuando los niños supieran arreglárselas solos. Llegábamos incluso a expresar el deseo de cambiar de modo de vida. A veces suspiraba diciendo que el matrimonio era una limitación recíproca, y ambos nos sentíamos felices por pensar igual.

Acabaron sin que me diera cuenta, los años de aprendizaje. Después se convierte en una costumbre. Una suma de ruidillos en el interior, molinillo de café, cazuelas, profe discreta, mujer de ejecutivo vestida de Cacharel o de Rodier en el exterior. Una mujer helada.

Volvía a casa andando al paso del crío número uno por las calles de Annecy, en invierno. En la plaza ajardinada de la estación, había dejado de correr el agua sobre la estatua en medio de la fuente. En su cochecito el crío número dos arrebujado intentaba coger las palomas que andan siempre zigzagueando alrededor. Me parecía que ya no tenía cuerpo, nada más que una mirada puesta en las fachadas de las casas de la plaza, la verja de la escuela Saint-François, el cine Savoy donde echaban, he olvidado el título.

Justo al borde, justo. Pronto me pareceré a esas caras marcadas, patéticas, que me echan para atrás, de las peluquerías, cuando las veo, volcadas, en el lavacabezas. Dentro de cuántos años. Al borde de las arrugas que ya no puedo ocultar, de las carnes flojas.

Yo era ya esa cara.



Annie Ernaux nació en Lillebonne, el 1 de septiembre de 1940, Francia. Escritora, catedrática, estudió literatura en la Universidad de Ruán, y profesora de letras modernas, pasó su infancia y su juventud en Yvetot, Normandía. Tempranamente, abandonó la ficción por lo autobiográfico, narrando historias de su infancia en la cafetería-tienda de ultramarinos de sus padres en Yvetot.

Sin florituras, cuenta el ascenso social de sus padres (*La place*, *La honte*), su adolescencia (*Ce qu'ils disent ou rien*), su matrimonio (*La femme gelée*), su aborto (*El acontecimiento*), la enfermedad de Alzheimer (*Je ne suis pas sortie de ma nuit*) y después la muerte (*Une femme*) de su madre por cáncer, en el lenguaje normando y campechano de su vida hasta los 18 años.

Desde mediados de los 70 vive en la nueva ciudad Cergy-Pontoise —desde 2012 integrada en la Mancomunidad del mismo nombre—. Sobre sus razones para elegir este lugar explica: «Sé que parece una contradicción, pero esta urbe sin pasado era el único lugar donde me sentía bien. Las ciudades históricas me recuerdan a una larga tradición de exclusión social. Aquí podía vivir sin sentirme sometida a ese determinismo».

Su obra *Diario del afuera* es un retrato de la ciudad compuesto por escenas cotidianas de las que es testigo cuando camina por sus calles. Ha sido admirada como narradora en la primera persona y por sus reflexiones

autobiográficas por autores como Emmanuel Carrère, Virginie Despentes, Édouard Louis o Didier Eribon. Annie Ernaux reivindica la dimensión política de la intimidad.

Ernaux recibió el Premio Nobel de Literatura 2022 «por el coraje y la agudeza clínica con la que descubre las raíces, los extrañamientos y las restricciones colectivas de la memoria personal». Ernaux se convierte en la primera mujer francesa laureada con un premio Nobel de Literatura. Este premio viene a recompensar el conjunto de su obra, que es mayormente autobiográfica, que además ha convertido a Annie Ernaux en una figura feminista francesa.